

(LA RELIGION.)

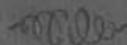
UN VERDADERO AMIGO.

TRES CAMINOS DE SALVACION.

LA MEDITACION.

LA ORACION.

LA DEVOCION A LA VIRGEN.



MADRID: 1869.

Imprenta de EL CORPUS.

IMPRESION DE CARIÑENA.

DE RTENCIA.

se ha tomado de libros con
in con muchas indulgencias

BU
3987
(9)



LA SANTA FÉ VIVA.

(Propaganda católica.)

Constituciones. 1.^a Los libros, opúsculos y hojas de LA SANTA FÉ VIVA se ponen á disposicion de los Señores Párrocos y Confesores, y personas zelosas; quienes lo prestarán gratis para leer. 2.^a Cuando estos Señores Eucargados no encuentran ya á quien darlo á leer busquen quien les sustituya. 3.^a Cuando al que lo ha recibido para leer no se le proporciona devolverlo á quien se lo entregó, pondrá el tratado en manos de su Señor Párroco ó de cualquier Confesor, ó Sacerdote, ó persona piadosa para ponerlo en nueva circulacion. 4.^a No habrá distincion ó aopcion de personas ni de pueblos; los mas preferibles los mas pecadores; (si el tratado está escrito, lo que así será, y debe ser, por lo general, mas bien para ellos;) empero nunca esté en inaccion ó paralizado, dándole á leer aunque sea indistintamente, cuando otra cosa no se proporcione; procurando con verdadero, acertado, vivo y constante celo LA MAYOR GLORIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR.

Advertencias. 1.^a Se reconocerá lo perteneciente á LA SANTA FÉ VIVA en este anuncio (colocado en la cubierta anterior interior del libro) y además en una *crucecilla* marcada en el márgen de una de las páginas intermedias del volumen; y cuando sea *hoja volante*, en vez del anuncio y *crucecilla*, se pondrá al principio (LA SANTA FÉ VIVA) y al final (*Hágase circular*): solo la *crucecilla* (sea libro ó sea hoja) es *suficiente distintivo*; ó en vez de la *crucecilla* un *sello* LA SANTA FÉ VIVA. Y 2.^a Cuando se hubieren de imprimir con este objeto, además de la *crucecilla*, que se puede hacer con la impresion, se imprimirá este anuncio en la 2.^a plana de la cubierta, y si han de ser empastados (lo que convendría) se fija, en forma de *etiqueta*, en la parte primera interior; indicando en este anuncio la página que lleve la *crux* ó *sello* mencionado, de este modo:

(La *crucecilla* está en la página)

Importante. Importantísimo sería formar SOCIEDADES y abrir Suscripciones para realizacion y fomento de este Pensamiento.

Observacion. Se reciben *donativos* para realizacion y fomento de este Pensamiento; al cual destinamos el producto (atendidas nuestras necesidades) de estos OPÚSCULOS y demás; pues (como en otra parte decimos;) nuestra especulacion es

LA GLORIA DE DIOS;
EL HONOR DE MARIA;
LA CARIDAD DIVINA;

En cuanto nos lo permite nuestra Gran Misericordia.

FRANCISCO RUIZ YARONA

B.P. BURGOS

N.R. 110.430

N.T. 74528

C.B. 1098239

BU

3987

(9)

BPE Burgos



3398239 BU 3987 (9)

1098239

BU 3987 (9)

LOS NOVÍSIMOS



MUERTE, JUICIO, INFIERNO Y GLORIA
TEN, CRISTIANO, EN LA MEMORIA.

UN VERDADERO AMIGO.



TRES CAMINOS DE SALVACION.

LA MEDITACION.

LA ORACION.

LA DEVOCION Á LA VIRGEN.

*Un buen libro es un buen
amigo: por eso le titulamos
UN VERDADERO AMIGO.*



BURGOS; 1868.

(Junio, 10, Vispera de EL CORPUS.)

IMPRESA DE CARINENA.

*Se suplica la difusion y reimpresion de este Opúsculo con esta misma
observacion.*



Á Maria concebida sin pecado, siempre Virgen:
Á la que es llena de gracia y está colmada de todas las bendiciones entre todos los hijos de Adán:
Á la paloma, á la tórtola, á la que Dios ha amado con un amor de predilección:
Á la que es honor del género humano, delicias de la Santísima Trinidad:
Hoguera de amor, modelo de humildad, espejo de todas las virtudes:
Madre del perfecto amor, madre de la santa Esperanza y Madre de Misericordia:
Protectora de los desgraciados, apoyo de los débiles, luz de los ciegos, salud de los enfermos:
Ancora de confianza, ciudad de refugio, puerta del paraíso:
Arca de vida, iris de paz, puerto de salud:
Estrella del mar, océano de dulzura:
Reconciliadora de los pecadores, esperanza de los desesperados, socorro de las almas desamparadas:
Consoladora de los afligidos, fuerza de los moribundos, alegría del mundo:
Uno de sus más afectuosos y rendidos servidores, se atreve, aunque indigno, á dedicarle humildemente esta obra.

(Verdades eternas.—San Ligorio.)

LOS BUENOS LIBROS.

¿Porqué se nos ha recomendado tan espresamente la leccion de los libros piadosos?

1.º Porque toda escritura inspirada del cielo es útil, segun san Pablo, para enseñar la virtud y corregir el vicio. 2.º Porque ella disipa las tinieblas de nuestra ignorancia, resuelve nuestras dudas, corrige nuestros errores, reforma nuestras costumbres y toda nuestra conducta. 3.º Porque los instruye sobre nuestras obligaciones, sobre los misterios de nuestra religion y sobre las cosas necesarias para salvarnos. 4.º Porque nos hace conocer el vicio, para aborrecerlo y evitarlo; la virtud, para amarla y practicarla. 5.º Porque la leccion de los buenos libros tiene la triplicada utilidad de ocuparnos santamente, de recogernos cuando estamos distraidos, y de recrearnos cuando estamos disgustados y enfadados. 6.º Porque inspira, alimenta y fomenta en nuestros corazones los buenos sentimientos, las piadosas resoluciones, la piedad, el fervor, el temor y la compuncion. 7.º Porque sirve infinitamente para la conversion, la penitencia, la devocion y perfeccion.

¿Cuales son las lecciones de los buenos libros que nos han mandado los maestros de la vida espiritual?

1.º Todas las aprobadas por la santa iglesia. 2.º Todas las que nos enseñan los caminos de la salvacion, ó las máximas del Evangelio, inspirándonos la humildad, la mortificacion, el temor de Dios y de sus juicios, el amor de Jesucristo y de su iglesia. 3.º Todas las que pueden conducirnos en el camino recto que guia á la vida, aumentando en nosotros la Fé, la Esperanza y la

Caridad. 4.º Todas las que son capaces de instruirnos y edificarnos, inclinándonos á la fuga del mal, y á la práctica del bien, á la observancia de nuestras obligaciones y á nuestro adelantamiento en la perfeccion.

¿Qué lecciones son las que debemos evitar?

Todas las que son malas y dañosas, prohibidas y sospechosas, peligrosas y profanas; 1.º Ó porque son contrarias á la pureza de la Fé y de las costumbres. 2.º Ó porque disipan y se oponen á la verdadera y sólida piedad. 3.º Ó porque inducen á la relajacion é impenitencia. 4.º Ó porque fomentan el amor del mundo y la vanidad, el amor propio y la sensualidad.

¿Qué medios se han de tomar para no engañarse en la eleccion de los libros que se quieren leer?

Se han de observar las reglas siguientes: 1.º Es necesario consultar sobre cada libro que se lee, ó que se intenta leer, á un Director ilustrado y de una doctrina aprobada. 2.º Jamas leer libro alguno contra la voluntad de sus superiores, por mas que se desee leerlo. 3.º Mortificar esta curiosidad tan natural de ver todo cuanto se escribe y cuanto hay de nuevo. Estas son las reglas que debe dictar la prudencia, mayormente en este siglo en que hay tantos libros cuya doctrina es toda, ó en parte, sospechosa; tantos libros llenos de máximas que no tienen otro fin que desacreditar los mas santos y antiguos egercicios, que destruirlos, para sustituir en su lugar otros nuevos.

¿No es lícito, por recreacion, para divertirse y pasar el tiempo, leer ciertos libros entretenidos, que ni son buenos, ni malos y que se llaman indiferentes?

Es verdad que estas especies de lecciones hechas para divertirse, y recrearse, no estan absolutamente

prohibidas; pero sino pueden privarse de ellas, es menester guardarse: 1.º De no emplear demasiado tiempo en ellas. 2.º No descuidarse de sus obligaciones y ejercicios, para dedicarse á ellas. 3.º No disgustarse de los libros espirituales, no sea que se llegue á extremo de leerlos con repugnancia, y sin atencion.

¿De qué modo he de emplear los libros espirituales para que me sean útiles, saludables y provechosos?

Debeis, 1.º Prepararos con una pureza de intencion, que destierre toda curiosidad en la leccion, y con una oracion que os merezca la inteligencia de lo que leéis. 2.º No leer apresurado y corriendo, sino con pausa y atencion, para comprender lo que se lee, é imprimir en la memoria las verdades santas que se notan. 3.º Interrumpir algunas veces la leccion con reflexiones breves sobre vos mismo ó en afectos devotos. 4.º No deteneros demasiado en la pureza del lenguaje, ni en la belleza del estilo; ni en ciertos pensamientos nuevos y pocos comunes porque esto seria tomar uno por otro, y detenerse en las flores en vez de recoger ios frutos. 5.º Volver á leer de tiempo en tiempo ciertos libros generalmente estimados, cuya utilidad y solidez vos mismo conocisteis, sin hacer caso de la preocupacion de algunas gentes que se imaginan que un libro cuya leccion nos agradó la vez primera, nos fastidiaria la segunda. 6.º Pedir á Dios la gracia de retener y gravar en nuestro corazon las sentencias mas edificativas y las instrucciones mas persuasivas, para alimentarnos y servirnos de ellas en las ocasiones, para corregir vuestros defectos y excitaros á las virtudes.

¿Que utilidades y frutos se consiguen ordinariamente de leer los buenos libros?

Los frutos de conversion y salvacion, los frutos de recogimiento y devocion, y los frutos de fervor y celo por la gloria de Dios y nuestra propia santificacion. Sí, una leccion espiritual hecha con sosiego y reflexion: sobre sí mismo; una leccion de piedad bien digerida; una leccion bien pausada y que se imprime y transfunde en el alma, es capaz de desviarnos de toda especie de vicios y de inclinarnos á todas las virtudes. Testigo de esto es San Antonio Hermitaño, que tomó la resolucion de renunciar el mundo y entregarse á Dios apenas oyó esta leccion del Evangelio: Vés, vende cuanto tienes, distribúyelo á los pobres, y con esto tendrás un tesoro en el cielo. Testigos aquellos dos oficiales del Emperador que paseando cerca de la Ciudad de Trevetis entraron en una pobre cueva, donde se convirtieron solo con haber leído la vida del Grande San Antonio que allí encontraron. Testigo San Agustin, que con leer las Epístolas de San Pablo, fue iluminado, movido y determinado á recibir el santo bautismo y á entregarse totalmente á Dios. Testigo San Ignacio de Loyola, que con leer la vida de Jesucristo, quedó tan desengañado del mando que renunció las riquezas y grandezas, las conveniencias y placeres del mundo para dedicarse á la penitencia. Testigo Santa Teresa que con leer las vidas de los Santos, se animó tan fervorosamente al martirio: y á quien las Epístolas de San Gerónimo y las Confesiones de San Agustin elevaron á la mayor perfeccion.

(La Religiosa Instruida. = Quilez.)



¡GLORIA Á DIOS!

(Lunes.)

MUERTE.

Aunque es incierto el tiempo de morir, bien sé que el tiempo de mi vida es breve: cuando mucho viviré setenta ú ochenta años; mas yo me quiero dar bien largo plazo de vida; sean mil años (aunque ninguno ha vivido tantos), sean mil, y si te parece sean dos mil; mas al fin me quiero poner en el último día y hacer cuenta que es hoy, que pues ha de llegar, bien es que tengamos pensado lo que entonces ha de pasar. Dará-me al fin la enfermedad de la muerte; aunque ¿qué sé yo si me cogerá una muerte repentina? ¡Oh mí Dios! y quién no tiembla de esto! Al fin yo nõ sé qué enfermedad ha de ser, ni cómo ni cuándo; no sé si me dará una modorra luego que me trastorne el juicio; ni sé si moriré á espada ó ahogado, como otros muchos; pero echémoslo todo como podemos desear: que sea la vida los dos mil años ya dichos, y que en ellos me suceda á pedir de boca, teniendo todas las honras, hacienda, gustos y pasatiempos que en esta vida se pue-

den desear, y por decirlo en una palabra, todos cuantos deseos yo quisiera, cumplidos sin mezcla de pesadumbre ni pena, y que al fin me da una enfermedad en que me dura el juicio hasta lo último. Como el tiempo no pára, al fin se llega la hora de la muerte, y hago cuenta que es hoy. ¡Oh cómo tendré las fuerzas perdidas que apenas me podré menear! Tendré hundidos los ojos y afiladas las narices; ya me va faltando la vista, y ya se me van enfriando los pies, y ya comienzo á sentir congojas y sudores de muerte, y dolores terribles. Vienen los de casa, y en la amarillez del rostro y turbacion de los ojos echan de ver que se llega mi fin: dan priesa que me traigan la Uncion: viene el Sacerdote, úngeme los ojos y narices, diciendo: *Per istam Sanctam Uncionem, etc.* Todos responden: *Amen*, y yo me esforzaré á responderlo tambien. Dicen la Letania, responden todos: *Ora pro eo*, y yo tambien, si puedo. Vanme apretando mas y mas los dolores, comienza á levantárseme el pecho, y yo no puedo hablar ni aun apenas respirar; pónenme la candela en la mano, y es menester que me la ayuden á tener, que yo no puedo; como me van ahogando los humores, y ya veo que me acabo y van creciendo los dolores, veo claro que me muero, y el médico en este trance me lo dice, que estoy ya sin pulso. En este aprieto me sobresalta un pensamiento; que hoy he de parecer delante del tribunal de Dios: que hoy he de dar cuenta de mi vida, que de aquí á un breve rato se me ha de dar sentencia de salvacion ó condenacion eterna, sin poder jamas apelar

de ella. ¡Ay Dios! ¡Ay de mí! ¡Oh! ¿qué sentiré yo entonces de mis descuidos pasados? ¿Qué de los deleites y gustos? ¿Qué de las honras y vanidades? ¿Pues yo no sabia que habia de llegar á este punto? ¡Oh que buen lance he echado! ¿Por breves deleites me he obligado á eternos tormentos? ¿Por breves y vanas honras á perpetuas deshonoras? ¿Cómo sufriré las llamas eternas? ¿Cómo no miré esto? ¿Cómo me cegué? ¿Una cosa tan espantosa como es la muerte, no me espantaba? ¿Una cosa tan terrible como son las llamas eternas, no me atemorizaba? Decíamelo todos y decíamelo Dios, y yo echábalo en risa. ¿Pues qué haré? Quiero mirar á todas partes y ver qué remedio tengo. Mirar quiero á lo alto y á lo bajo, y al un lado y al otro, y á lo de atrás, y á lo presente, y á lo venidero. ¡Ay Dios, que de todas partes me veo cercado de angustias y congojas! Si miro á lo alto veo la espada de la justicia de Dios desenvainada ya contra mi, y ya para descargar el golpe. Veo que está Dios inmenso contra mí, y con mucha razon y justicia, por las muchas injurias que le he hecho, sin que su bondad y justicia, y otros muchos beneficios que me ha hecho, hayan sido parte para refrenarme. Si miro á lo bajo, representaseme un abismo profundísimo, lleno de fuego abrasador que me está aguardando, y allí muchos demonios horribles esperándome con grandes ansias para embestir en mí, y darme el pago de mi locura. Si miro al lado izquierdo, pónenseme otros muchos demonios que me estan apretando y espantándome en este trance, diciendo que no

es justo que quien mal vivió bien muera, y que estan aguardando que se me arranque el alma para llevarla por suya. Si miro al lado derecho, representánseme los Santos Ángeles, por cuyo medio Dios me ha enviado muchas inspiraciones, y veo que yo no he hecho caso de ellas. Si miro á lo de atrás, veo que todo ha sido pecados, y atesorar iras de Dios para este dia; veo que todos mis deleites, honras y gustos se han pasado, y que ahora sirven de atormentarme. Si miro á lo presente, veo que estoy para espirar, y que de jo cuanto he querido bien en este mundo, y que los amigos y hacienda no me vale nada. Si miro á lo de adelante, veo que me aguarda la cuenta, y una eternidad, y no me es dado volver atrás, ni estar asi tampoco. ¿Qué haré? ¡Oh qué angustias y apreturas serán estas! Quiero en esta angustia preguntarte, alma mia, ¿qué quisieras haber hecho? ¿Qué penitencia quisieras haber hecho? ¿Con qué veras quisieras haber tomado las cosas de Dios? ¿Cómo quisieras haberte habido en todas tus obras, pensamientos y palabras, desde la mayor hasta la menor? Haz lo que quisieras haber hecho cuando mueras. ¡Oh Señor! dadme que no me salga palabra de la boca, ni tenga pensamiento, ni haga cosa chica ni grande, sino lo que entonces quisiera, y con el modo é intencion que entonces quisiera haberlo hecho

Volviéndome á mirar con el angustia que he dicho, y ya al cabo de los años dichos, y la candela en la mano, y cuando me sienta con mas angustias y congojas, haré cuenta que me viene un parasismo. Comien-

zan todos á decir: *Credo, Credo*, y á exhortarme que yo lo diga; y siento que se me cubre el corazon, que desfallezco y que se me arranca el alma de las carnes. Aquí con increíbles dolores de cuerpo, y mayores del alma, me esfuerzo á decir *Credo*, y así lo diré con voz que me oigan, como lo último que tengo de decir en toda la vida: ¿tan poco me falta? Alma, alma, ¿qué será de tí? A una parte estan los Angeles, á otra los demonios: ¿cuáles te han de llevar? ¿Es posible que en esto me he de ver? ¡Oh Señor, ahora que tengo plazo déjame llorar! ¡Oh quién diese gritos de lo íntimo de su corazon, llorando su vida pasada! Mas al fin en aquel punto ya no habrá lugar; despacio he de tomar esto, sí, despacio. Comenzando á decir el *Credo*, sin poderlo acabar, comienzo á dar la primera boqueada. ¡Ay de tí, pecador, enemigo de Dios, que tantas traiciones has cometido! Doy la segunda, y haré cuenta que en un punto se me representa todo cuanto he hecho desde que tengo uso de razon, bueno y malo. ¡Oh qué sin cuenta y razon he vivido, y qué estrecha me la han de tomar! Comienzo á dar la última boqueada. ¡Oh punto último! ¡Oh último tiempo de merecer y desmerecer! Al fin no hay plazo que no llegue, Acabo de dar la última boqueada, con que se me arranca el alma. ¡Oh momento de que pende la eternidad!

Aunque el alma ha de ir á dar luego cuenta á Dios, quiero mirar esto despacio y considerar, á mi modo de entender, que arrancada de las carnes se pára á mirar lo que pasa por el cuerpo, y acompañarle hasta la se-

pultura. Miro pues cual queda, feo, desfigurado, amarillo y muerto, que ni se menea ni siente. Los que asisten allí me cierran los ojos, componen los brazos y aparejan la mortaja: entran unos y otros á verme, y huyen de mí, porque mi vista les causa horror y espanto; y así dicen que se den prisa á amortajarme y á enterrarme: comienzan á doblar con las campanas; preguntan unos y otros, ¿quién ha muerto? Fulano. Dios le perdone, y luego se olvidan y se van á sus negocios: traen la mortaja y vuelven el rostro por no verme; cáeseme un brazo por acá y otro por allá, y la cabeza se cae también. Envuélvenme al fin en la mortaja. ¡Oh hombre, qué poco es lo que sacas de los bienes de este mundo! ¡Qué locura es matarme por tener y amontonar! Daránme una triste sábana, y esa la más vieja y ruin, y poco me durará, pues se podrá presto. Tenderme han en el suelo, y cubrirme han con un paño negro, y pondrán dos velas encendidas á los lados; entrarán las andas, vendrán los clérigos, comenzarán el Responso, tomarán mi cuerpo en peso para bajarle á las andas y por ventura derramarán algunas lágrimas los de casa. Por cierto de harto me servirán á mí. ¡Oh cuán poco aprovechará toda la afición de los parientes y amigos! Ponerme han en las andas, llevarme han á la sepultura, estará abierto en la Iglesia un grande hoyo, habrán sacado muchas calaveras y mucha tierra hedionda. Hechos los Oficios sacarme han de las andas, húndenme en aquella sepultura, y dan los de casa algunos gritos, ó derraman algunas lágrimas, y quizá más



por cumplimiento y bien parecer, que por otra cosa. Comienzan á echar sobre mí huesos y tierra, pisanme y pisaránme sin duelo ninguno, echan tierra y mas tierra; déjanme allí y vause todos, y pónense á comer y reir, y quizá muy despacio. ¡Oh qué solo y cuán hundido quedaré allí! Válgame Dios! Pasados veinte ó cuarenta años ¿cuál estará el cuerpo? Aquí la calavera, allá los huesos mundos. ¿Y qué sepultado estaré en perpetuo olvido? Oh! de aquí adelante yo miraré mi cuerpo, no como hasta aquí, sino como una cosa asquerosa y vilísima, y miraré las cosas del mundo como vanas y perecederas.

(Martes.)

JUICIO.

Habiendo considerado en qué pára el cuerpo, quiero tambien ver despacio, y á mi modo de entender, lo del alma, que es lo que mas hace al caso, que el cuerpo despues de muerto, que le coman gusanos ¿qué importa? Vamos, alma mia, á dar cuenta á Dios; á Dios, cuya justicia es infinita; á Dios que todo lo sabe, ¡Ay Dios! ¿Cómo he de hacer esta cuenta? ¿Cómo he de salir de ella? De ella depende la eternidad sin fin, que no se acabará con mas millones que los hombres pueden contar y escribir, aunque toda la vida esten de día y de noche haciendo cuentas, y el menor número sea de tantos millones como hay y ha habido átomos en el aire, despues que el mundo es mundo. Hoy sabrás, alma

mia, si has de tener eternidad del Cielo, ó eternidad del infierno.

Quiero para esto representarme algunos que han pasado ya la tela de este juicio, que en ellos veré cómo pasan allá las cosas. Consideraré pues que veo un grande resplandor, y una multitud de Angeles hermosos, y entre ellos una alma de un pobrecito desechado del mundo, y olvidado de los hombres, que lleva una corona hermosísima, y que se oye una dulcísima música de los que van con ella, y lo que cantan es: *Ya se pasó el invierno lleno de lluvias y de trabajos, y se ha llegado, alma, para tí la primavera eterna: alégrate alma fiel, y entra en el gozo de tu Señor.* ¡Oh suerte dichosa! ¡Oh bien empleados trabajos! ¡Oh lo que diera yo por tu suerte, y qué poco me pareciera, á trueque de tenerla, el haber sido el mas mínimo cocinero del mundo, y fregandero de una Religión, y haber padecido los mayores trabajos que se han padecido en el mundo, y hecho todas las penitencias juntas que se hacen en todas las Religiones! ¡Oh que poco me pareciera el haber dejado el padre, la madre, los parientes, la hacienda y la honra, y á mi mismo, á trueque de alcanzar tanto bien! Paso adelante y veo un grande nublado de humo, y oigo voces tristes y gemidos dolorisísimos: veo innumerables demonios horribilísimos, y que traen en medio agarrado á un hombre rico, docto y muy honrado, dando gritos, diciendo: *Victoria, victoria, salimos con la nuestra, vaya á los infiernos, vaya, vaya.* ¡Oh qué dirá el desdichado! *¡Ay, ay, ay de mí, que me*

«*veo entregado á los lazos infernales sin remedio!* ¡Oh cómo temblaré yo de si me ha de suceder otro tanto! ¿Qué dirá el desdichado de su vida pasada? ¡Oh cómo abominará de las honras y deleites! ¡Cómo se enbravecerá contra sí, y no se hartará de blasfemar, maldecirse, y decirse: «Maldito sea el pan que comí, y el agua que bebí: maldita sea la madre que me parió, y el padre que me engendró; malditos mis gustos, maldita mi ciencia, maldita mi hacienda, maldita mi honra; maldito sea yo para siempre, y maldito sea Dios, y malditos cuantos con él estan! perdido soy, condenado soy.» Y en esto veo que le arrebatara un fuego abrasador, y da con él en el profundo del infierno. ¡Ah si me dieran en este punto volver al mundo! ¿Qué hiciera? ¿Mas qué no hiciera? Ya no ha lugar, vamos á dar cuenta.

Entro pues en el tribunal de Dios, y considerando á mi modo de entender, veo al Hijo de Dios sentado en un trono hermosísimo. y cerca de él á su Madre benditísima y á todos los Angeles; veo tambien á una parte innumerables demonios que traen el proceso de mi vida, y muy contentos, como quien tiene el pleito muy claro y la sentencia por suya, preséntanme allí delante de aquel Dios de infinita magestad, y que sabe cuanto he hecho, y tiene contados los cabellos de mi cabeza, todos mis pensamientos, todas mis palabras y obras. Todos los Angeles y Santos con grande reverencia se postran ante su Magestad, y le cantan: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos; tuyo es el poder, tuya la gloria, y no hay quien pueda resistir á tu omnipotente voluntad.*

Comienza luego á hablar nuestro Señor, escuchan todos con silencio, y diceme: «Yo te di el ser y te conservé en él; yo te di la memoria, entendimiento y voluntad, y otros dones. Yo, porque no te perudieses, me hice hombre por tí, y por tí lloré, trabajé y padecí hambre y pobreza; por tí finalmente fui azotado, coronado de espinas, y puesto en una Cruz entre dos ladrones, donde di la vida y la sangre por tí. ¿Qué habia de haber hecho yo por tí, que no haya hecho? Yo te aguardé y sufrí tantos años, añadiendo misericordias á misericordias, rogándote con la paz y convidandote con el Cielo: respóndeme, dame cuenta de lo que te he dado; dame cuenta de la sangre que por tí derramé. Veamos cómo has correspondido al amor que te he tenido, y á tantos beneficios espirituales y temporales como te he hecho.»

¡Ay Dios! ¿Qué sentirá mi conciencia? ¿Que alcanzado de cuenta me hallaré? ¿Qué responderé? ¿Qué haré? ¿Qué diré? En esto oigo que toman la mano los demonios y dicen: *Nuestro es, por tanto entregádnosle, Justo Juez.*

Abren los libros y relatan cuanto he hecho, hasta una una palabra ociosa: «Tal día, Señor, en tal parte hizo tal pecado; tal día, en tal rincon hizo tal pecado. Él tenia por su Dios á su vientre, su ídolo era su honra. Si algo hacia bueno, era por cumplir con los hombres y bien parecer. ¿Qué hay que dudar, Señor? Á los beneficios ha correspondido con injurias: él, Señor, os crucificó con sus pecados, él de vuestra inspiracion no hizo caso; llamando vos, Señor, muchas veces á la puerta de su corazon, os dió él con la puerta en los ojos;

viéndolo él y advirtiéndolo cometió muchos pecados, con saber que por ellos perdía el Cielo, y se obligaba á ser esclavo nuestro por todos los siglos; y pues él se lo quiso, él se lo tenga; tenga su pago y su merecido.» Vuélvese á mi el Juez, mándame dar descargo; yo me vuelvo á mi Angel, y le pido temblando lea el proceso de mi vida; relata allí todas mis obras el Santo Angel, sin dejar un jarro de agua que haya dado á algun pobre; póneme delante las obras y actos de penitencia que he hecho; mas los demonios dicen, que no lo hacia de corazon que todo era cumplimiento, que no tenia recta intencion en mis obras. ¡Oh qué de obras que á los hombres parecian buenas, parecerán allí no lo ser sino vanas! Hállome atajado que no acierto á hablar; veo la obligacion infinita, y que no he correspondido aun con eso poco que yo podia. Al fin me manda el Juez salir afuera á esperar la sentencia que se ha de dar.

Mira pues, alma mia, lo que sentirás á la puerta del tribunal de Dios, esperando la sentencia final, sin poder apelar de ella por toda la eternidad. ¡Oh qué sudores y trasudores, qué miedos y qué congojas sentirás allí! ¡Oh qué temores de tu salvacion! Aqui te quiero preguntar ¿qué querrias haber hecho? ¿Qué suerte y estado de vida quisieras haber escogido? ¿Si quisieras haberte contentado con poco, ó si quisieras haber hecho lo último de potencia en todo y por todo? Si estando en esta angustia, te dieran lugar de volver al mundo, ¿Qué hicieras? ¿Qué estado escogieras? ¿Cómo ordenáras tus pensamientos, palabras y obras? ¿Cómo

hicieras examen de tus cosas? ¿Cómo hicieras penitencia de lo pasado? ¡Oh cómo se lo agradeciera yo á Dios, y dijera: «Señor, dadme lugar de penitencia, que yo haré una vida la mas ejemplar y rara que se haya visto en cuanto pudiere!» Pues veamos, alma mía, pues Dios te da ahora este tiempo habiendo tú merecido el infierno, ¿por qué no harás desde luego lo que entonces dijeras é hicieras? ¿Por qué lo que entonces juzgáras y determinarás, no será regla de tus acciones, intenciones y operaciones? ¡Oh cómo entonces escogieras en todo lo mejor! ¿Pues por qué no lo harás ahora? ¡Oh cómo tomáras el estado que mejor te estuviera para tu salvacion! ¿Pues por qué no lo tomarás ahora sin andar en dilaciones de hoy para mañana, que te tienen perdido? ¡Oh cómo á trueque de salvar tu alma rompieras con hacienda, parientes y honra, y contigo mismo, que es mucho mas! ¿Pues por qué no lo haces ahora? Yo me tengo de resolver de hacer ahora en todo lo que entonces quisiera haber hecho, rompa con lo que rompiere, aunque sea con todos mis deseos y gustos, pues vale mas la salvacion de mi alma que todo lo demas.

Cielo! Infierno! Eternidad! ¡Ay! ¡Ay!... Quiero primero mirarme como pecador y miserable, pues lo soy, y así mirándolo todo á mi modo de entender y despacio, haré cuenta que despues de haber estado á la puerta del tribunal de Dios, me llaman y me presentan en él para darme sentencia final. Veo aquel justo Juez enojado conmigo. ¡Ay Dios mio y Jesus mio! ¡Dios todopoderoso y enojado contra mí! ¡Ay de mí! Enojado, pues, el justo

Juez dirá á los cortesanos del Cielo: «Urié este hijo y ensalcéle, y él me desprecio.» ¡Óómo teneis grandísima razon, Dios mio! Dejadme siquiera hartarme de llorar Paso adelante y veo sus ojos como llamas de fuego, y sus palabras son como un alfange de dos filos, que corta y abre de parte á parte, y dícame: «Apártate de mí, maldito, al fuego eterno con Satanás y todos sus consortes.» Embisten luego en mí muchísimas regiones de demonios, arrebatánme con grandísima fuerza, átanme con cadenas de fuego que me cubren todo y comiéndame á llevar por suyo. ¡Oh qué angustias sentirá mi corazón! ¡Ay, ay de mí! ¿Si tendré algun remedio para librarme de mis enemigos? Híncome de rodillas y acudo á los Angeles y Santos, puestas las manos con lágrimas en mis ojos, y en particular acudo al Angel de mi guarda y los Santos, con quienes he tenido particular devocion. «Ayudadme, Angeles y Santos gloriosos, sedme abogados é intercesores, que me llevan mis enemigos, favorecedme por un solo Dios.» Dícenme que ya no hay lugar, y en particular el Angel de mi guarda me dice: «Este castigo tienes bien merecido, pues no me quisiste oír; yo andaba en tu compañía y te ponía delante esta cuenta, y no hacias caso de mí. Yo te rogaba con la paz y no la quisiste; pues ya no la tendrás por todos los siglos: no será oída jamas tu peticion y deseo.» ¡Oh qué dolor me causarán estas palabras! Ir quiero á nuestra Señora: «Madre de Dios, Madre de misericordia, Madre piadosísima, Señora y Madre mia, pues sois madre de pecadores, sedme

Madre, y libradme de mis enemigos; usad conmigo de misericordia:» y oigo que dice que ya para mí no hay misericordia, y que no ha de hacer conmigo oficio de Madre. ¡Oh desdichado de mí! Doy una voz de lo íntimo de mi corazón á Jesucristo nuestro Señor: «Redentor mío y Señor mío, habed misericordia de mí. Acordaos, Señor mío, que por librarmede estos enemigos dísteis la vida y la sangre: libradme de ellos por lo que pasásteis ¡por mí, y por el amor que teneis á vuestro Padre.» Diráme: «Yaun por eso, porque no te supiste aprovechar mientras tenias tiempo, no te ayudaré jamas, no te conozco. —¿Pues cómo Señor? ¿Yo no os llamaba, Señor y Dios mío? ¿Yo no confesaba, comulgaba y oraba?—Asi es, pero, no basta decirme con los labios, Señor, Señor. No me pago yo de palabras, sino de obras que llegan á hacer la voluntad de mi Padre. Si te supieras aprovechar de las confesiones y comuniones, remedio tuvieras.—Oh Señor, misericordia, misericordia!» Respóndeme:«—Cerrada esta la puerta de la misericordia para ti.» Con esto me arrebatarán los demonios y me llevarán por suyo: iré mal que me pese y pensaré en aquellas palabras: «Cerrada está la puerta» ¿Qué, está para mí cerrada la puerta de la misericordia? ¿Y por todos los siglos? ¿Que esto me lo dice Jesucristo que es eterna verdad, y antes faltará el Cielo y la tierra que faltar su palabra? ¡Oh cerradura perpetua! ¡Oh miseria eterna! ¿Que antes estaba Jesucristo con los brazos abiertos para recibirme, rogándome con el perdon, y que él me abrió la puerta del Cielo á costa de su san-

gre, y que ya me está cerrada por todos los siglos? ¿Y que no es esta imaginacion sino verdad? No hay palabras para declarar el sentimiento que tendrá una alma con esto. Quiero pues antes de pasar adelante, darte voces, alma mia. Guárdate, guárdate de tanta desventura y miseria. Mira que has merecido millones de veces esta sentencia, aprovéchate del tiempo, mira no hagas por donde merezcas este castigo; obras son amores, que no buenas razones; manos á la obra, y estímonos y aprovechémonos del tiempo, que no sé qué tanto me durará. ¿Será bueno dilatar este negocio de hoy para mañana? ¿Será bueno ponerlo en quizá tendré tiempo? ¿Negocio de tanta importancia en quizá? Eso no. ¿Negocio de una eternidad en quizá? Eso no. Desde luego me determino de comenzar y romper con cualquiera cosa que me lo pueda impedir, sea lo que fuere. Plegue á Dios que así sea.

(Miércoles.)

INFIERNO

¡Oh alma, y qué sentirás cuando ya sin esperanza de misericordia te veas rodeada de los demonios, y que te llevan por suya al infierno! Particularmente cuando veas que van regocijados, como vencedores que llevan la presa que desean, y dicen: «Llegado ha el día que deseábamos: salimos con la nuestra, engañámoste, eternamente morirás en nuestro cautiverio por todos

los siglos. ¿Qué, doy yo oídos á todos mis enemigos? ¿A quien pretende mi perdicion? ¿A quien ha de hacer fiesta por haberme perdido por todos los siglos? ¿Qué, me fio de ellos? Pues este será el pago que me darán. ¡Ay Dios, qué á sueño suelto duermo, viviendo entre tantos y tan terribles enemigos! Consideraré pues que me llevan á toda priesa camino del infierno, y antes que llegue levantaré los ojos al Cielo. ¡Ay Dios, y lo que he perdido por cosas livianísimas! ¡Ay lo que pudiera haber alcanzado, y con qué facilidad pudieras, alma, venir á ser compañera de los Angeles é hija de Dios, y mira cuál vas, cómo vas, y á donde vas! Llegarás en esto á un valle de donde se ve el profundo lago del infierno; miraré en el profundo uno como rio de fuego, de donde sale una humareda que me pone grandísimo horror; allí veré otros muchos demonios que con instrumentos horribilísimos, y muy á propósito para atormentarme, estan aguardando; haré tambien cuenta que veo el fuego del Purgatorio, y allí muchas almas santas padeciendo terribles tormentos. ¡Ay Dios, si me cupiera vuestra suerte! ¡Oh cuánta fuera mi ventura, aunque hubiera de estar ahí mas millones de años que hubo letras en los libros y papeles en el mundo! Quiero reparar aquí un poco, y ver que mucho menos es lo que Dios me pide. ¿Por qué no me aplicaré al silencio, á la disciplina, al ayuno, al recogimiento y á todo trabajo? No me dan lugar los demonios para estar mas allí, sino diciéndome que el infierno ha de ser mi lugar para siempre: Echarme han pues de golpe en aquel fuego, donde considera-

ré qué estan sobre mí cien lanzas de fuego, y debajo y á los lados otras tantas, y yo en medio, y un fuego que abrasa mas que plomo ó metal derretido, y tanto mas, que el fuego de acá es como pintado en su comparacion; y asi miraré mi cabeza, mis ojos, boca, narices, pies, manos, y todo mi cuerpo hecho un fuego, como un hierro encendido cuando le sacan de la fragua: ¡Qué dolor será el que aqui sentiré! ¡Cómo lo podré sufrir! No puedo sufrir una pavesa que me caiga en la mano. ¿pues cómo sufriré este fuego abrasador? Si n e han de dar una lancetada ó un boton de fuego, solo el temor de ello no me deja dormir la noche antes, ¿pues cómo no tiemblo de tan grave mal? Verdaderamente que aunque esta pena hubiera de durar el espacio de una Ave María, es tan grave que no hubiera hombre que se pasiera á padecerla por todos los bienes del mundo; pues ¿cómo me he obligado yo á ella? No por reinos, sino por juguetes y de balde; y no por espacio de una Ave María, si no por toda la eternidad. Juntemos ahora con esto lo que padecerán los ojos con aquellas tinieblas y vista de los demonios. ¡Oh tinieblas perpetuas, y bien merecidas de quien ama mas las tinieblas que la luz! ¡Que quiera yo regirme mas por lo que dicen cuatro lujuriosos y vanos, que por lo que dice el Evangelio! ¡Cómo me he dejado cegar de mis pasiones? ¡Cómo me he regido por consejos de necies? Pues la vista de los demonios ¡qué horror y espanto causará, asi por ser ellos tan feos y tan horribles, como por ser nuestros enemigos, y los que han de atormentar á los malos! Juntemos lo que padece-

rán los oídos con las dolorosísimas y tristísimas voces que habrá en aquel malaventurado lugar, y (por acabar) lo que padecerá el olfato con tanta hediondez como habrá allí, y el gusto con lo amargo que sentirá, y el tacto con los dolores intensísimos que sentirá. ¡Oh cómo estaré todo cocido en dolores, y reventando y muriendo! Considerate pues, alma mía, en este fuego y en estos tormentos. ¡Oh cómo quejándote darías gritos dolorosísimos, y dirías: «¡Ay de mí! ¡que me abraso, que me abraso, que me muero, que me muero, que reviento de dolor, que no lo puedo sufrir un punto, que un momento se me hace cien millones de años! ¿Cómo lo sufriré por toda la eternidad? ¿Cuándo se acabará esto? Nunca. ¿Cuándo se aliviará? Nunca. ¿Cuándo saldré de aquí? Nunca, ¿Quién me sacará de aquí? Nadie. ¿No hay remedio? No, ¿Quién me consolará? Nadie. ¿Quién siquiera se compadecerá de mí? Nadie. ¿Qué, no hay consuelo? No. ¿Qué, no hay alivio? No. ¿Y habrá esperanza alguna? No. Y de aquí á cien mil años ¿habrála? No. Ni por todos los siglos. ¿Pues qué haré? No hay que hacer sino morir y reventar. ¿A quién acudiré? No hay á quien acudir, que no hay quien te quiera bien ni en el Cielo ni en el infierno, ni le habrá por todos los siglos.» ¡Oh aflicción sobre toda aflicción! ¡Oh pena sobre toda pena! ¡Oh cómo se maldecirán viendo esto los condenados! ¡Cómo maldecirán el día en que nacieron, y el pan que comieron, y todo cuanto hicieron, hablaron y pensaron! ¡Oh qué rabia tendrán contra sí mismos! ¡Cómo desearán la muerte, y no se les concederá! Todos los aborrecerán y

ellos á si mismos, tanto, que si pudiesen se matarian á bocados, y tendrian por gran dicha el poderlo hacer. ¡Y que á esto se obliga un hombre por un pecado! ¡Y que con todo esto lo comete con tanta facilidad, y mas que beber un jarro de agua! Jesus, hijo de Maria, ten misericordia de nosotros. Virgen Santísima, Abogada nuestra, ampáranos.

Grandes son, alma mia, estas penas que hemos pensado; mas sábete que falta una que es mucho mayor que todas, y es carecer de Dios para siempre, y haberle perdido. ¡Oh cuán grande bien has perdido, y para siempre, por cosas tan livianas como son los deleites y honras mundanas! Como estás muy lejos de saber quien es Dios, estás tambien muy lejos de saber cuál sea esta pena; baste que te digamos que es mayor que todas, que pareciéndote las demas tan terribles, por fuerza has de tener esta por terribilísima y espantosísima.

Mas aunque esto haya de ser así, y ya Lunca haya de haber perdón, pues tú lo consideras para bien tuyo, haz cuenta que se oye un pregon de misericordia en aquella carcel infernal, y que se les dice á todos qué harán, y les librarán de allí; que cómo ordenarán la vida, porque han de volver algunos al mundo, y se les darán cincuenta años para hacer penitencia. ¡Oh, válgame Dios. qué dirian, y qué harian! ¡Oh qué dirias, y qué harias! «Sea yo, Señor, uno de los que han de salir de aquí, que yo os serviré pecho por tierra; yo me tendré por dichosísimo aunque lluevan sobre mí todos los trabajos,

todas las enfermedades, todas las afrentas y deshonras, toda la pobreza y miseria que se puede imaginar en el mundo: yo haré la mas rigurosa penitencia que se me quiera mandar: yo seré el desecho de todo el mundo.» Pues, alma mia, preguntote, ¿tú no has merecido esta eterna miseria, y no una sino muchas veces? ¿Dios no te ha aguardado y te ha hecho merced de librarte de ella y darte tiempo? ¿Pues por qué no harás ahora lo que entonces hicieras? ¿Por qué no te pondrás á lo que entonces te pusieras? ¿Por qué no aprovecharás el tiempo, como le aprovecharás? ¿Por qué no harás penitencia, como entonces la hicieras? ¿Por qué no concertarás tu vida, como entonces la concertarás? ¿Por qué no remirarás tus pensamientos, palabras y obras, como entonces dices que los remirarás? ¿Por qué no te pondrás á ser el desecho del mundo, y á padecer cualesquiera trabajos, dolores y afrentas, como entonces lo hicieras? Ea, alma mia, vuelve en tí, abre los ojos, y rompe con todo. Desde luego, alma mia: alma mia, ¿á qué aguardas? ¿Esperas á que venga la sentencia sobre tí sin remedio? ¿No será mejor padecer ahora un poco, que penar para siempre despues?

Vuélvome, mi Dios, á ponerme en mi puesto, quiero decir, el que he merecido por mis pecados. Si yo he merecido esto, ¿cómo puedo quejarme de los trabajos, enfermedades, afrentas, ó malos tratamientos que me sucedieren? Si yo mereciese estar en un fuego y me lo conmutasen en que pusiese un silicio, ¿no me harian mucha honra? Pues todos los trabajos y afrentas posi-

bles en el mundo ¿cuánto serán menos que el puesto que yo he merecido en el infierno? Segun esto, si estuviere enfermo no tengo de qué quejarme, aunque mas dolores me aquejen; si fuere pobre y estuviere lleno de lepra, tampoco; si todos me ultrajaren y azotaren, tampoco; pues me hacen sin comparacion mas honra de la que yo merezco. ¡Oh cómo habia de andar un hombre reconocidísimo á este beneficio, y dando muchas gracias á Dios en todos sus trabajos! ¿Quién se puede quejar de la comida pobre ó mal guisada, viendo esto? ¿Quién de no tener hora de salud? ¿Quién de ser pobre y menesteroso? ¿Quien de que le ultrajen y pisen? Aparejado estoy, Dios mio, para todo. Millones de gracias os doy, Señor, porque no me habeis echado en los infernos. Gracias á Dios, gracias á Dios millones de veces.

(Jueves.)

ETERNIDAD.

¿Parécete, alma mia, que hemos ponderado harto lo que es eternidad é infierno, y el tormento que alli se padece? Pues sábetete que todo lo dicho es nada en comparacion de lo que ello es; y asi aunque no puedes acabar de entender cuál sea esta pena, para entenderlo algo mas, vuélvete á poner en aquel desdichado puesto y mirate en aquel fuego con tanto dolor y pena, y tan sin esperanza de remedio, consuelo, ni alivio por toda

la eternidad: luego mira como viéndote en esta aflicción comenzarás á discurrir qué cosa es eternidad, y dirás: «¿Que es posible, que siendo tan grave este tormento que en sufrirle muero y reviento, nunca se ha de acabar? Nunca. ¿Que tengo de estar aqui tantos millares de años, como gotas hay en el mar? Sí. ¡Ay! ¿Cuándo se acabarán de pasar tantos millares de años? Al fin se acabarán: ¿y que despues de acabado será mi tormento como si entonces comenzára, sin haber tenido alivio ni esperanza jamas? Sí. ¿Y si cada cien millones de años se sacase una gota de la mar, y de esta manera se hubiese de agotar no una vez sino tantas como átomos hay en el aire, acabarse han estos años? Claro es que sí. ¿Y acabarse ha mi tormento? No. Antes entonces comenzará. Cien doblemos todo lo dicho, no una vez sino mil millones de veces, ¿será lo mismo? Sí. Pues doblémoslo otras tantas como habrá gotas de agua en todo lo que hemos contado; ¿será lo mismo? Lo mismo; pero serán mis tormentos, como si entonces comenzáran. Y si lo que hemos dicho hubiese de ser el espacio que se habia de aguardar para sacar una gota de la mar, y se hubiese de agotar todo con tanto espacio, no una sino tantos millares de veces de los que hemos dicho cuantos átomos hay en el aire, ¿seria lo mismo? Sí, y lo mismo será aunque mas cuentas eches, y todo lo que has contado es un soplo, es un nada respecto de lo mucho que te queda. ¿Pues qué haré? Ya no hay que hacer. No hay esperanza de remedio y alivio. ¿Que no tengo esperanza? ¿Que no hay esperan-

za? ¿Que no la tengo ni tendré jamas? ¿Que aqui tengo siempre de estar en tan graves tormentos, muriendo y reventando sin remedio ni esperanza, por todos los siglos sin fin? ¿Sin fin, sin fin, sin fin, sin fin millones de veces? ¿Y que aqui tengo de estar muriendo sin morir? Y acabándome sin acabar? ¿Toda la eternidad? ¿Que nunca, nunca, nunca se ha de acabar? ¡Oh cómo toda la vida pasada fue un soplo! ¡Oh cómo no hice sino nacer y morir! ¡Oh cómo todos los bienes del mundo eran un poco de vanidad! ¡Ay qué momentáneo fue el contento, pero eterno es el tormento!»

Oh! ¿quién por cosa tan breve como es todo cuanto puede tener en esta vida, quiere perderse para siempre? Qué será razon hacer en una vida tan breve, por escapar de esta eternidad de pena? Verdaderamente no me espanto de la grande penitencia que hacian los Santos, de los continuos trabajos que tenian, y de lo mucho que padecian; porque todo es poco á trueque de evitar tanto mal, y no es mucho que se pusiesen á tanto y padeciesen tanto aquellos á quienes Dios habia dado luz de qué cosa es eternidad. ¿Qué será pues bien que yo haga, para no caer en esta eternidad de tan graves penas y tormentos? Paréceme á mi que siendo tan grave, cuando solo un hombre hubiera de condenarse, era razon estar uno lleno de temor, y hacer el último esfuerzo para no venir á tanta miseria: ¿pues qué diré habiendo de ser, no uno, sino millares de millares, y al fin tantos, que han de ser muchos mas los que se han de condenar, que los que se han de salvar?

Cristo, eterna verdad, dice: *Que es angosto el camino, y muy estrecha la puerta que lleva á la vida, y que son pocos los que atinan con ella, pocos, pocos.* ¡Oh palabra espantosa! ¿A quién no harás temblar? Dice tambien: *Que es ancho el camino que lleva á la perdicion, y ancha la puerta, y que son muchos los que van por este camino y entran por esta puerta.* Ahora veamos; ¿yo voy por camino ancho ó estrecho? ¿Entro por puerta ancha ó estrecha? Verdaderamente que me voy por lo ancho; ¿pues en qué he de parar? ¡Oh cómo siendo tan grave mal, *infierno para siempre*, sería bien estrecharme! ¡Oh cómo sería bien no ir por el camino de los muchos! Menester es que vivamos como los pocos, si queremos alcanzar lo que alcanzaron los pocos. Si de mil solo uno se hubiese de condenar, ¿quién no temeria si habia de ser él á quien le habia de caber esta suerte? Yo no quiero meterme ahora en si serán mil veces mas los condenados que los salvos; pero veo que en la vida de San Bernardo se cuenta, que al tiempo de su muerte, de treinta mil que murieron se salvaron cinco; y en la historia de San Francisco, predicando un siervo de Dios llamado Bertoldo, y reprendiendo un vicio en que habia caído una muger, murió luego la dicha muger, y resucitando alli luego por la oracion que todos hicieron, dijo: que de sesenta mil que con ella murieron, se habian salvado cuatro ó cinco, y lo que mas cierto parece es, que fueron tres al Purgatorio y uno al Cielo; y á mí me hace temblar lo que dice el Espíritu Santo, que, *Es infinito el número de los necios*; y lo que dijo Jesucristo, que, *Pocos atinan con el camino de la salvacion.*

(Viernes.)

GLORIA.

Lleguemos ya á considerar, alma mia, la otra sentencia que tanto deseas. Haz cuenta, pues, que sales al tribunal de Dios y que ves á Jesucristo nuestro Señor con un rostro muy apacible, abiertos los brazos esperándote. ¡Oh buen Jesus! Solo por verte de esta manera daría por bien empleados todos los trabajos y afrentas que puedo padecer en el mundo. *Ven, dice, amada mia, esposa mia, paloma mia.* Vóyme llegando, y comienzan los Angeles y Santos con dulcísima armonía á cantar aquel verso: *Ven, esposa de Cristo, y goza de la corona que te está aparejada.* Llego al fin á Jesucristo nuestro Señor, échame los brazos, y dícame: «Bendito de mi Padre, goza del reino que te está aparejado; ven, hijo mio, que lo has trabajado muy bien; ven, estarás en mi compañía por toda la eternidad; ya se acabaron los trabajos, ya todo será descanso y gloria.» ¡Oh cómo me postraré yo á tus pies, Jesus mio, y con tu licencia te los besaré mil veces! Yo, Señor y Padre mio, ¿qué trabajos he padecido? ¿Qué he hecho para que me hagais tanto bien? Jesus mio, ¿que me llameis hijo! ¡Oh palabra regaladísima! ¿Y me abrazas y me recibes por tuyo? ¡Oh regalo suavísimo! ¡Oh cómo son basura todos los contentos del mundo en comparación de este! ¡Es posible que se ha llegado esta hora tan de-

seada en que te veo, Dios mio y Señor mio! Torno á besar tus santos pies millares de veces. En esto los Angeles y Santos me dan la enhorabuena, y lo mismo la Santísima Virgen. «¡Oh Virgen purísima! ¡Oh Madre de Dios y Madre mia dulcísima! por vuestra intercesion he venido yo á este lugar!. Yo os agradezco y os doy millones de gracias, Angeles gloriosos y Santos, porque rogásteis á Dios por mí, y en particular á vos, Angel de mi guarda. ¡Oh Angel mio, lo que os debo!» Véome en esto tan resplandeciente como el sol, y veo á los Santos de la misma manera. ¿Quién podrá declarar el contento grande que sentirá en esto mi alma? ¡Oh qué poco me parecerán todos los trabajos pasados! ¡Oh cómo gustaré de haberlos padecido!

Dejando aparte el gozo grande que sentirás, alma mia, en ver á Dios, *bien de los bienes*, considera que este gozo será mayor de lo que tú imaginas; que ya jamas tendrás tristeza ni pena, sino que por toda la eternidad has de estar llena de gozo sin mezcla de miedo, de pena ni tristeza. Comienza á echar largas cuentas de años, como arriba, y mira como estás segurísima por toda la eternidad, gozando de Dios sin miedo de perderle y en compañía de los Angeles y Santos; y mira que tu gozo será tal, cual ni tu ojo vió, ni tu oído oyó, ni en corazon de hombre pudo entrar; porque verás á Dios, que será un gozo sobre todo gozo. ¿Qué era razon que hicieses por alcanzar un bien tan grande? Mira lo que te espera, mira la corona que te aguarda, y sábeté que no la alcanzará sino es quien

pélea como debe. ¿Quién no se anima con esto á padecer cualquier trabajo? ¿Quién no deja toda la riqueza del mundo, por gozar de esta riqueza del Cielo? ¿Quién no sufrirá ser deshonrado, por venir á ser honrado de Dios? ¡Oh Señor! ¿quién no morirá al mundo y á sí mismo, por venir á ser coronado de Dios, y vivir con él por todos los siglos? San Ignacio martir decia: *Que daria por bien empleado sufrir fuego, cruz, bestias, ser quebrantados sus huesos, y hechos pedazos sus miembros, y aun sufrir todos cuantos tormentos el demonio pudiese inventar, á trueque de gozar de tí.* ¿Pues qué será razon que yo haga? Por cierto todo es poco. Y así, Señor, padezca yo aqui. vengan dolores y trabajos, sean los que fueren, á trueque que yo venga á verte á tí, Señor y Dios mio.

Bien será tambien, alma mia, que mires muchas veces lo que va de puesto á puesto y que muy despacio vayas cotejando el uno con el otro; del uno te ha librado Dios, y derramado su sangre por ello; y el otro esperas tambien por la sangre y merecimientos de Jesucristo. ¡Oh lo que va de puesto á puesto! Pues uno de los dos has de ver, y con mucha brevedad; cuál de los dos haya de ser, pende de la vida que ahora hicieres; mira que te dan á escoger, y mira lo que quieres, y mira cómo vives. ¡Oh señor, que tanto pende de esta tan breve y tan incierta vida! ¿Pues qué haré yó? ¡Oh quién hiciese el último esfuerzo! Ayudadme, Dios mio, mirad que no valgo nada, y no permitais que por cosas vanísimas, y que tan presto he de dejar, pierda yo tan-

to bien y me obligue á tanto mal: tome yo, Señor, este negoció con todas veras.

(Sábado.)

JUICIO UNIVERSAL.

Vuelve, vuelve, oh alma mia, los ojos al miserable mundo, no solo afligido con hambres, pestes, guerras, inundaciones y temblores: porque todo esto no es mas que principio de mayores males. Vuelve, mírale abrasado con espantosos torbellinos de fuego, reducido con todos los vivientes, asi hombres como brutos, á un monton de egrido de cenizas. Busca, oh alma mia, en ese monton de cenizas aquella hacienda que tantos afanes te costó; aquella casa que ^{te} dejaron tus antepasados; aquella que tu fabricaste para los veníleros; aquel lugar de tus gustos; aquel objeto de tus deseos: mira si puedes distinguir alguna cosa en tanta confusion y estrago de todas las cosas. ¡Oh cómo todas se barajaron y consumieron en la comun ruina! ¡Oh cómo todo es vanidad! ¡Oh cómo todo es horror!

Pero ya suena en mis oidos aquella temerosa trompeta, que llama á todos los hombres á juicio; aquella trompeta que hacia temblar á un San Gerónimo, aunque consumido con asperezas, con vigiliás y lágrimas en un espantoso desierto. ¡Oh corazon, que al menor soplo de la tentacion te trastornas! ¿Como no caes des-pavorido al escuchar este trueno terrible, que dice:

Levantaos, muertos, y venid á juicio? Qué ecos hará entonces en mis oídos este pregon del omnipotente Dios? ¿Cómo le obedeceré? De donde me levantaré? Si atiéndolo á lo que merecen mis pecados levantaréme del infierno, á donde tantas veces me he arrojado por cemetarlos. Levantaréme, para volver á caer en cuerpo y alma en aquellos tormentos; levantaréme, para ser publicamente acusado, convencido, y condenado con los hombres mas infames del mundo; levantaréme, para un juicio de condenacion, y de condenacion eterna sin remedio y sin fin. Todo esto merecí por cada pecado mortal, y todo me sucediera, si hubiera muerto mientras me hallaba manchado con él. ¿Pues cómo permanecí en él tanto tiempo? ¿Cómo le volví á cometer? ¿Cómo no le acabo de borrar con un agudo dolor, con una llorosa y firme penitencia?

Bajará del cielo el alma de un bienaventurado, y subirá el alma de un condenado de los calabozos del infierno: entrambas encontrarán sus cuerpos ya preparados: ¡pero qué cuerpos tan diferentes! El alma bienaventurada hallará un cuerpo mas hermoso y resplandeciente que el sol, adornado de todas las dotes de gloria, y ofreciéndosele el Angel de su guarda, la dirá: «Ea, alma dichosa, entra en este cuerpo glorioso que fué compañero fiel de tus virtudes, y ahora lo ha de ser tambien de tus felicidades. Estos son aquellos ojos que soñias bajar á la tierra, porque no encontrasen con el objeto peligroso; estos aquellos labios que aprisionaste muchas veces al escuchar tus injurias; estos aquellos oídos que

cerraste á las murmuraciones y á las palabras profanas; esta aquella cabeza donde formabas tus pensamientos santos; estos los pies con que caminabas á los templos; estas las manos con que socorrias á los mendigos; esta en fin aquella carne que afligias en otro tiempo con el ayuno, con la disciplina y con el silicio. Duras te parecían en aquel tiempo estas cosas, ¡pero cuán agradables y suaves te han de parecer por toda una eternidad! ¡Oh dichosos ojos, que habeis de mirar todas las hermosuras del cielo! ¡Oh dichosos oídos, que habeis de oír las armonías de los Angeles! ¡Oh labios dichosos, que habeis de cantar las alabanzas y triunfos de vuestro Dios! ¡Oh cuerpo felicísimo, que por haberte privado de gustos momentáneos y viles, has de vivir para siempre en eternos y suavísimos gustos! Ea, alma, date prisa á esta union inmortal, y á este abrazo indisoluble con tu cuerpo.» Y luego introduciéndose el alma le llenará de muy puras y hermosas luces, á la manera que ilumina el sol á una nube cuando la baña con sus rayos, y á un cristal cuando recoge dentro de él todos sus resplandores.

Pero al contrario el alma de un condenado encontrará su cuerpo ¡qué horroroso! ¡qué abominable! ¡qué hediondo! Hallarále acaso en el lugar donde cometió el mas feo de sus pecados; y conociéndole, dirá con un triste y rabioso gemido: *¡Ay de mí! Este, este es el cuerpo, en quien y por quien tantas veces pequé. En esta carcel he de entrar, en este calabozo horrible, en este muladar abominable, en este ataúd de mi sempiterna muerte. ¡Oh cuer-*

po infeliz, y maldito, principio y origen de toda mi infelicidad! ¡Oh qué caro me han costado aquellas tus momentáneas delicias, y aquellos tus sucios deleites! ¿Que es posible que por dar gusto á este monstruo, me he privado de los eternos gustos, y me he condenado á los eternos tormentos? ¡Oh si yo tornára otra vez al mundo, cómo trataria á este mi cuerpo! Enfrenaríale como á un bruto; sujetaríale á la razon como á vil esclavo; sacariame los ojos, porque no fuesen lazo á mis pensamientos; cortariame los pies, porque no me llevasen á la ocasion y al escándalo; mortificariame mas que todos cuantos habitaron los desiertos y soledades. Pero ya no tengo remedio; amé á mi cuerpo como amigo, akora le he de experimentar eternamente enemigo. Por no haber sufrido un día de ayuno he de sufrir ahora una hambre rabiosa y sin fin; por no haber asistido de rodillas á una misa, he de ir arrastrando al tribunal del airado Juez. ¡Oh qué facilmente pudiera evitar tanta desgracia! ¡Oh qué feliz hubiera sido entonces mi penitencia! En esto clamarán los demonios con espantosas voces: ¿Qué haces, alma malaventurada? ¿Qué discurre? ¿En qué te detienes? Esta es la morada que tu te preveniste con tus vicios; aun mas feos eran ellos que esta fealdad, aun mas horribles que este horror. Entra en ese lugar de tus antiguos deleites, que él mismo ha de ser el potro de tus eternas penas. Y diciendo esto entrará el alma en su cuerpo, como entra en una canal el plomo derretido, penetrándole todo con aquel fuego del infierno, como se penetra el metal cuando se derrite en un horno encendido. Saltarán luego chispas y centellas de fuego por los ojos, oidos y boca; entrarase por

el olfato, envuelto en el hodiendo humo, el mas pestilencial holor: enroscaránse por todo el cuerpo los demonios como culebras y dragones sangrientos y ponzoñosos; y encadenados asi cuerpo y alma serán llevados á escuchar la sentencia que ya han empezado á padecer.

Pues alma mia, que esto lees ó escuchas, si por tu desgracia estás en pecado mortal, ¿cómo no das un grito que penetre el Cielo, pidiendo á Dios misericordia? ¿Cómo no te caes desmayada considerando tu contingencia? Dios mio, ¡que todos estos males pueden venir sobre mí! ¡Y que los tengo tantas veces merecidos, y que los padeciera sin remedio, si tú no me libráras de ellos! ¿Pues qué es esto, alma? ¿Cómo tendrás ya por pesada la ley de Dios? ¿Cómo te parecerá insufrible la mortificacion de los sentidos? ¿Cómo te será molesta la oracion, el silencio, la penitencia y el retiro? ¿Qué son estas cosas comparadas con aquellas penas? Yo me resuelvo á castigar mi cuerpo y sujetarle á la razon toda mi vida, por no llegar á tanta desventura y miseria; yo he de empezar á hacer desde ahora lo que me alegraré haber hecho en aquel último dia.

Aparecerá el Supremo Juez, haciendo á todos patente su Cruz y las llagas que padeció por nuestra Redencion. ¡Oh Redencion, que yo tantas veces malbaraté! ¡Oh llagas preciosísimas que yo no adoré ni agradecí! ¡Oh Cruz saludable de quien yo no me aproveché! Tú habias de ser mi remedio, y ahora has de justificar mi condena. Mandará Cristo á los Angeles que aparten

los buenos de los malos, y pues he seguido la compañía de los malos, quiero considerar cómo se ejecutará en mí esta separacion. Mira, alma mia, como de en medio de aquella multitud de condenados sacan con gran tropel y estruendo á una gavilla de aquellos judíos y gentiles que condenaron, acusaron, blasfemaron y crucificaron á Cristo Señor nuestro; y que asiéndote tambien á ti con igual ímpetu te llevan con ellos ante el Tribunal del airado Juez. Clamarás y te quejarás porque te igualan con tan perversa gente. Pero al hacerte los cargos, quedará confusa tu queja, viendo el esceso de tu malicia. Acusarán los demonios la alevosía de Judas, porque vendió por treinta dineros á su Maestro: levantarán mas la voz contra tí, porque le vendiste, no una sino muchas veces, no por treinta dineros, sino acaso por menos precio y por un instante de gusto. Acusarán al pueblo judáico porque escogió y estimó mas á Barrabás que á Cristo, y luego clamarán contra tí, diciendo: *Esta alma no hizo caso de vos, oh Supremo Juez, y volviendo las espaldas, os pospuso muchas veces á vuestro enemigo, y suyo, el demonio.* Acusarán la crueldad de los Sayones que burlaron y afrentaron al Señor, y luego gritarán contra tí: «Este tambien hizo burla de tus leyes, este despreció y profanó vuestros Sacramentos, y aun se atrevió á ultrajarlos á vista de vuestros altares.» Acusarán finalmente á los inhumanos verdugos, porque con execrable atrevimiento crucificaro al Salvador, y luego clamarán con gran fuerza contra tí. «Este, Señor, sabia bien lo que dijo vuestro Apostol,

que cometer un pecado mortal, era lo mismo que volveros á poner en una Cruz: y con todo eso pecó muchas veces contra vos, y esto creyendo que vos érais su Dios y habíais de ser su Juez: creyendo que habíais muerto por darle vida, sin hacer mas caso de vuestra sangre derramada por su bien, que si fuera sangre de un tigre ó de su mayor enemigo; aun mas castigo merece que los judios y gentiles, los cuales, como vos digisteis, no sabian lo que se hacian, y este supo que injuriaba á su Dios, á su Redentor y Criador. Segun esto sea contado en el número de estos desventurados, y lleve en su compañía los eternos suplicios.» ¿Qué diré entonces? ¡Oh miserable de mí! Pediré perdon de mis atrevimientos. Pero ya no es tiempo de perdonar. Acogeréme al patrocinio de María Santísima. Pero ya se acabó el tiempo de su misericordia. Volveréme al Angel de mi guarda, y será fiscal de todas las acciones de mi vida. ¿Pues qué haré? ¿Qué diré teniendo á todo el mundo por enemigo? ¡Oh desdicha! ¡Oh afliccion! Señor, vengan sobre mí todas las aflicciones y desdichas de esta vida, antes que llegue á aquella última de todas las desdichas. ¿Pero qué será si á este mismo tiempo miro al otro pobrecito, á quien tuve por loco y dementado, que tomándole los Angeles en sus manos, le juntan al coro de los mayores Santos, le agregan á los escuadrones de los justos? ¡Ay de mí! ¡Cómo se trocaron las suertes! Yo le desprecié y él ahora hace burla de mí; yo le tuve por vil y miserable, y no le admitiria entre mis criados ni pondria en él mis ojos, y ahora es di-

chosísimo y honrado entre los príncipes del Cielo, mientras yo voy encadenado entre la mas vil canalla del mundo? ¿Pero qué es esto que miro? ¿Quién es aquel que resplandece como un sol entre los bienaventurados? Parece mi compañero mi amigo, mi pariente. El mismo es. ¿Pues cómo así? No anduvo en los mismos pasos que yo? ¿No fue tambien cómplice de mis delitos? ¿No me ayudó á cometer tal pecado? Sí. Mas ay, que despues hizo verdadera penitencia, despues dejó el mundo y se retiró á una Religion, donde vivió con grande observancia: eso significa aquella corona, eso aquella resplandeciente compañía, que como á hermano suyo le da el parabien de su gloria. Pero yo encenagado en mis vicios, sordo á las divinas inspiraciones, corrí siempre á rienda suelta tras mis brutales apetitos como si nunca hubiera de llegar este dia. ¡Oh necio y desventurado de mí!

Solo resta la manifestacion de todos tus pecados, no solo al Juez, que ya los sabe, sino á todos los hombres del mundo, de los cuales acaso hubo algunos que te juzgaron por santo, que te tuvieron por amigo, cuando tú eras enemigo de Dios y traidor infame contra los hombres. ¡Oh loco! ¿Pensabas que tus ficciones y embustes habian de quedar sepultados en el olvido? Ahora los verás publicados y manifiestos á todos. ¡Oh qué sentimiento, que vergüenza y que confusion será ver que saben todos lo que yo me avergonzaba decir á un Confesor en secreto! ¡Oh cómo tomarian por partido los malos que los cubriesen los montes, por no verse en aquel dia en tanta confusion!

Y hed aquí, miremos ya el desenlace de aquella grande y tan imponente escena: ¡Ay! [para unos de consternacion; para otros de satisfacion: hed aquí que, estos subirán coronados de eterna gloria al Cielo; los otros bajarán desesperados al Infierno, por toda una Eternidad!...

¡O Eternidad! ¡Eternidad! quien siempre pensára en tí! quien te tuviera presente en todas sus obras, y en todos sus pensamientos, y hasta en sus sueños! cuanto mas felices seriamos en esta y en la otra vida! ¡Oh si tuviéramos, á la vez, cordialísima devocion á la Virgen Santísima! ¡Oh sí, por último, Oh si cada dia levantáramos, una y mil veces, nuestro corazon á Dios para pedirle bienes espirituales sobretodo: el dolor de nuestros pecados, el amor á la mortificacion ó penitencia, la santa compensacion, la enmienda de vida, la humildad, la caridad, el amor á la Virgen y una buena muerte: implorando que el Espiritu de Dios sea en todas nuestras obras, y en todos nuestros pensamientos, y en todos nuestros sentimientos, y en todas nuestras cosas; para nuestra justificacion, nuestra santificacion, y nuestra salvacion: pues, *la Meditacion, la Oracion y la Devocion á la Virgen, son nuestros Caminos para la Eterna Bienaventuranza.*

(Domingo: por la mañana.)

CUATRO MÁXIMAS DE CRISTIANA FILOSOFIA,

SACADAS DE CUATRO CONSIDERACIONES DE LA ETERNIDAD.

Lo que aca se ve, muere y pasa:

La eternidad de allá solo no pasa.

Todo hombre ha de entrar una
una vez sola en la casa de su
eternidad, para no salir de ella
jamás.

¿Qué aprovechará al hombre
que gane todo el mundo, si pier-
de para siempre su alma?

ETERNIDAD DEL ALMA.

Cuatro máximas se sacan de la consideracion de la *Eternidad*. La primera máxima es un conocimiento vivísimo del valor del alma, acompañado de una resolucion y propósito firme de anteponer los intereses del alma á los intereses del cuerpo. Porque no hay mas de una alma, una alma sola, y una alma eterna, que si una vez sola se pierde, jamás se recobra; y si una vez sola se gana, jamás se pierde.

Recójase, pues, quien lee estos pocos renglones en el secreto de su corazon; y como si hubiese llegado con los pasos de su consideracion á las dos puertas de la *Eternidad*, una, que guía al Cielo; otra, que abre camino al precipicio del Infierno, y por virtud de Dios las ha-

llase abiertas, fijando la vista del alma en aquel abismo de siglos infinitos, repítase á sí mismo muchas veces estas tres solas palabras: *Eternidad, Siempre, Jamás*; y luego volviendo á su alma misma, despiértela del sueño del pecado, diciendo: acuérdate, ó alma mía, que eres eterna, y que has de vivir eternamente, ó bienaventurada, ó miserable. Vive, pues, ahora por la *eternidad*: pelea por la *eternidad*: padece por la *eternidad*; porque padecer y pelear en una vida donde no se puede escusar el pelear y el padecer, todo es en órden á vivir, ó en una eterna felicidad, ó en una infelicidad eterna.

La muerte es la que dá la entrada á la *eternidad*; y cuando tú llegues á la muerte, si no entras por la puerta del Paraíso, sino por la del Infierno, ó miserable de tí! que podrás decir con el rey de Inglaterra Enrique Octavo: *Todas las cosas hemos perdido*: porque si el alma pierde al alma, nada le queda, ó que perder, ó que ganar.

Luego que con la consideracion hubieses llegado á la puerta de la *eternidad*, revuelve en tu ánimo, que si bien la *eternidad* es infinita, porque contiene en sí infinitos siglos, infinitos años, infinitos meses, infinitos dias, infinitas horas é infinitos momentos; y estos momentos, horas, dias, meses, años y siglos, son infinitos sobre infinitos, ó infinitas veces infinitos; con todo eso su aprension, como si fuese de cosa infinita, se estrecha entre dos términos, que no tienen término: *Siempre, y jamás; jamás, y siempre*. O buen Jesus mio! Qué mar Oceano es este sin suelo y sin ribera, y sin término y

sin fin? O, que todos los pulsos se me alteran, y todas las venas se me tiemblan, y toda la sangre en ellas se yela cuando me conturban mis pensamientos, engolfados en este *siempre*, y en este *jamás*.

Un *siempre*, que no tendrá jamás fin. Un *jamás*, que durará para siempre. Un *siempre*, que jamás debería apartarse de nuestro pensamiento. Un *jamás*, que siempre debería estar fijo en nuestra consideracion. Un *siempre*, que, como cuchillo agudo, pasase de parte á parte el ánimo del pecador. Un *jamás*, que como espina penetrante atravesiese el corazon del justo. Un *siempre*, que espanta á los mas rebeldes. Un *jamás*, que hace temblar á las columnas mas firmes de la Iglesia. Un *siempre*, que ha poblado los desiertos. Un *jamás*, que ha llenado los monasterios. Un *siempre*, que ha guardado la pureza de las virgenes. Un *jamás*, que ha derramado la sangre de los mártires. Un *siempre*, un *jamás*, que han engendrado la santidad, y mantenido la inocencia.

O jamás! ó siempre!

O siempre! ó jamás!

Jamás es malo quien piensa en el *siempre*.

Siempre es bueno quien piensa en el *jamás*.

O *eternidad*, que siempre ha de durar!

O *eternidad*, que jamás se ha de acabar!

Ya tu, amigo mio, con la consideracion te hallas en medio de la *eternidad*, que no tiene medio; ya tu alma sin aliento, atónita y desmayada, pregunta: Qué es *eternidad*?

La *eternidad* es una duracion siempre presente. Un hoy perpetuo, que nunca pasa. Un dar vueltas de años, que nunca cesa. Un círculo, cuyo centro es el *siempre*, y la circunferencia el *jamás*; porque durando siempre, en ningun tiempo puede jamás comprenderse ó terminarse. Una culebra que enroscándose, muerde su cola; y así, confundiendo fin y principio, jamás acaba de comenzar, y jamas comienza á acabar.

Despues de mil años, y despues de cien mil años, y despues de mil millones de años, y despues de cien mil millones de millones de siglos, aun no habrá llegado el fin, ni el medio de la *eternidad*; antes pasados todos ellos, ella se quedará tan entera como si entonces comenzára. Cuanto la tierra será tierra, y cuanto el cielo será cielo; y cuanto Dios, (ó Señor, qué cosa es esta! y ella es certísima) será Dios, tanto los bienaventurados serán bienaventurados, y los condenados serán condenados. Y porque Dios, será *siempre* Dios, y no dejará de ser Dios, por eso los bienaventurados siempre serán bienaventurados, y no dejarán *jamás* de serlo, y los condenados *siempre* serán condenados, y no dejarán *jamás* de serlo.

O, si bien consideramos este *siempre*, y este *jamás*, cuán ligera y momentánea nos pareciera cualquiera pena! Cuán dulce, y cuán suave cualquiera trabajo, por llegar á gozar de Dios eternamente! Cuán lejos estaríamos de todo pecado! Cuán fervorosos seríamos en las obras santas! Cuán bien gastaríamos este momento de vida, del cuál depende la *eternidad*.

Oid cristianos; oid paganos; oid, hombres todos cuantos vivis sobre la tierra, y habeis de morir; oid, temblad de oir estas tres palabras: *Eternidad, siempre, jamás*. Y alegraos vosotros, los que ya en el cielo estais gozando del sumo bien, seguros de que le habeis de gozar por toda la *eternidad, siempre*, sin perderle *jamás*.

Oid otra vez, hombres viadores, que vivis en el mundo, oid, pensad y reparad, que de este momento de vida depende, ó la vida, ó la muerte eterna. A aquella conduce la cruz de Cristo, á esta los placeres del mundo: escoged de estos dos extremos el que quisiéreis: escoged vivir y morir; pero acordaos siempre, y advertid mucho, que el vivir y el morir es eterno.

Dime cuántas manos tienes? Dos. Dios te las guarde; mas porque son dos, si pierdes la una, te queda la otra. Y cuántos pies tienes? Dos. Dios te los guarde; mas porque son dos, si pierdes el uno, te queda el otro. Y cuántos oidos tienes? Dos. Dios te los guarde; mas porque son dos, si pierdes el uno, te queda el otro. Y cuántos ojos tienes? Dos. Dios te los guarde; mas porque son dos, si pierdes el uno, te queda el otro. Y almas, cuántas son las que tienes? Si tienes dos, bien puedes descuidarte en su guarda; que si pierdes la una, te quedará la otra. Pero ay de ti! que no tienes mas de una alma, una alma sola, y una alma eterna; y si esta pierdes, no te queda otra; y si esta ganas, la ganas para *siempre*. Si ésta pierdes la pierdes para *siempre*.

O cristiano! dónde está la fe? Dónde el juicio? Donde

la razon? puesto que de cuatro palmos de tierra, de un poco de humo de houra, de un momentáneo deleite, de algunas piezas de tierra amarilla, de un puñado de los excrementos de una concha naces mas caso que de tu pobre alma, y alma sola, y alma eterna. No basta creer la *eternidad*, si no se cree como conviene: *con las buenas Obras*.

Y si estas palabras, que, de verdad son pocas, á ti, que estimas menos el alma que un vil dinero, te parecieren muchas; conténtome con que en tu corazon fijes estas dos solas: *alma sola, alma eterna*, para que cuando la tentacion te acomete, y los objetos te atraen, y los sentidos te lisonjean, con este escudo de diamantes resistas á los golpes del enemigo, como los resistió aquel emperador, á quien el pensamiento vastísimo de la *eternidad* quitó la corona de la cabeza, diciendo: *Mas es el alma*. O si cada uno á sí mismo se repitiera muchas veces: *Mas es el alma, mas es el alma sola, mas es el alma eterna*. Si tú fueses tan glorioso como un Alejandro, tan afortunado como un Cesar, tan rico como un Creso, tan hermoso como un Absalón, tan amado como un Jonatás; si tuvieses todas las riquezas, todos los honores, todas las grandezas, todos los placeres del mundo, lloviendo siempre sobre tu casa un diluvio de felicidades; pregunto, dentro de cuatro dias, á la hora de muerte, ¿no lo habias de dejar todo mal de tu grado, cuando tu alma pobre y desnuda ha de dar el peligroso salto desde el tiempo á la *eternidad*? Pues entonces, hermano mio, dime, qué será de ella?

Alma sola, Alma eterna.
Eternidad, Siempre, Jamas.

*Por la salud del alma, ó caro hermano!
Pon debajo los pies, y arroja al viento
Este vidrio caduco, y polvo vano,
Que poco dura, y pasa en un momento:
Y por un bien eterno, de antemano
Sufre cualquier dolor pena ó tormento,
Y sea tu cuidado y tu desvelo,
Hacer del lodo vil, oro del cielo.*

(A mediodia.)

ETERNIDAD DEL CUERPO.

El que se ama en esta vida de tal manera, que, por cumplir sus apetitos ofende á Dios, perderá su alma para siempre. Pero el que se ahorrece, mortificándose, contradiciendo á sus pasiones, la guarda para la vida eterna.

La segunda máxima que se saca de la consideracion de la *eternidad*, es una firme resolucion de tratar mal al cuerpo por tratarlo bien, y hacerle que padezca porque no padezca. Luego quien trata mal su carne en el tiempo presente, la trata bien para la *eternidad*; y quien la hace padecer en este siglo, hace que no padezca en el futuro. Y asi, si te pareciere extraño ó enigmático el título de esta máxima, *eternidad del cuerpo*, corrige tu

imaginacion, considerando, que si bien tu carne ha de ser pasto de gusanos, y convertirse en ceniza dentro de pocos y brevísimos dias; con todo eso, en el dia final del mundo esa carne misma, y no otra, ha de resucitar, y unirse con el alma inseparablemente para no volver á morir jamas.

O, pluguiese á Dios que el pensamiento de la *eternidad* eternizase en el pueblo cristiano una metamórfosi ó transmutacion, no fabulosa, sino semejante á la de aquel mancebo mundano, que fabricando castillos en el aire, y torres de viento sobre el arenal, levantó el edificio de su salvacion eterna. Este tal, como suele suceder á los ociosos, un dia no sabiendo que hacerse, saltando con su pensamiento de rama en rama, como dicen, quimerizaba consigo mismo, y decia: «O, qué buen tiempo es el mio! O, qué feliz suerte, si durase siempre, si nunca se menoscabase! O, si yo pudiera embalsamar mi felicidad! No me faltan riquezas, abundo de amigos, banquetéo esplendidamente, vivo á lo grande, soy cortejado, y doy á mis sentidos cuantos gustos se les antoja. Y si bien todas estas dulzuras llevan su mezcla de amarguras, lo que mas me trae amargo es el considerar que todas se han de acabar, y un dia han de tener fin con la muerte. O muerte, si yo te pudiera dar la muerte! O, si fuera posible siempre vivir, siempre gozar el mundo, y siempre seguir los propios apetitos y antojos!» De aqui pasando con la consideracion adelante, se decia á sí mismo: «Si ahora viniera un ángel del cielo, y me tragera una firma en

blanco de Dios, que ponía en mis manos esta elección; tú has de vivir seiscientos años en una de dos maneras, ó estando los veinte y cinco de ellos en una estrechísima prision entre millares de miserias, y los restantes en las anchuras del mundo, gozando de todos sus placeres; ó por el contrario, los veinte y cinco entre estos placeres gustosos, y el resto en aquella prision tristísima; cuál sería en este caso mi resolución? Sin duda que eligiera el primer partido, y no el segundo, si ya del todo no hubiese perdido el juicio: porque ¿qué son veinte y cinco años en comparación de tantos siglos? Con veinte y cinco años de paciencia, compraria quinientos y setenta y cinco de alegría. Veinte y cinco años lo pasaria mal; pero quinientos y setenta y cinco lo pasaria bien.» Cuando aqui llegó este mancebo, fue su corazon traspasado de una fuerte inspiración de Dios, porque sintió una voz interna, que le decia: «O miserable! O miserable de tí! ¿Cómo no ves que contra tí mismo has dado la sentencia? Sean los años que te restan de vida, no solo veinte y cinco, sino ciento; y séate concedido por todos ellos todo cuanto te venga al pensamiento de los bienes deleitables del mundo; mas despues de ellos, ¿qué te enseña la verdadera fe? ¿Cuántos años se han de seguir? No seiscientos, no seiscientos millones, mas siglos eternos, en los cuales vivirás muriendo con una infinidad de penas, é infinitamente mayores de cuantas puede concebir el entendimiento humano. ¿Parécete, pues, bien este partido? ¿Parécete si este contrato es por ambas partes igual?» La considera-

cion de esta aritmética divina le hizo resolverse á no trabajar ya mas con el mundo y sus cosas, y á enmendar su vida por asegurar la *eternidad*.

O, cuán dulce y suave nos haria la mortificacion de nuestra carne el pensamiento de la *eternidad*, si no se apartase jamás de nuestro corazon, ó por lo menos algunas veces se alvergase el él! Hombre cristiano, por lo mucho que amas, no digo yo á tu alma, sino á tu cuerpo, ruégote que consideres muchas veces estas palabras:

Breve vida, eterna vida,

Breve padecer, eterno gozar.

Breve gozar, eterno padecer.

Si el cuerpo se lamentáre del ayuno, confórtalo con el pensamiento de los banquetes eternos: ¡ si se quejáre del vestido pobre, consuélalo con el pensamiento de la estola inmortal, si se doliere del padecer, enjuga sus lágrimas con el pensamiento del eterno gozar.

Zeuxis, pintor célebre, preguntado por qué gastaba tanto tiempo en perfeccionar sus pinturas?, respondió. Pinto tan despacio, porque pinto para la eternidad. Entienda bien nuestro cuerpo que sus pinturas son eternas. Toda penalidad, tolerada por amor de Dios, es una pincelada en el cuadro de la *eternidad* bienaventurada; y todo pecado grave, cometido por amor del sentido, es una pincelada en el cuadro de la *eternidad* infeliz. Por eso querria yo que en la vida espiritual se hallase un movimiento perpétuo, cual no han hallado los filósofos en la naturaleza, con que nuestros ojos del

alma continuamente se moviesen ácia arriba y ácia bajo, acompañados con una lengua intelectual, que siempre estuviese diciendo: *Cielo é infierno: Dia y noche: Padecer y gozar: Vida y muerte: Muerte sin vida: Vida sin muerte: Gozar sin padecer: Padecer sin gozar: Noche sin dia: Dia sin noche: Y dia y noche: Padecer y gozar: Vida y muerte, todo eterno.*

Y no tratamos aqui, amigo lector, de una metafísica espiritual que puedes decir no la entiendes, por ser ella muy sutil, y tú muy rudo; mas tratamos de tu cuerpo, y de tu carne, y de tus miembros y sentidos; y decimos, que á esa carne misma, á ese cuerpo, á esos miembros, á esos sentidos tuyos, y de ti tan amados y regalados, dentro de cuatro dias brevísimos, dias de vida mortal, ó de muerte viviente, les ha de caber forzosamente, ó un dia eterno, ó una noche eterna: un eterno gozar, ó un eterno padecer: una eterna vida, ó una eterna muerte: un paraíso eterno, ó un infierno eterno.

Habla, pues, hermano, frecuentemente con este tu mismo cuerpo, y dile: «Acuérdate, cuerpo mio, que eres eterno, y vives para ser eternamente feliz, ó infeliz. Ojos míos, no ofendais á Dios con el mirar, porque sois eternos: manos mías, trabajad por amor de Dios, porque sois eternas: pies míos, caminad por el camino de los divinos preceptos, porque sois eternos: oídos míos, escuchad la palabra de Dios, porque sois eternos: carne mía, mortificate, y haz penitencia, porque eres eterna.»

*Las gotas de la sangre (ó penitente!)
Rubies son, y perlas las del llanto,
Cetro y corona el tolerar paciente
Cilicio, hambre, sed, dolor, quebranto,
Penas, que allá dan gloria permanente,
Y acá de un pecador hacen un santo;
Con que hacen allá que à larga mano
Produzca fruto eterno el muerto grano.*

(Por la tarde.)

ETERNIDAD DEL PARAISO.

Lo momentáneo y ligero de toda tribulacion nuestra, sufrida en esta vida, causa en nosotros en la otra un excelsivo y eterno peso de la gloria.

La tercera máxima de salud que se saca de la consideracion de la *eternidad*, es una cuerda resolucion de dar la nada por el todo, la muerte por la vida, lo presente por lo futuro, el tiempo breve por el infinito, y la tierra por el cielo. O, cuán bien decia Tomás Moro, que muchos con la mitad del trabajo, con el cual compran la eterna perdicion, y aun con menos, pudieran adquirir, si quisiesen, la bienaventuranza eterna!

No tratamos aqui de la grandeza y calidades de la gloria, siendo nuestro fin el tratar de su *eternidad*: solo exhortamos al lector, que considere el sentimiento de

[san Agustín, que dice, que por solo gozar un dia de la gloria del paraíso, fuera bien empleado el padecer todos los tormentos que en esta vida presente se pueden padecer: y que pondere atentamente lo que escribe Alano, autor muy grave, de cierta monja difunta, despues de una enfermedad gravísima, al cual apareciéndose por divina permission, vestida de gloria, á una su conocida, entre otras cosas la dijo: O, amiga, cuán grande es la gloria que Dios me ha dado en el paraíso! Hágote saber, que por ganar tanto mas de ella, cuanto mereceria sola una Avemaría, aunque fuese rezada no con muy grande devocion. de buena gana volveria yo á padecer toda mi vida tan grave enfermedad, y las agonias de la muerte.

Si esta recompensa tan sin medida de las buenas obras, que Dios da á sus escogidos, hubiera de tener fin, alguna excusa pudiera tener la locura de aquellos que no se curan de ella, pero no ha de tener fin, nunca se ha de acabar, es eterna. Y como quiera que las dulzuras y gustos terrenos vienen mezclados con la amargura de la memoria amarga de su fin, las dulzuras y gustos celestiales por este lado son inestimables, porque jamás han de tener fin. O mi Dios, cuan poco nos cuesta una *eternidad* de un bien infinito! O Señor eterno! ¿con qué lágrimas se puede dignamente llorar esta miseria? Que siendo nosotros criados para el paraíso, ó nunca, ó pocas veces levantamos los ojos del alma para mirar aquella nuestra verdadera patria, y para considerar como el paraíso es eterno!

Si el paraíso eterno fuese considerado, todo el mundo sería santificado.

¿Y qué no hace un hombre por adquirir riquezas? ¿A qué peligros no se espone por ensuciarse en los deleites del sentido? ¿Qué trabajos no tolera por encumbrarse al precipicio de las honras? Siendo así que sobre todo esto, que el hombre vanamente desea, Dios ha derramado muchas hieles, y ha puesto un poco de polvo por término de las olas tumultuantes de nuestros diseños y caprichos. Hoy en figura, y mañana en sepultura. O, cuántos y cuántos son los que malvaratan el oro del cielo por el lodo de la tierra!

¿Qué ganancia se puede persuadir un hombre que hace, cuando á costa de fatigas compra su perdición eterna, y pierde su eterna felicidad? Lo cual es cierto, que no se puede llamar ganancia, sino pérdida; porque la ganancia consiste en perder poco, y adquirir mucho. O miserables de nosotros, que siendo tan cuidadosos y diligentes por nuestros intereses, damos en nuestro ánimo el último lugar á aquel cuidado que debiera tener el primero! Cuidado, que no solo debiera ser el primero, mas debiera ser solo. Amad en buen hora la vida, pero sea la eterna.

San Felipe Neri se apareció despues de muerto, vestido de gloria, á una persona su devota, y le mostró detras de sí un camino largo, todo cubierto de abrojos y de espinas, y le dijo: «Este es el camino por donde se va al paraíso. Quien quisiere coger las rosas del cielo, es necesario que pase por las espinas de la tierra.»

El mismo santo, queriéndole hacer Cardenal, se fue huyendo y gritando: «Paraíso, paraíso.» Aprended, vosotros de semejantes egemplos, porque no puede haber mayor locura, que cuidar mucho de lo poco, y cuidar poco de lo mucho.

*La ciudad de este mundo, ó viandante!
No es la patria á que vas, es un Hospicio:
Si fijo en él no pasas adelante,
Pierdes con indecible perjuicio
Todo el tiempo presente, y el restante;
Y como un caminante sin juicio,
Piérdeste á ti perdiendo tu jornada:
Y al fin perdiendo el todo por el nada.*

(Por la noche.)

ETERNIDAD DEL INFIERNO.

¿Quién de vosotros tendrá atrevimiento para habitar rodeado siempre del fuego tragador del infierno, y penetrado con sus sempiternos ardores?

La cuarta y última máxima de salud (que por ventura es la primera en la fuerza para quebrantar los corazones empedernidos) sacada de la consideracion de la *eternidad*, es ponerse en viage para el infierno, y entrar en vida con el pensamiento en aquel abismo de tormentos, para no entrar con la realidad en él despues de la muerte: O formidable palabra! INFIERNO.

Pensemos bien en las penas del infierno, porque, *No deja caer en el infierno la memoria del infierno.* Y me atrevo á decir, que si los hombres todos tuviesen fe viva, y memoria atenta del infierno, estaria despoblado el infierno. O Dios mio! El infierno está lleno de almas, porque, ó no se cree, ó no se piensa en él.

En las partes de Nortumbria murió un hombre llamado Drichelmo, y por permission de Dios, despues de haber visto las penas del infierno, volvió á esta vida, y mudó la suya pasada, de tal manera, que daba bien á entender, aun á quien no lo conocia, que habia estado muerto, y que habia visto el infierno; porque no solo toleraba por muchos dias rigurosísimos ayunos, vestia horrendos cilicios, se ceñia cadenas de hierro con puntas agudas, se disciplinaba hasta derramar sangre, y dormía sobre la desnuda tierra; pero buscando todos los modos de padecer, se metia hasta el cuello en el agua helada, y se abrasaba las carnes con carbones encendidos. Algunos hombres prudentes, no aprobando esta manera de vida, lo reprendian, porque trataba su carne indiscretamente con tan excesivos rigores, siendo homicida de sí mismo. Mas él, con palabras afectuosas, acompañadas de suspiros, respondía. «Peores cosas que estas son las que yo he visto en el infierno.»

O mi Dios! fuego, hielo, azufre, hedor, gusanos, escorpiones, tormentos, dolores, pasmos, demonios, é infierno eterno, ¡O que horror! ¡O que horror!

Decidme: ¿Vuestra carne por ventura es de hierro? ¿Vuestro cuerpo es de bronce? ¿Vuestros miembros en la

otra vida han de ser de diamante? Cierto es que no. Pues si ahora no os basta el ánimo para andar por un cuarto de hora descalzos sobre unas brasas encendidas, ¿cómo os bastará entonces para estar todos enteros sepultados por toda la *eternidad* en aquel fuego del infierno, en cuya comparacion el nuestro de acá es como pintado, segun dice san Agustin?

O infierno! O infierno! Y que en ti tantos se precipiten! Y que tan pocos en ti piensen! Desórden es este, en que los hombres son peores que los demonios; porque un demonio (dice san Cirilo) se espanta de oír esta palabra, *Infierno*: Y con todo eso un hombre no le teme.

O tú, cristiano, que á rienda suelta vas corriendo al infierno, gasta, te ruego un poquito de tiempo en leer este breve discurso. Ponte á pensar en la *eternidad*, y corta en la consideracion de ella cien mil años, corta mas, cien mil millones de millones de siglos. ¿Piensas tú que quitados esos has cortado la *eternidad* en una jota? Torna de nuevo á separar de ella otros mil millones de millones de años. ¿Crees tú haber encontrado ya con el Alfa y Omega de la *eternidad*? Quitale demas de lo dicho tantos millones de siglos, cuantas son las estrellas del cielo, y cuantas son las gotas de agua de todo el mar, y cuantas son las arenillas de que se compone toda la tierra, y cuantos son los átomos de todo el aire. Despues de quitados y pasados, como de verdad han de pasar todos estos números de años y de siglos, se quedará la *eternidad* tan entera como si aquel día comenzára; en cuanto siempre se queda sin término, siempre sin fin, siempre

inmensurable, siempre infinita, y despues de cualquier número de siglos imaginables, siempre, siempre infinita.

Supongamos que hiciese Dios con los condenados este pacto: Llénese todo este globo del mundo, hasta el cielo estrellado (cuya concavidad se supone tan grande, que para pasar su diámetro en cien años, era menester correr cada dia 6850 leguas horarias), llénese, pues, este globo de arenillas tan menudas, que cada una sea insensible, y despues de pasado un millon de años, venga un ángel, y tóme, y sáque fuera del globo una arenilla; y pasado otro millon de años, vuelva y sáque la segunda, y así sucesivamente tras cada millon de años pasados, venga y sáque una, que despues de haber acabado á este paso de sacar el ángel este tan incomprendible número de arenillas en este tan inconceptible número de millones de años; dejando este globo, de tan inesplicable grandeza, vacío de ellas; entonces han de cesar vuestras penas, y os habeis de ver libres de ellas: Esta nueva sería para los infelices condenados de tanto consuelo y alegría, que grandemente les aliviaria sus tormentos, y ya en adelante de alguna manera se reputarian felices, porque dirian: Insufribles son las penas que padecemos, é incomprendible es el número de millones de años en que las hemos de padecer; mas al fin es número finito, que se ha de acabar. Pero ¡O infinidad de la divina justicia! De hecho han de padecer los condenados todos sus tormentos, sin alivio por todo este incomprendible número de millones de años; y pasado él, de nuevo han de comenzar á padecerlos con

el mismo rigor que el primer día que entraron en el infierno, y continuar padeciéndolos por toda *la eternidad*. para siempre, y sin fin. Y este es artículo de fe infalible. ¡O locos de los cristianos, que creyéndolo, se atreven á pecar!...

¡Ó eternidad espantosa! ¡incomprensible eternidad!... ¿quién, que te crea, es capaz de vivir un solo momento en pecado, y diferir un solo momento su penitencia?... Supongamos que un pecador está condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga, que no hiciese mas que un viaje cada mil años, hubiese transportado en el mar toda la arena que hay en la orilla. ¡Ah! desde que Cain está en el infierno, aquel pequeño animal no se habria llevado mas de seis á siete granos; ¿qué sería si aquel desgraciado debiese sufrir hasta que aquella hormiga hubiese sacado no solo toda aquella arena, sino tambien toda la tierra que el mundo contiene, si fuese menester que aquella hormiga hubiese gastado todas las rocas y todas las montañas, no pasando mas que una vez en mil años? El juicio se perpie y se confunde en esa incomprensible extension de tiempo, y tiempo vendrá en que podréis decir, si sois condenado: «Desde «que morí, desde que estoy rabiando en estos fuegos, «aquella hormiga habria ya transportado toda la arena «y toda la tierra del universo; habria ya gastado las «montañas y las peñas; habria vaciado hasta el centro «del mundo: toda esta espantosa duracion de tiempo se «ha pasado en estos cracles tormentos, y todavía me

«queda que sufrirlos por una eternidad entera!» Hay un infierno, y en él una desdichada eternidad; hay cristianos que lo creen así, y sin embargo pecan! Hé ahí lo que es tan incomprensible como la misma eternidad...

Tu infelicidad ¡ó pecador miserable! si te condenas, contendrá en la duracion de los siglos con la *eternidad* de Dios; porque será, como ella, interminada é interminable. Dios será siempre vivo, y tú siempre muerto, y vivo solamente al padecer y al penar. Y así como no puede ser que Dios no sea Dios, así no será jamás que el bienaventurado no sea bienaventurado, y que el condenado no sea condenado.

Yo considero alguna vez, como si mirase de lo alto del cielo á lo bajo de la tierra, ¿qué es lo que estan diciendo todos los hombres en este mundo, siendo como son todos criados para el paraiso? ¿En qué piensan? ¡O cosa de grande admiracion! Unos se estan cegando con el humo de las honras: otros se estan ensuciando con el lodo de los deleites de la carne: otros se están punzando con las espinas de las riquezas; y pocos son (¡ó cuán pocos!) los que aspiran de veras á aquellos bienes, que solo son verdaderos bienes, y son eternos.

El infierno tiene sus puertas abiertas, y la mayor parte de los hombres viven en la esclavitud del demonio por el pecado, porque toda carne ha corrompido su carrera; y en aquellos abismos de penas entran para no salir jamás innumerables almas, por las cuales Cristo nuestro Señor derramó su sangre, y dió su

vida. ¿Cómo, pues, ó siervos de Dios, los que teneis ojos de celo, y entrañas de piedad, no llorais con lágrimas de sangre esta lamentable miseria?

Creeme, ó mancebo cristiano, que si antes de irte precipitando con la vida licenciosa desenfrenadamente hácia el infierno, consideráras estas cosas atentamente, sería imposible que te resolvieses á comprar por un momentáneo gozar en esta vida un eterno padecer en la otra.

Si del profundo del abismo, permitiéndolo así Dios, los demonios trajesen arrastrando á Judas, y te lo pudiesen delante de los ojos, tal cual allí se halla, atado con cadenas de fuego, pálido, desangrado, leproso, hediondo, sucio, abominable, comido de gusanos, lleno de heridas, lleno de dolores, afligido, é increíblemente atormentado, ¿qué horror causaria á tus ojos, y á tu ánimo este espectáculo? Figúratele, pues, así con la imaginacion, y como si le tuvieras presente, preguntale: «Dime tú, O Judas, ¿qué dolores son estos? ¿Qué penas? ¿Qué tormentos los que padeces? ¿Cuántos años ha que estás en el infierno padeciéndolos? ¿Y cuántos te restan de estar en él á ti, y á todos los demás condenados?» •Nuestras penas son gravísimas (respondería él), son continuas, y sin interrupcion, y son eternas! El mínimo de nuestros dolores sobrepaja á todos los dolores juntos que la justicia de Dios y la justicia de los hombres ha descargado sobre la tierra. Pero por muchas que sean nuestras espinas penetrantes, con todo eso nos parecerian rosas, si tuviésemos algun alvívio ó re-

frigerio, ó si hubiesen de tener fin. Mas ¡ay! que del todo estamos desesperados de salir jamas de tormentos tan terribles, y ni una hora, ni un momento tenemos en que no seamos atormentados, de dentro y de fuera, en el alma y el cuerpo, el día y la noche. rodeados de tinieblas, de humo, de azufre, de fuego, y de demonios! Vosotros reposais, y nosotros en el fuego! vosotros coméis y bebeis, y nosotros en el fuego! vosotros paseais, y nosotros en el fuego! vosotros negociais, y nosotros en el fuego! ¡O miserables de nosotros. á quienes la Justicia divina no concede jamas ni un cuarto de hora libre de intolerables tormentos! Nuestros tormentos son eternos! yo ha mas de mil y ochocientos años que estoy en ellos, y Caín mas de cinco mil, y aun no ha llegado el fin, ni el medio de nuestro padecer; antes hemos de estar siempre y para siempre en el principio: porque mientras Dios será Dios, Judas será condenado, y Caín será abrasado, y todos los réprobos serán atormentados!»

Ahora, pues, cristiano lector, por las entrañas piadosas de Jesucristo, y por el amor que te tienes á ti mismo, lee, y vuelve á leer, piensa, y vuelve á pensar cuanto aqui está escrito. Y pregunta á menudo á tu alma y á tu cuerpo, y á tus potencias y sentidos: «¿Cómo será posible, que yo que soy tan delicado, que no puedo sufrir una mala cama, ni una picadura de un mosquito por breve tiempo, haya de estar *para siempre* sumergido en aquel fuego tragador, penetrado con sus llamas, y abrasado con sus ardores; y padecer todas las demas penas del *Infierno*, para el entendimiento

humano incomprensibles, y sobre todo *eternas*? Y con todo eso no solo es posible sino tambien muy contingente que esté y padezca en el *infierno*, siendo, como es, muy contingente que *me condene*, supuesto que es certísimo que, *son muchos los que se condenan, y pocos los que se salvan*; porque como claman las Escrituras sagradas, *son muchos los llamados, y pocos los escogidos*; y el camino de la *perdicion* es muy ancho, y *muchos* los que entran por él, y el de la *vida eterna* muy estrecho, y *pocos* los que con él encuentran, y solos arrebatan *el cielo* los que se violentan y estrechan para entrar por la puerta angosta.» Estas consideraciones frecuentadas te abrirán los ojos del alma, para que claramente veas como te conviene vivir. Pues solas estas palabras, *Infierno* y *Jamás! Infierno* y *Jamás!* repetidas en voz alta muchas veces por un sacerdote siervo de Dios, bastaron para convertir á buena vida una muger mundana.

Hombre viador, á ti tambien, cualquiera que seas, repito yo estas ahora: *Infierno* y *Siempre! Paraiso* y *Siempre! Infierno* y *Jamás! Paraiso* y *Jamás!* Si una sola vez entras en el *Paraiso*, poseerás *Siempre* un bien sumo, sin temor de perderle *Jamás*. Si una vez sola entras en el *Infierno*, padecerás *Siempre* un sumo mal, sin esperanza de evitarle *Jamás*. Y ahora vives en contingencia de ambos estos extremos, *Paraiso, Siempre, Jamás! Infierno, Siempre. Jamás!*

Si éste de acá, como pintado fuego,

No se puede tocar sin gran dolor,

*Tú, que al infierno estimas como un fuego,
Cómo podrás sufrir su eterno ardor?
Con lágrimas pues, lava, y sea luego,
De tu pasada vida todo error,
Que si pudiera un réprobo otro tanto,
Sin duda que vertiera un mar de llanto.*

MUERTE, JUICIO, INFIERNO Y GLORIA TEN, CRISTIANO, EN LA MEMORIA.

(Ejercicios de S. Ignacio.—Salazar. ∞ Cuatro máximas de cristiana filosofía.—J. B. Manni.)



LA ORACION

PUERTO DE SALVACION.

Importancia de la Oracion para salvarse.

Entre todos los medios de salud que Jesucristo nos recomienda en el Evangelio, ocupa la oracion el primer lugar. Los santos Padres y los teólogos convienen en decir, que la oracion es un medio necesario á la salud. Un fiel que no pide á Dios por medio de la oracion las gracias necesarias para su salud, no puede salvarse.

Para llegar á la perfeccion, hay necesidad de la meditacion y de la oracion: por medio de la primera vemos lo que nos falta; por la segunda recibimos lo que hemos menester.

Sin la oracion es difficilísimo salvarse; y es hasta imposible, si atendemos al órden comunmente establecido por la divina Providencia; al paso, que rogando, es la salud la cosa mas fácil y segura del mundo. Para salvarse no es necesario ir á sacrificar la vida entre los infieles, ni vivir de yerbas en los desiertos: basta esclamar: *Señor y Dios mio, tened piedad de mí, venid á mi socorro, salvadme!* ¿Puede imaginarse cosa mas fácil? Y no obstante, esta corta oracion puede salvarnos si

practicamos el bien. San Lorenzo Justiniano nos exhorta á orar, á lo menos al comenzar cualquier acto. Los antiguos Padres invitaban fuertemente á los fieles á recurrir á Dios por medio de oraciones cortas, pero á menudo reiteradas. Guárdense bien, dice S. Bernardo, de hacer poco caso de estas oraciones, porque Dios mismo las estima, concediéndonos lo que le pedimos, ó lo que nos es aun más útil. Sepamos que si no pedimos somos inescusables, porque la gracia de rogar se concede á todo el mundo. En nuestra mano está el pedir todas las veces que queremos. Dios dispensa á todos las gracias de rogar, á fin de que rogando, podamos obtener todos los socorros, aun los mas abundantes, para observar su santa ley, y para perseverar hasta la muerte. Si no nos salvamos, será nuestra enteramente la culpa, y será por la sola razon de que no habremos rogado. No hay un solo condenado que no lo sea por su propia culpa, puesto que Dios á nadie niega la gracia de la oracion, por cuyo medio se alcanza la gracia necesaria para resistir á toda tentacion.

El que ruega se salva ciertamente, así como el que no ruega se condena. Todos los bienaventurados, exceptuando los niños, se han salvado por la oracion: todos los condenados se han perdido por no haber orado: si hubiesen rogado, no se hubieran perdido. Su mayor desespero en el infierno será siempre el haberse podido salvar tan fácilmente; pidiéndole á Dios sus gracias, y de no estar ya á tiempo de pedirselas.

No sabrá de bien vivir quien no sepa bien rogar. La oración nos alcanza la gracia de practicar el bien, y de evitar el mal. Muy grande es el poder del infierno, pero mas fuerte es todavía la oración. La oración es una arma que nos defiende contra todos los asaltos del enemigo, y nos sostiene en todo género de peligros; es un puerto de salud, y un tesoro que nos procura toda especie de bienes. La oración es una áncora de seguridad para cualquiera que está en peligro de naufragar; es un tesoro inmenso de riquezas para el indigente; es un remedio eficacísimo para el enfermo; es un preservativo para quien quiera conservarse en salud. La oración aplaca la indignación de Dios, que perdona al pecador cuando ruega con humildad: ella alcanza todo lo que se solicita: ella triunfa de todos los esfuerzos de los enemigos; en una palabra, ella transforma los hombres de ciegos en perspicaces, de débiles en fuertes, de pecadores en santos. En una palabra, el que ruega, no peca; despégase de la tierra, se eleva hasta el cielo, y empieza á gozar ya en esta vida la conversacion de Dios.

Mas para conocer mejor la fuerza de las oraciones, basta leer en las divinas Escrituras del antiguo y del nuevo Testamento las promesas innumerables que ha hecho Dios á los que piden. «Invocadme y yo os escucharé. Invocadme y yo os libraré.—Pedid y recibireis; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá. «—(Dios) dará bienes á los que se los pidieren.—«Cualquiera que pide, recibe; todo aquel que busca, encuentra.—Todo lo que ellos pidieren, mi Padre se

«lo concederá.—Todo lo que pidieréis por medio de la oracion, creed que lo recibireis, y que os sucederá.—«Si pedís alguna cosa en mi nombre, yo la haré.—Vosotros pedireis todo lo que quisieréis, y lo alcanzareis. «—En verdad os digo, si pedís alguna cosa á mi Padre «en nombre mio, él os la dará.»

Los hijuelos de la golondrina no hacen sino gritar pidiendo para pedir á su madre socorro y alimento. Imitemos pues su ejemplo; y si queremos conservar la vida de la gracia, no cesemos de gritar y de llamar á Dios á nuestra ayuda para evitar la muerte del pecado, y adelantar en su santo amor. Los antiguos Padres, nuestros primeros maestros en la vida espiritual, conferenciaron entre sí para examinar cual seria el ejercicio mas útil y mas necesario para la eterna salud, y fueron de opinion que era repetir á menudo aquella corta súplica de David: *Señor, venid á mi socorro*. Quiere Casiano que para salvarse se repita con frecuencia: *Mí Dios, socorredme, ayudadme Dios mio!* Esta oracion debemos hacerla al levantarnos por la mañana y continuarla entre dia, en medio de todas nuestras ocupaciones espirituales y temporales, y sobre todo en el momento de la tentacion. Á veces se obtiene mas presto la gracia por una corta oracion, que por otras muchas buenas obras. Aquel que ruega es por lo comun oido antes de haber acabado su oracion; porque rogar y recibir es una misma cosa. Nada tiene tanto poder como un hombre que ruega, pues se hace participante del poder mismo de Dios. Rogad, y no ceséis de rogar: dad

gracias á Dios de las promesas que os ha hecho, de concederos todo cuanto le pedireis, la gracia eficaz, la perseverancia, la salud, todo absolutamente.

Preciso es orar siempre y no cesar jamás. Vigilad en todo tiempo. El Señor quiere concedernos la perseverancia y la vida eterna; pero no quiere darlas, sino al que perseverare en pedirselas. Muchos pecadores con el socorro de la gracia se convierten á Dios y consiguen el perdón de sus faltas: mas porque se olvidan de pedir la perseverancia, vuelven á caer, y lo pierden todo. No basta, pedir la gracia y la perseverancia una vez, ó un corto número de veces; no debemos cesar de pedirla todos los dias de nuestra vida hasta la muerte, si queremos obtenerla cada dia. El que un dia la pide la conseguirá aquel dia, pero si no la pide el dia siguiente, en el dia siguiente caerá.

Para obtener la perseverancia hemos de encomendarnos á Dios por la mañana, por la tarde, durante la meditacion, en la misa, por fin, en todos nuestros ejercicios de piedad, y siempre, pero en especial cuando somos tentados, repitiendo entonces: «Señor, tened piedad de mí, no me abandoneis, venid á mi socorro, salvadme» ¿Que cosa mas fácil? El rogar es para todos: no podemos á veces ayunar, hacer limosna; pero nada mas facil que el rogar. No cesemos, pues, jamás de rogar, forcemos, por decirlo así, al Señor á que nos socorra: grata le es esta violencia y cuanto mas perseverante é importuna es mejor acogida por Dios. Mas ¿hasta cuando se debe pedir? Siempre. No se ha de ce-

cesar en pedir, sino cuando se ha recibido la sentencia favorable de la salud eterna, es decir, en la muerte. Se salva infaliblemente quien está decidido á rogar hasta que sea salvo: No basta pues rogar para salvarse; preciso es tambien rogar hasta que se recibe la corona que promete Dios á aquellos que perseveran en la oracion hasta el fin. Así como el demonio nos tiende de continuo lazos para perdernos, de continuo debemos tener las armas en la mano para defendernos. Como el combate es continuo, debe serlo tambien la oracion. ¡Ay del que sobre la tierra cesa de rogar! Asegúranos el Apóstol, que nos salvaremos si somos constantes en rogar con confianza hasta la muerte. Pidámos al Señor siempre no solo la perseverancia final y las gracias necesarias para obtenerla, sino tambien la gracia de continuar en la oracion: este es el don especial que promete á sus elegidos por boca del Profeta. ¡Cuan grande pues es el don de la oracion! es decir, la gracia que concede Dios á un alma de rogar siempre. Pidámosle continuamente á Dios, porque si sin cesar rogamus, conseguiremos infaliblemente la perseverancia, y todas las gracias necesarias á la salvacion. Roguemos, pues, con la mayor confianza; la súplica nos abrirá todos los tesoros del cielo. La súplica es un tesoro; cuanto mas se pide, mas se recibe; y cada vez que se ruega se alcanzan bienes mas preciosos que el universo. Hay almas devotas que emplean mucho tiempo en la lectura y en la meditacion, pero poco en la súplica. Utilisimos son indudablemente los dos primeros ejercicios; pero, mucho mas útil es el rogar. La lectura y la

meditacion nos enseñan nuestras obligaciones; pero la súplica nos alcanza la gracia de cumplirlas. ¿De que nos servirá el conocer nuestros deberes y de no cumplirlos, sino de hacernos mas culpables á los ojos de Dios? Por mas entregados que estemos á la lectura y á la meditacion, jamás cumpliremos con nuestras obligaciones, sino pedimos á Dios la gracia para poder cumplirlas exactamente. Nunca nos distrae tanto el demonio con el pensamiento de nuestros cuidados temporales, como cuando nos ve ocupados en rogar y pedir á Dios sus gracias. Y porqué está? porque sabe el enemigo que jamás alcanzamos tantos bienes del cielo como cuando rogamos. El fruto mas precioso de la oracion mental es pedir á Dios las gracias necesarias para la perseverancia y la salud. Por este motivo en especial es la oracion mental moralmente necesaria al alma para conservarse en la gracia de Dios, porque quien durante la meditacion no se recoge lo bastante para pedir á Dios su socorro y la perseverancia, no lo hará por cierto en otras ocasiones. Sin la meditacion ni siquiera se pensará en la necesidad de pedir gracias; mientras que meditando, se verán las propias necesidades, los peligros, la necesidad de pedir; se pedirá en efecto, y se obtendrán las gracias y la salud. Dice el padre Señeri, que al principio en sus meditaciones se ocupaba mas en afectos que en súplicas; pero que conociendo despues la necesidad y la inmensa utilidad del ruego, empleó en rogar una gran parte del tiempo de sus oraciones mentales.

¡Que grande es la fuerza de la oracion! Dos pecadores mueren en el Calvario al lado de Jesucristo: el uno ruega

y se salva; el otro no ruega y se pierde.

El Señor dijo un día á Santa Catalina de Sena: «Sepas, hija mia, que quien persevera humildemente en pedirme gracias, adquiere todas las virtudes.»

El verdadero y único medio de santificarse es ejercitarse en la práctica de las virtudes y en el amor de Dios; y esto se consigue rogando, y correspondiendo á las luces y á los socorros de Dios, que nada mas desea sino vernos santos.

Pidamos á Dios que nos libre del apego á las cosas temporales, pues en ellas no se encuentra sino cuidados y aflicciones. El corazon humano no encuentra la paz sino entregándose á Dios sin reserva, y á esto no se llega sino por medio de la oracion. No busquemos ni apetezcamos mas que la voluntad de Dios, pues en la union de nuestra voluntad con la suya consiste toda la santidad y la perfeccion del amor. Pidamos el valor necesario para hacernos violencia, resistir á nuestros enemigos y sufrir voluntariamente toda especie de padecimientos. Pidamos á Dios que hiera de tal modo nuestro corazon con la flecha de su santo amor, que pensemos siempre en su bondad, le amemos incesantemente, y que todos nuestros afectos y nuestras obras tiendan á complacerle. Mas todas estas gracias no se consiguen sino por medio de la oracion, y cuando esta es humilde, confiada y perseverante; se alcanza todo.

Me he propuesto invitar á todo el mundo al uso de la oracion, medio tan poderoso y tan necesario para el negocio de la salvacion, para que todos se entreguen

á él con mas ardor y con mas aliento. ¡Cuantas pobres almas pecan, continuan á vivir en el pecado, y se pierden en fin, porque no ruegan, ni piden á Dios los socorros necesarios! Y es aun mas deplorable, que hay pocos predicadores y confesores que se impongan la obligacion de escitar á sus oyentes y penitentes al uso de la oracion, sin la cual es imposible observar los divinos preceptos, y conseguir la perseverancia final. Y como la absoluta necesidad de la oracion se nos inculca en todos los libros santos del antiguo y del nuevo Testamento, he introducido en todas las misiones de nuestra congregacion la costumbre de hacer cada dia una plática sobre la oracion; y digo, y no cesaré de repetir mientras viva, que todo el negocio de nuestra salud depende de la oracion; y que así todos los autores de los libros de piedad, todos los predicadores en sus sermones, todos los confesores de la administracion del sacramento de la penitencia, nada deben inculcar tanto como la oracion, repitiendo continuamente: Rogad, rogad, y no ceseis jamás de rogar: porque si rogais, vuestra salud queda asegurada; pero sino rogais, cierta es vuestra perdicion. En efecto, es comun sentir de todas las escuelas católicas, que cualquiera que ruegua obtiene las gracias necesarias para su salud, y se salva. Mas como hay muy pocas personas que así lo hagan, son tambien muy pocas las que llegan al puerto de la salvacion.

(De la importancia de la Oracion.--San Ligorio.)



LAS GLORIAS DE MARÍA
Ó SEA
MARÍA NUESTRA MADRE
Y SEÑORA DE TODAS LAS GRACIAS.

*Importancia de la devoción á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA
para nuestra salvacion.*

I.

DEL AMOR DE LA VIRGEN MARÍA.

Tenemos tantos motivos de amar á esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase á María, en todos los sermones solo de María se hablase: y todos los hombres diesen la vida por María, esto seria poco en recompensa del obsequio y agradecimiento que le debemos por el tierno amor que profesa á todos los hombres, y aun á los mas miserables pecadores, con tal que le conserven algun sentimiento de devocion.

Quién podrá jamás explicar el amor que María nos tiene á nosotros miserables? En la muerte de Jesucristo, ella deseaba con inmenso amor morir juntamente con su Hijo por amor nuestro. De suerte que, así como Cristo pendia moribundo en la cruz, así María se ofrecia á los verdugos para dar la vida por nosotros.

Aun cuando se reuniese el amor que todas las madres han tenido á sus hijos, todos los esposos á sus esposas y todos los ángeles y santos á sus devotos, no llegaría aun al que María santísima tiene á una sola alma. El amor que tuvieron todas las madres á sus hijos, es una sombra comparado con el que profesa María á uno solo de nosotros. Ella sola, nos ama mas que todos los ángeles y santos juntos.

¡Oh! y ¡con cuánta eficacia y amor trata nuestra abogada el negocio de nuestra salvacion. María se ocupa continuamente en rogar por nosotros á la divina Majestad, para que el Señor nos perdone los pecados, nos asista con su gracia, nos libre de los peligros y nos alivie de las miserias. Es tanta la piedad que María tiene de nuestras miserias, y tan grande el amor que nos profesa, que siempre ruega, vuelve á rogar, y jamás se satisface de hacerlo, para defendernos con sus súplicas de los males que nos amenazan y alcanzarnos las gracias de que necesitamos. María es la reconciliadora por excelencia, que alcanza de Dios y proporciona la paz á los que están en guerra, la salud á los perdidos, el perdón á los pecadores y la misericordia á los desesperados.

¡Oh cuántos pecadores hubieran permanecido obstinados, ó se hubieran condenado eternamente, si María no hubiese intercedido con su Hijo para que usase con ellos de misericordia!

Mas anhela María dispensarnos gracias, que nosotros deseamos recibirlas. Así como el demonio busca siempre la ocasion para dar el golpe mortal al que puede, María

por el contrario, va siempre buscando el dar la vida y salvar á quien pueda.

¡Oh cuánto tiempo há que estuviera aniquilado el mundo, si Maria no le hubiese sostenido con supoderosa intercesion!

¡Ah! ¡cuántos merecieran, haber sido condenados por la divina justicia, y se salvan por la piedad de Maria! Porque ella es el tesoro de Dios, y la tesorera de todas las gracias; por lo que nuestra salvacion está en sus manos. Acudamos, pues, siempre á esta Madre de piedad, y esperemos con confianza salvarnos por su intercesion, porque ella es salud, vida, esperanza, consejo, refugio y socorro nuestro.

¡Oh *clementisima, oh piadosa, oh dulce Virgen Maria!* ¡Oh Maria! vos sois clemente con los miserables, piadosa con los que os invocan, dulce con los que os aman: clemente con los penitentes, piadosa con los justos, dulce con los perfectos. Vos os manifestais clemente librándonos de los castigos, piadosa dispensándonos gracias, dulce dándoos á quien os busca.

María se ha hecho toda para todos, y para todos abre el seno de su misericordia, á fin de que todos participen de él, el esclavo la redencion, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador el perdon, el justo gracia, el angel alegría, y en fin gloria toda la Trinidad.

II.

DEL PODER DE LA VIRGEN MARÍA.

Dios, despues de habernos dado á Jesucristo, quiere

que todas las gracias que desde entonces en adelante se han dispensado, dispensan y dispensarán á los hombres hasta el fin del mundo por los méritos de Jesus, todas se dispensen por mano é intercesion de María. Todo bien, todo auxilio y toda gracia que los hombres han recibido y recibirán de Dios hasta el fin del mundo, todo lo han recibido y recibirán por la intercesion y medio de María. Todos los dones, todas las virtudes y todas las gracias, se dispensan por mano de María á los que quiere, cuando quiere y como quiere. Todo el bien que Dios hace á sus criaturas, quiere que pase por las manos de María; solo por su mediacion, el mundo y todos los hombres han de recibir todo el bien que pueden esperar. Todos los hombres pasados, presentes y venideros, deben mirar á María como la mediadora y negociadora perpetua de la eterna salvacion.

Puede mas con Dios un suspiro de María que los ruegos de todos los santos. Todo lo que ofrezcamos á Dios, ya sean obras, ya oraciones, procuremos encomendarlo todo á María si queremos que Dios lo acepte.

La salvacion de todos consiste en ser favorecidos y protegidos por María. Aquel á quien la Virgen santísima protege, se salva; y el que no es protegido, se pierde. La Virgen puede cuanto quiere, así en el cielo como en la tierra; pudiendo levantar á la esperanza de salvarse aun á los desesperados. Reveló el Señor á Santa Catalina de Sena, que él por su bondad habia concedido á María por respeto á su Unigénito, del cual es Madre, que ninguno de los que á ella se encomendaren

devotamente, aunque fuere pecador, sea presa del infierno. Nó, ciertamente, no se perderá, el que procure ser devoto de esta Virgen Madre: «Señora, vuestros amantes gozan de suma paz en esta vida, y en la otra no verán la muerte en toda la eternidad.» No ha sucedido ni sucederá jamás, que un siervo humilde y cuidadoso de María se pierda eternamente. «Por eso será desdichado, y desdichado para siempre en la otra vida, el que pudiendo en esta vida acudir á mí, (dice la bondadosísima y poderosísima Virgen María) que soy tan piadosa con todos, y tanto deseo socorrer á los pecadores, no acude, y se condena.»

III.

DE LA FELICIDAD EN RECURRIR Á LA VIRGEN MARÍA.

¡Oh! ¡qué bella señal de predestinacion tiene los siervos de María! María, por el amor que tiene á todos, procura escitar en todos la devocion hácia ella; pero muchos ó la rehusan, ó la abandonan: ¡feliz el que la practica y persevera en ella! La devocion hácia la bienaventurada Virgen, permanece en todos aquellos que son herencia del Señor, esto es, que estarán en el cielo para alabarle eternamente. *Mi Criador*, dice la Virgen Maria, *se ha dignado venir á descansar en mi seno, y ha querido que yo habitase en los corazones de todos los escogidos, y ha dispuesto que en todos los predestinados se arraigase la devocion y confianza en mí. Yo he hecho resplandecer en el cielo tantos luceros eternos, cuantos son mis devotos.*

Quien sirve á María y obtiene su intercesion, puede estar tan seguro de alcanzar el cielo como si ya estuviese en él. Servir á María y ser de su corte, es la mayor honra á que podemos aspirar, porque servir á la Reina del cielo es reinar ya en el cielo; y vivir obedeciendo sus mandatos, es mas que reinar. Al contrario, aquellos que no sirven á María no se salvarán, porque los que carecen del auxilio de esta gran Madre, no tienen el socorro del Hijo y de toda la corte celestial. La devocion á la Madre de Dios es señal muy cierta de alcanzar la salvacion eterna. *El que ame á María obtendrá la perseverancia.* El que es hijo de María, ó no se aparta nunca de Dios, ó si desgraciadamente lo hace, luego vuelve por la mediacion de María. Es imposible que se pierda quien con atencion y humildad cultiva la devocion hácia esta divina Madre. Las almas protegidas de María necesariamente se salvan.

¡Oh! y ¡cuánta fortaleza tienen los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones del infierno! El acudir á María es medio segurísimo para vencer todas las asechanzas del infierno. ¡Oh! ¡cuántos soberbios con la devocion á María han hallado la humildad! ¡cuántos iracundos la mansedumbre! ¡cuántos deshonestos la continencia! ¡cuántos ciegos la luz! ¡cuántos desesperados la confianza! ¡cuántos perdidos la salvacion!

Cuando se descubre en una alma pecadora la devocion á la divina Madre, es señal segura que dentro de poco vendrá Dios á enriquecerla con su gracia. La mis-

ma Virgen María reveló á Sta. Brígida, que en el mundo no había pecador tan enemigo de Dios, que si acude á ella é invoca su auxilio, no recobre su gracia.

Es imposible que se condene un devoto de María que fielmente la obsequia y á ella se encomienda. Se entiende de aquellos devotos que deseando enmendarse son fieles en obsequiar y encomendarse á la Madre de Dios. Estos es moralmente imposible que se pierdan. Así como es imposible que se salve el que no es devoto ni protegido de María, es asimismo imposible que se condene el que se encomienda á la Virgen, y de ella es mirado con amor. Los devotos de María necesariamente se salvan. Tiemblen los que menosprecian ó descuidan la devoción á esta divina Madre. Es imposible se salven aquellos que no están protegidos de María. Todos los que no son vuestros siervos, oh María, se perderán. El que no sirve á la Virgen, morirá en pecado. El que no acude á Vos, Señora, no llegará al cielo. No solamente no se salvará, sino que ni siquiera habrá esperanza de salvacion para aquellos de quienes María desvíe el rostro; no puede salvarse un pecador sino por medio de la Virgen santísima; la cual por lo contrario, con su poderosa intercesion salva á muchos, que, segun la divina justicia, se hubieran condenado. *Todos aquellos que no aman, á María aman la muerte eterna.* Aun el hereje Ecolampadio tenia por señal cierta de reprobacion la poca devoción hácia la Madre de Dios. El que procura obsequiar á la Virgen María estará lejos de condenarse. Y esto sucederá aunque éste hubiese

ofendido mucho á Dios en el tiempo pasado. Por esto el demonio trabaja tanto con los pecadores á fin de que despues de haber perdido la divina gracia, pierdan tambien la devocion á María. ¡Oh! ¡cuánto enfurece al demonio el ver á un alma constante en la devocion á la Madre de Dios! ¡Ah, devoto lector! demos gracias al Señor, si vemos que nos ha dado el afecto y la confianza en la Reina del cielo; porque Dios, dice S. Juan Damasceno, no hace esta gracia sino á los que quiere salvar.

El nombre de María sana á los pecadores, recrea los corazones y los inflama en el divino amor. ¡Oh! y ¡cuánto temen á María y á su glorioso nombre los demonios del infierno! ¡Dichoso el que en los combates contra el infierno invoca el hermoso nombre de María! Así como los ángeles rebeldes huyen de los pecadores que invocan el nombre de María, así por el contrario, los ángeles buenos se aproximan mucho mas á las almas justas que con devocion lo profieren. El nombre de María, para el que lo pronuncia con afecto, ó es señal de vida ó de que en breve renacerá á la vida. Así como el respirar es señal de vida, así tambien el pronunciar á menudo el nombre de María es señal ó de vivir ya en la divina gracia, ó de que presto vendrá la vida; pues este poderoso nombre tiene la virtud de alcanzar el auxilio y la vida á quien devotamente le invocare.

En todos los peligros de perder la divina gracia, pensemos en María, invoquemos á María juntamente con el nombre de Jesus, pues estos dos nombres van es-

trechamente unidos. Jamás se aparten estos dos dulcísimos y poderosísimos nombres de nuestro corazon ni de nuestra boca, porpue ellos nos darán fuerza para no caer y para vencer todas las tentaciones. Son magníficas las gracias que Jesucristo ha prometido á los devotos del nombre de María, como él mismo hablando con su santa Madre lo manifestó á Sta. Brigida, revelándole que quién invocare el nombre de Maria con confianza y propósito de enmienda, recibirá tres gracias singulares, á saber: un perfecto dolor de sus pecados, la satisfaccion de ellos, y la fortaleza para llegar á la perfeccion; y además, finalmente, la gloria celestial. La invocacion de este santo y dulce nombre conduce para obtener una gracia sobreabundante en esta vida y una gloria sublime en la otra. Si deseáis, pues, oh hermanos, hallar consuelo en todos los trabajos, acudid á María, invocad á María, obsequiad á María, encomendaos á María. Con María regocijaos, con María llorad, con María rogad, con Maria caminañd. con María buscad á Jesus. Con Jesus y María, finalmente, desead vivir y morir. Haciéndolo así, siempre adelantareis en los caminos del Señor; pues María rogará gustosa por vosotros; y el Hijo ciertamente escuchará á la Madre. Muy dulce es ya en esta vida el santísimo nombre de María para sus devotos, por las innumerables gracias que les alcanza; pero mas dulce lo hallarán en la hora suprema, por la dulce y santa muerte que les obtendrá. El nombre de María, este nombre de vida y esperanza, pronunciado en la hora de la muerte, basta

para disipar á los enemigos y para confortar á los moribundos en todas sus angustias.

«Bienaventurados los que os conocen, ¡oh Madre de Dios! porque el conoceros es el camino de la vida inmortal, y publicar vuestras virtudes el de la eterna salvacion.» Pero lo que principalmente debe animarnos á esperar con seguridad el cielo, es la bella promesa que hace María á cuantos la houran, y especialmente al que con las palabras y con el ejemplo procura hacerla conocer y honrar tambien de los demás: *Los que siguen mis huellas no pecarán. Los que me ensalcen obtendrán la vida eterna.*

Todas las gracias solo por mano de María se dispensan, y todos los que se salvan, no lo consiguen sino por la mediacion de esta divina Madre; luego por necesaria consecuencia puede decirse, que de elogiar á María, y de la confianza en su intercesion, depende la salvacion de todos.

La santa Vírgen promete el paraíso á quien procura que la conozcan y la amen. María hará que sean honrados en la eternidad los que procuren honrarla en esta vida. Así como María, con ser Madre de Dios, fué el medio para salvar los pecadores, así los pecadores, predicando las glorias de María, se granjean la salud eterna. No todos pueden ser predicadores, pero pueden todos alabarla, é insinuar á los demás, familiarmente hablando con los parientes y amigos, las prerogativas de María, su poder, su misericordia, é inducirles así á ser devotos de la divina Madre. Oh Reina del cielo, de

hoy en adelante quiero hacer cuanto pueda para haceros de todos venerar y amar; aceptad este mi deseo, y ayudadme á cumplirlo; y entre tanto contadme en el número de vuestros enamorados siervos *Así sea.*

(Glorias de Maria.—San Ligorio.)





EJEMPLOS

(Sobre los Novísimos.)

I.

¡¡Cuán pocos se salvan!!

Estando el Padre Balducci, misionero famoso de la Compañía de Jesús, haciendo una mision en el mes de mayo del año de 1705 á un numeroso auditorio en una gran campiña rodeada toda de árboles, y el Padre bajo de un grande olmo que allí habia, en el fervor del sermón se paró, quedando arrebatado en un éxtasis, clavados los ojos en el cielo, y con los brazos abiertos, dejando á todos atónitos sin saber qué les sucedia, cuando á poco rato volvió en sí, y alzando el grito con voces espantosas les dijo: «Pensad seriamente oyentes, míos, en el negocio de vuestra salvacion, porque son muchísimos los que se condenan.» Y mostrando con el dedo dicho árbol, dijo estas palabras: «¿Sabeis, oyentes míos, cuán espesas caen las almas en el infierno? tan espesas como las hojas de este árbol.» Apenas habia acabado de decir la última palabra, cuando comenzaron á caer tantas hojas, y tan espesas del árbol, que parecian á los copos de nieve cuando nieva en medio del invierno, quedando el árbol sin hojas en cosa de cuatro credos, sin que se sintiese una bocanada de aire, y sin que se cayese ni una sola hoja de los otros árboles que allí habia; y con este portento comenzó el pueblo á pedir á

gritos á Dios misericordia, reconciliándose los enemigos, entablando otros nueva vida, y alguno entrando religioso.

II.

Alma en Juicio.

Moraba en el monte Sinaí un monge de prodigiosa vida llamado Esteban, cuya austeridad admirable servia de dechado á los demas monges. Continuos sus ayunos, mucha oracion y abundanteslágrimas: su cama el duro suelo, y su descanso horrorosas y sangrientas disciplinas. Así vivió por espacio de cuarenta años siendo asombro de penitencia y por lo mismo mirado con gran respeto aun de las bestias de aquel desierto, hasta que le llegó la hora de la muerte; á la que asistiéndole los monges presenciaron una representacion del juicio de Dios, y de la cuenta que se le tomó antes de morir, en la cual mostrando grandes congojas miraba ya á una parte ya á otra de su pobre lecho todo asustado, y á poco dijo: «Así es, yo lo cometí, pero por eso me confesé y ayuné tanto tiempo por ese pecado.» Y parando un poco añadió: «Mentís, mentís, que yo no he hecho tal cosa.» Y calló un poco, y luego continuó. «Es verdad lo hice, pero por eso he hecho penitencia tanto tiempo.» Volvió á callar, y despues acabó su discurso de este modo. «Así es, yo lo cometí, y no tengo que responder, sino que me valga la misericordia de Dios.» Y dicho esto espiró: dejando á todos los presentes dudosos de su salvacion.

III.

¡Breve gozar, Eterno penar!

Estando una noche un rico bien descuidado y durmiendo fue presentado ante el tribunal de Dios, de donde salió condenado. El criado que dormía cerca de la habitacion de su amo vió que le llevaban los demonios con gran regocijo ante Lucifer, y que luego le saludó mandándole se acercase, porque queria besar á su fiel servidor; y la salutacion fue esta: «Nunca para siempre jamas tengas paz!» Y luego dijo á sus ministros: «Este ha tenido costumbre de darse baños y de mirar mucho por su regalo, llevádmeme á mis suavísimos baños.» Arrebatáronle y dieron con él en las llamas del infierno, y con sus uñas le despedazaban. Sacáronle despues de alli y le llevaron á una de las camas que por allá se usan; y tras esto le dieron de refrescar un caldero de plomo derretido por mandado de Lucifer. Con esto comenzó á gritar el desventurado, «Basta! basta!» mas Lucifer continuó: «Este era muy amigo de música; vengan pues los músicos. «Y al punto salieron dos demonios con trompetas de fuego, que soplándole por los oidos hicieron tan terrible efecto, que le salian llamas de fuego por los ojos, narices y boca. Hecho esto mandò Lucifer que le llevasen otrá vez á su presencia, y le dijo—Ven acá cántame una cancion. Y respondió el miserable:—¿Y qué he de cantar, sino que maldito sea el dia en que nací?—Bravo! respondió Lucifer, otra mejor cancion quiero que cantes. Y él dijo:—Maldito sea el padre que

me engendró y la madre que me parió!—Aun mejor canción, replicó Lucifer, quiero que cantes. El miserable continuó:—¿Qué hé de cantar, sino que maldito sea.. aquí continuó con boca de condenado, y con aspecto de demonio, maldiciendo desesperada y furiosamente hasta de Dios, nuestro Señor..... ¡Eso—Eso es; prosiguió Lucifer, lo que yo queria oír, Y luego mandó á sus ministros que le llevasen al lugar de los tormentos, que con sus infamias había merecido. Y al instante dieron con él en un pozo profundo, y resultó de esta caída tanto ruido, como si todo el mundo se hundiese. Á este ruido despertó el criado, y corriendo á la cama de su amo le halló muerto. Y para asegurar su salvacion se hizo religioso, y vivió muy bien hasta la muerte. Y al ver este esarimiento ¿aun habrá quien prosiga en sus vicios y escándalos? y viviendo siempre en pecado? y expuesto al mismo fin?... ¡Ay! ¡ay que poco tiene que ver esta Vida con la Eternidad! ¡¡¡Oh Eternidad!!!

VIII.

El Incrédulo.

Estando un monge cantando Maitines, en llegando á aquel verso del Salmo que dice, «mil años en la presencia de Dios son como el día de ayer que ya pasó.» admirándose de estó pidió al Señor que se lo declarase. En esto se le apareció un pajarillo, que cantando dulcemente andaba revoloteando delante del monge, y poco á poco le sacó á un bosque que habia cerca del monasterio. Púsose el pajarillo sobre un arbol, y el monge de-

bajo de él; y al cabo de un rato, á su parecer, desapareció con gran sentimiento del siervo de Dios; mas como vió que el pajarillo no volvía, exclamó así: «Oh pajarillo de mi alma, ¿adónde te has ido?» Viendo que no parecía se volvió al monasterio, creyendo que aquella misma mañana había salido de él, y que entonces serían cosa de las nueve; mas en llegando al monasterio halló la puerta tapiada, y que habían abierto otra en otro lado. Llegado á la portería le preguntó el portero que quién era, de donde venía, y á quién buscaba. Respondió él: «Yo soy el sacristan de este monasterio, que poco há salí de casa, y ahora todo lo hálo trocado.» No le quería dejar entrar el portero, y al fin le permitió ver al Abad; mas en viéndose, ni él conoció al Abad, ni el Abad á él, y preguntándole el Abad por su nombre y por el de los Abades que había tenido, nombrándoselos el monge, y registrando los libros y papeles del archivo, sacó en limpio que desde la muerte de los Abades que él nombraba hasta el presente, se habían pasado mas de trescientos años: preguntóle el Abad donde había estado, y él le contó todo lo dicho, con lo que le recibieron por Hermano, y mandó darle los Sacramentos, y esto hecho acabó dulcemente su vida. ¡Oh qué consuelo! ¡Trescientos años le habían parecido solo tres horas! Y si así embelesa y enagena el cantar de un pajarillo ¡Ay! que será gozar *la misma gloria* ¿que será gozar de la *divina Hermosura de Dios, nuestro Señor, ante la Dulcísima y Amorosísima Virgen María, y entre miles y millones de Angeles y Bienaventurados?* donde todo respira

Amor! donde todo es Verdadera Felicidad! Inmensa Felicidad! ¡¡Eterna Felicidad!!

V.

¡Dios consiente, y no para siempre!

En Madrid, infaustamente poseída una persona por el maldito genio de la abominable disolución, encaminóse una noche para la casa de su amiga, y en la calle salió á ladrarle un disforme perro, á quien tirándole un canto hizo desaparecer: al volver una esquina se le apareció segunda vez el perro, y se tiró á él con ímpetu furioso; mas con el estoque le ahuyentó, y prosiguió, aunque con susto, hasta la casa de la amiga, y llegando á llamar, le asaltó el perro tercera vez por los hombros, queriendo hacer presa en él, pero al fin le ahuyentó, aunque con trabajo. Quedó horrorizado con el caso, y bajando la amiga con una luz á abrirle, le dijo él:—¿No sabes lo que me pasa? tres veces se me ha presentado un fiero perro, y esta última al llamar se me tiró al cuello furiosamente!—Anda, cobarde! dijo ella: sin duda que estás iluso. Entonces replicó él:—¿No le ves? ¿no le ves? Ahora sube por la escalera!—No veo nada, respondió ella, hombre, tú estás lleno de miedo! en fin registremos primero la casa.—Hiciéronlo así por todas partes, y no pareciendo el perro, dijo ella:—¿No dije yo que eras un cobarde? Pasado el susto cenaron juntos y se fueron á la cama, y con esto acabando él de llenar el número de pecados, que Dios había determinado, hé aquí que saliendo el perro de debajo de la

cama, y saltando encima se echó sobre él, y asiéndole con las garras de los hijares le sacó de entre los brazos de su amiga; púsole en medio del cuarto, y cogiéndole entre sus dientes y disforme boca, le tiraba y estrellaba contra el techo, y al caer le recibía en sus garras, haciendo esto varias veces, y mirando de cuando en cuando á la amiga, que desde la cama erizándosele los cabellos veía la tragedia. Quebrantado ya y medio muerto con los golpes, lo tendió á lo largo en tierra, y abriéndole con las zarpas el pecho, le arrancó con los dientes el corazón, y llevándosele en la boca saltó por la ventana del cuarto á un huerto, y desapareció. La manceba llena de miedo se vistió y fué luego al Colegio Imperial, y pidiendo un Confesor, le dijo:—Padre, ¿habrá remedio para una alma perdida como yo?—Como usted mude de vida, le respondió el Padre, remedio hay.—Sabrá vuestra Paternidad, continuó ella, que acaba de bajar al infierno el alma de un hombre con quien vivía mal y estaba amancebada; y le contó la tragedia que acababa de presenciar. ¿Y qué fin esperan los amancebados? Otro semejante!

VI.

Confesiones sacrilegas.

En cierta ciudad de España llamaron al famoso misionero Padre Juan Ramirez, para que fuese á confesar á una señora joven enferma, á quien todos tenían por una Santa por su recogimiento y frecuencia de Sacramentos. Hizo su confesion, con muchas lágrimas, la

absolvió el Padre y se volvió al Colegio. El compañero que llevó el Padre, fue á ver al Superior, y le dijo: que mientras el Padre Ramirez estaba confesando aquella joven, salian muchas culebras de su boca, y que una serpiente enorme habia dejado ver fuera su cabeza, pero que al propio tiempo salió del rincon junto á la cama una mano grande, negra y peluda, con unas terribles uñas, y que llegándose á la garganta de dicha joven parecia que la queria ahogar; volviéndose á meter dentro aquella serpiente, y tras ella todas las culebras que habian salido, y que esto sucedió algunas veces, asegurando al Superior que en ello no habia duda. Llamó el Superior al Padre Ramirez y le preguntó si se habia confesado aquella mujer; y el Padre respondió que sí, y con gran consuelo suyo; mas que no habia mandado darla los otros Sacramentos, porque no parecia que hubiese necesidad por no ser mal de consideracion. Con todo eso le mandó el Superior que volviese á ver si se queria reconciliar. Fue de nuevo á la casa el Padre Ramirez, llamó á la puerta, y le dijeron que acababa de espirar la joven; con esto se volvió pensativo al Colegio y contó al Superior lo ocurrido. Este admirado le dijo. «Padre yo os envié porque el Hermano que os acompañó, me contó esto y esto! id pues, ahora mismo á encomendar á Dios esa alma.» Se fue el Padre á la iglesia, y delante del Santísimo se puso en fervorosa oracion. Al cabo de una hora, entre once y doce de la noche, se le apareció la infeliz señora, condenada y montada sobre un demonio en figura de un dragon

horrible, con dos sierpes enroscadas al cuello, que la ahogaban y la comian los pechos, una víbora en la cabeza, dos sapos en los ojos, saetas encendidas en las orejas, ardorosas brasas en la boca, y dos perros rabiosos que la mordían y se la comían las manos, y toda de pies á cabeza rodeada de llamas de fuego azul; y dando un triste y espantoso gemido dijo: «Yo soy la malaventurada alma de aquella miserable mujer, que esta mañana confesaste; de aquella ciega pecadora que por la ignorancia de los hombres era tenida por buena; pero por justo juicio de Dios estoy condenada á las eternas penas del infierno!» El Padre, aunque al principio se estremeció, cobrando ánimo la dijo:—¿Pues cómo es eso? ¿no confesaste hoy conmigo?—Sí Padre, pero no confesé bien, y Dios me manda, que para confusión mia, escarmiento de otros y gloria suya, te cuente mis pecados. Sabrás que en vida de mi madre viví bien; muerta ella, como quedé sola y hermosa, se aficionó de mí un mancebo; y tanto me molestó con ruegos y persuaciones, que di lugar á que hiciese su gusto. Despues no tuve ánimo para confesar mi pecado, por no perder el buen crédito con mi confesor, y por la misma causa no quise dejar las confesiones y comuniones cada ocho dias, y de esta manera proseguí tres años, añadiendo pecados á pecados, y sacrilegios á sacrilegios. Al cabo de este tiempo quiso el Señor que abriese los ojos, y para ello te envió á tí á esta ciudad; oia todos tus sermones, y todos ellos clavaban y herian mi corazón. Volvíame á mi casa y allí me hartaba de llorar, y me

decía á mí misma: «¿Es posible que te quieras condenar y padecer para siempre eternos tormentos? Cómo, ¿no tuviste vergüenza de cometer el pecado, y la has de tener para confesarle? ¿No temiste perderte, y temes remediarte? ¿Qué te ha de hacer el Confesor? ¿Te ha de matar? ¿Ha de descubrirte? No. ¿Pues qué temes? Si tienes empacho de uno, busca á otro. ¿Cómo? ¿Y has de permitir que se pierda la sangre de aquel Señor, que la derramó para lavar las manchas de tus pecados? ¿Como? ¿Que en espacio de media hora puedes salir de estas congojas y del infierno, y que no quieras? ¡Ah triste suerte!» De esta manera andaba batallando conmigo misma muchas veces, hasta que un día fue tanta la fuerza, que un sermón tuyo hizo á mi corazon, que determiné de confesarme contigo; y porque no se me notase y reparase que mudaba de Confesor estando buena y sana, me fingí enferma, y te envié á llamar. Venido, ya te acuerdas, comencé por pecados ligeros dejando los grandes para lo último. ¡Oh si por estos hubiera comenzado! Mas no lo hice, por vergüenza, y acabé mi confesion sin manifestar mis mortales heridas; y me absolviste, ó por mejor decir me condenaste. Por eso á medida que iba confesando mis pecados iban saliendo como animales inmundos por mi boca, y aquella serpiente enorme que tu compañero vió asomaba la cabeza y se volvió adentro, era figura de aquel pecado deshonesto que siempre habia callado por vergüenza: queria confesarle contigo pero tampoco me atreví; y esto significaba aquella pavorosa garra; ¡Ayl!

era el demonio que me tentaba y se esforzaba porque no lo confesase: y por esto volvió á entrar dentro la serpiente, y con ella todos los demás reptiles que habian salido. Cansado ya Dios de tanto esperarme, apenas me hubistes dejado cuando se me quitó el habla, y tras ella el sentido, y últimamente la vida, y con ella la esperanza de salvarme y salir del infierno, á que estoy para siempre condenada, y en donde soy atormentada por los demonios en figura de horribles animales. La víbora me atormenta la cabeza, por mi soberbia y demasiado cuidado en componerme los cabellos; los sapos me ciegan los ojos, por las miradas lascivas; las saetas encendidas me lastiman las orejas, por haber escuchado murmuraciones, palabras y canciones obscenas; el fuego me abrasa la boca, por las murmuraciones y besos torpes; tengo las sierpes enroscadas al cuello y me comen los pechos, por haberlos llevado de un modo provocativo, por lo escotado de mis vestidos y por los abrazos deshonestos; los perros me comen las manos, por mis malas obras y tocamientos feos; pero lo que mas me atormenta es el formidable dragon en que voy montada, que me abrasa las entrañas, y es en castigo de mis pecados impuros. ¡Ah, que no hay remedio ni misericordia para mí, sino tormentos y pena eterna! ¡Ay de las mujeres! añadió, que se condenan muchas de ellas por tres géneros de pecados: por pecados de impureza; por galas y adornos; y por callar los pecados en la confesion: los hombres se condenan por toda clase de pecados, pero las mujeres principalmente por estos

tres. Dicho esto paró, y le dijo el Padre:—Yo te ruego que me digas qué es ahora lo que mas te aflige y congoja?—El ver, contestó, que pude con tanta facilidad librarme de estos tormentos, y no me libré! el ver que me pude confesar y no me confesé! y el ver que Dios te trajo de tan lejas tierras para mi remedio, y me quedé sin él! y que teniéndote á mi cabecera para mi salvacion, has sido causa de mi mayor condenacion! Esto es, Padre, lo que mas me aflige y me causa sudores eternos! En diciendo esto, dando horribles gemidos, y exhalando angustiosos y desesperados ayes, envuelta entre las abrasadoras llamas desapareció, tragándose la los profundos abismos de maldicion, para padecer alli eternos tormentos! ¡¡tormentos sin fin!!

VII.

Comuniones sacrílegas.

Cierto caballero tenia dos criados, que de ordinario vivian enemistados entre si; y habiéndolos reconciliado el amo varias veces, en una de ellas fingió el uno que se reconciliaba con el otro. Llegó en este tiempo el cumplimiento de la Iglesia, y callando este pecado se acercó y recibió la sagrada Comunion; y remordiéndole la conciencia determinó irse á confesar otro dia; mas dejándolo para despues, como muchos hacen, se pasaron asi cuarenta dias hasta el dia de la Ascension. Una mañana entrando en el jardin de su amo, le salió al encuentro un fiero demonio en figura de un negro, que apretándole entre sus brazos, despues de estrujarle el cuerpo le

arrojó en tierra, y le dió tantos golpes y puntapiés, que le molió todo, dejándole tan espantoso y horrible como si fuera el mismo demonio; el cual le habló así: «Esto te ha sucedido porque comulgaste mal el día de Pascua!» y desapareció. El infeliz arrastrando como pudo se fue hasta la sala en donde estaba su amor, que viéndole, santiguándose y volviendo el rostro, le dijo:—Malaventurado ¿de dónde vienes que estás mas feo que un demonio, y no parece sino que sales ahora del infierno? —No salgo, dijo él, sino que voy allá! Le contó lo sucedido, y en acabando de decir la última palabra, cayó muerto! bajando su alma donde los demonios la preparaban un lugar de *eterno tormento!*

VIII.

¡Reprobación!

Oyendo San Francisco de Borja que una persona muy principal y de mala vida estaba cercana á la muerte, y tan obstinada que nadie podía hacer que se confesase, se fue á su aposento á encomendar á Dios esta alma, y delante de un Crucifijo le pidió tan de veras por ella, que el Crucifijo alzando la cabeza habló así al Santo; «Vé al enfermo, que yo mismo en persona le asistiré, haciendo de enfermero y de médico, mientras le persuades á que se confiese.» Fue el Santo á la casa del enfermo, y á presencia de Jesucristo, que allí estaba en traje de médico, le persuadió á que se confesase; mas el enfermo de ningún modo quiso hacerlo; con lo que Cristo se despidió, quedando el Santo solo con el

enfermo, en quien no haciendo mella alguna sus razones, antes creciendo más y más su obstinacion, le obligó á recurrir de nuevo al Señor para que no se perdiese aquella alma, y pudo tanto la oracion del Santo, que volvió á hablarle el Santo Cristo desde la Cruz de este modo: «Para que veas que desco la salud espiritual de esta alma, llévame al enfermo.» Tomó el Santo el Crucifijo y se fué á casa del caballero, y poniéndose delante continuó persuadiéndole á que se confesase; lo cual no queriendo él hacer, comenzaron todas las llagas del Santo Cristo á derramar sangre, y no bastando muestras de tanto amor para ablandar aquel desventurado, le habló el Señor desde la Cruz alegando lo mucho que le costaba su alma; y como aun no se quisiese confesar, desclavó el Señor un brazo de la Cruz, y metiendo la mano por la llaga de su costado, sacó un puñado de sangre y la arrojó al rostro del desventurado, dándole la sentencia, que ya que aquella sangre se había derramado para su salvacion, y él no se había querido aprovechar de ella, fuese para su eterna condenacion. Con esto el infeliz profiriendo horribles blasfemias contra Dios, entregó el alma á los demonios, bajando á los *Infiernos* para toda una *Eternidad*.

IX.

¡Mañanal.... ¡Mañanal....

Hace pocos años que en la cárcel de la Roqueta, en París un preso que solo contaba 17 años de edad, haciéndose sordo á las amonestaciones del capellan, se

empeñó en no querer cumplir con la Iglesia. Todos se confesaron menos él. «Mas tarde lo harè, decia, ahora no; el año que viene, no este año.»

Un dia cansado de exhortarle á que venciese la pereza se retiró el capellan sin esperanza alguna de reducirle.

Al dia siguiente yendo á visitar á los enfermos vió con sorpresa el número del jóven rebelde en una de las puertas de la enfermeria. Entra, y le ve en una cama dormido y muy pálido. Llama á la hermana de la Caridad que hacia de enfermera y le pregunta que qué tiene aquel jóven. «No es cosa de cuidado, responde la hermana, un dolorcillo de cabeza, tal vez alguna pequeña indigestion.» Entran los dos en la alcoba del enfermo. Acércase la hermana y le habla, mas el enfermo no responde.

«Hermana, le dice el capellan asustado, ese jóven está muy malo; vaya Vd. á buscar al médico.» Llega el médico á los pocos minutos... El enfermo estaba ya sin conocimiento. Tómale el pulso, le pone la mano en el corazon. «¡Ay Dios mio!» esclama estremecido. «¿Qué es eso, dice el sacerdote?» El doctor vuelve á examinar. «¿Qué ha de ser? dice, que este jóven está muerto.»

«¿Está muerto? dice el sacerdote lanzando un grito: ¿Está muerto?» Y miraba estupefacto aquellos labios aun abiertos que acababan de desechar á Dios y habian dicho: «mas tarde, el año que viene.»

A vista de esto ¿podrás tú prometerte el dia de mañana? ¿Podrás salir todavia con él *mas tarde*? ¿Podrás dormir con tranquilidad dejando la confesion para la hora de la muerte?

X.

¡Hoy!.... ¡Hoy!....

Un pobre aprendiz hizo propósito el día de su primera comunión de no irse jamás á la cama en pecado mortal. Tuvo la desgracia de caer en uno pocos meses despues, y se halló con mil dificultades para irse á confesar, porque era sábado y habia mas trabajo que los demas dias, hacia mal tiempo y la iglesia estaba lejos: «mas valdria, decia, dejarlo para otro dia.» Pero su promesa le venia á la memoria, y oia repetir en su interior: «Haz lo que prometiste, vete á confesar.» En medio de este combate interior, se pone de rodillas y reza una *Ave-Maria*, para obtener la gracia de conocer la voluntad de Dios. Bien se hechó de ver en esta ocasion que la oracion es el remedio mas eficaz de los males del alma. Apenas se levantó, se fué á buscar al confesor.

A la vuelta encontró á su madrina y le contó cuanto le habia pasado.

«Ahora sí que voy á dormir con sosiego, le dijo, ya he recobrado la amistad de Dios.»

Su madre le solia dejar dormir los domingos mas tiempo que los demas dias, y segun su costumbre, fué á despertarlo aquel dia á las siete, llamando á la puerta de su cuarto. A las siete y cuarto, viendo que no se levantaba, volvió á llamarle, y como no respondiese, entró diciéndole: «vamos, perezoso, que son ya cerca de las siete y media, ¿no te dá vergüenza?»....

Acércase á la cama de su hijo, y viendo que no se

movia, le coje la mano y la encuentra helada, le mira y dando un grito cae al suelo sin sentido. El jóven habia muerto, y su cadáver estaba ya frio.

¡Dichoso él que no difirió su conversion para *mas tarde, hasta el dia siguiente!*

¡Dichoso tú que lees esto, si le imitas, y te conviertes al instante!

XI.

¡Como se vive se muere!

Un gran pecador que habia pasado su vida entregado á los mayores desórdenes, habiendo caido peligrosamente enfermo, fué á visitarle un sacerdote, que le era muy allegado, para invitarle á pensar finalmente en la salvacion de su alma. El enfermo nada contesta: el sacerdote, haciéndole presente el peligro en que se halla, le exhorta á confesarse.—Sí, me confesaré; pero difiriéndolo siempre, dijo últimamente: ¡Pues bien! venid mañana, y me confesaré. Al dia siguiente llega el ministro de la reconciliacion, y estando solo con el enfermo, hace la señal de la cruz y quiere empezar aquella confesion. Este permanece mudo por algun tiempo, mas en seguida, con un tono de voz terrible, pronuncia estas palabras espantosas de la Escritura: *El pecador abrirá los ojos y se irritará.* Al instante mete la cabeza dentro de la cama, y cúbrese la cara sin decir mas palabra. El confesor le descubre y le dice: No se trata de diferir, sino de confesaros sin retardo.— Si, sí, padre mio, me confesaré; luego continúa aquel texto: *El pecador rechina-*

vá los dientes y temblará de rabia; y al instante, como la vez primera, se oculta y se hunde en su cama. El sacerdote le descubre de nuevo, le suplica llorando, que piense en Dios y en su confesion.—Sí, sí, padre mio, confesémonos; y por la tercera vez oculta la cara, húndese aun mas en su cama, exclamando: *Los deseos del pecador morirán con él...* El confesor alarmado le descubre y le halla muerto...

XII.

¡¡Hay otra vida!!

Un joven, llamado Leoncio, dejándose llevar de las máximas seductoras de los impíos, para saciar mas libremente con este especioso pretesto sus pasiones, negaba, como lo hacen ahora los libertinos de estos tiempos, la inmortalidad del alma, y decia que todo esto era un fanatismo de los frailes, para embaucar la gente simple y sin luces: añadía que el hombre no tenia mas alma que un bruto, con otras blasfemias y heregías, que vertia por aquella boca de infierno. No bastaron para reprimir su impiedad los mas fuertes argumentos, ni para hacerle entrar en razon; y solo se consiguió por este medio el dejarle vacilante y dudoso en punto de creencia. Por este tiempo hizo preparar un suntuoso banquete, á que convidó á sus amigos; y antes que llegase la hora de comer, se fue á dar un buen paseo, para escitar mas el apetito y abrir las ganas de comer. Pasando por un cementerio vió alli por acaso una calavera, y viniéndole luego sus acostumbradas dudas en puntos de fé, parándose junto

á la calavera para contemplarla. «¿Cómo es posible (decía dentro de sí mismo) cómo es posible que esta calavera se vuelva á unir con su cuerpo, y que el alma, que en él vivió y de que no ha quedado memoria en el mundo, vuelva á darle vida? Dime, calavera, ¿qué noticias me das del alma que tuviste? ¿Vive aún, ó se ha desvanecido en el aire como sucede con las de las bestias, cuando mueren? Mira, yo te convidó hoy á mi mesa, para que me expliques el misterio de la inmortalidad del alma, que yo no entiendo, y me saques de estas dudas. Si tu alma no admite mi convite y no va á mi mesa, creeré que no tiene vida, como tú, y que se ha desvanecido con el humo en el aire.» Dicho esto, le dió un puntapié y prosiguió su camino. Llegado á su palacio, encontró reunidos á sus amigos, y alegres se sentaron todos á la mesa, y Leoncio sacó su acostumbrada disputa sobre la incertidumbre de los bienes y males eternos de la otra vida, diciendo que él no sabia que hubiese otro cielo, que su suntuoso banquete. En esto oyen que llaman fuertemente á la puerta; corre un criado á ver quien es, y todo temblando y pálido vuelve precipitadamente con la nueva, que el que llama, es un espantoso Esqueleto, que parece á la Muerte, y que quiere hablar al señor de casa. A esta novedad todos los convidados quedan pasmados, y mas que todos Leoncio, que barruntaba lo que podía ser; mas disimulando, mandó á un criado que fuese y viese quien era, lo que queria, y que no abriese la puerta hasta saber todo esto. Obedeció el criado, aunque contra todos sus cinco senti-

dos, y volvió con la respuesta, que le dió el Esqueleto, de que él tambien era uno de los convidados á la mesa del señor, y que éste aquella misma mañana le habia convidado, cuando pasó por tal cementerio; y que venia tambien á traerle la respuesta á cierta pregunta, que entonces le habia hecho. Á esto Leoncio no pudiendo disimular mas el temor y espanto, refirió á sus compañeros el caso del cementerio, y les pidió consejo de lo que debia hacerse en circunstancias tan criticas. Acordaron estos que Leoncio mismo fuese á la puerta y diese las gracias al Esqueleto y á la tal alma que tanto le habia venido á favorecer; que dijese que ya estaba desengañado de su error, y que no habia necesidad de otras pruebas para creer que habia cielo é infierno; que se fuese en hora buena, pues ya creia que no necesitaba de su banquete para sustentarse. En este tiempo los criados cerraron todas las puertas y ventanas para que no entrase ni turbase la alegría del convite aquella extraña figura. Pero vé aqui que sin saber por dónde, ni cómo, se presenta el Esqueleto en la sala, y quitando el miedo á los convidados, diciéndoles, que solo iba por Leoncio, que no tuviesen miedo, encarándose con éste le dijo: «Oyes, ¿eres tú el que no crees lo que enseña la Fé católica? Pues sábetete que en el otro mundo las almas han de durar para siempre y sin fin, ó felices por toda una eternidad en el cielo, ó infelices por la misma eternidad en el infierno! Bien pue les creerlo, que yo no te habia de engañar, siendo tu tio, y tú mi sobrino, pero infelices los dos, porque yo hace mucho tiempo que es-

toy ardiendo en el infierno en aquellos terribles tormentos, donde dentro de poco me acompañarás!» En diciendo esto arremetió á Leoncio, y agarrándose á él le estrelló contra una pared, y cogiendo en sus hombros el sangriento cadáver desapareció con él por una ventana, y se fue á sepultarle en las voraces y atormentadoras llamas del infierno, para toda una eternidad! ¡Desgraciado el que no cree, ó duda, como el miserable Leoncio, del Cielo ó del Infierno! Y desgraciado el que cree, pero obra como sino creyese! ¡Ah! pudiendo lograr con unos cuantos dias de sacrificio, abnegacion y valor cristiano una *Eternidad Feliz*, volviendo á esta las espaldas ¿qué hallará á la hora de la muerte? ¿qué hallará? ¡Ay! forzosamente una *Terribilísima Eternidad!*
El que no camina para el Cielo, camina para el Infierno!...
¡O CIELO! ¡¡O INFIERNO!! ¡¡¡O ETERNIDAD!!! (1)



-
- (1) { Confesion general.—Calatayud.
Respuestas familiares.—Segur.
La única cosa necesaria.—Geramb.

EJEMPLOS

(pertenecientes á MARÍA SANTÍSIMA.)

I.

El Colegial.

En cierto colegio hallábase un jóven de unos diez y seis años de edad, cuya habitual tristeza inspiraba á sus maestros grandes temores. No tomaba parte en los juegos de sus compañeros, ó si alguna vez por capricho empezaba á jugar con gran ahinco, luego lo dejaba y se volvía á su triste apatía. El mirar sombrío, la risa forzada, la repugnancia á tratar con los demás, legítimáran y confirmáran siniestras sospechas que algunos concebían, sino fuera que por otra parte era bien visto de todos y frecuentaba los Santos Sacramentos. Cierta dia muy solemne en que todos los niños jóvenes comulgaron, mientras que estábamos hablando de sobre cena, de la felicidad de aquellas almas inocentes, me llaman; voy y no conociendo, porque estaba oscuro, dije:—¿Quién me busca?—Un servidor de V. dijo uno con voz trémula y apagada.—Bueno, ¿qué te se ofrece á estas horas?—Ay Padre mio! Soy el mas desgraciado del mundo! Pensando yo que hubiese tenido alguna mala noticia le volví á preguntar:—¿Ha sucedido alguna desgracia desgracia en tu casa? ¿Ha muerto alguno de tu familia?—No Padre; es una cosa todavía peor. Entonces caí en la cuenta, reapareciendo en mi fantasía todos los temores y sospechas que habia procurado desvanecer. Me lo llevé á un patio, donde quedándome con él á solas advertí que estaba temblando, y que la respiracion com-

primida revelaba la angustia de su alma.—Hijo, le dije, quizá tienes veneno dentro del corazon. Si es así, no hallarás alivio hasta que lo vomites. Ya me entiendes. ¿Quieres que te llame un confesor?—Todavía no, Padre. —Pues dime ¿porqué estás tan triste?—Hace tres años que cometo sacrilegios.—Hijo, mira no sean aprensiones ó escrúpulos.—¡Ay, Padre, harta verdad es! Voy á contárselo á V. todo.. Hace tres años cometí un pecado, y cuando me fui á confesar, me dió tal vergüenza, que no me atreví á decírselo al confesor, y de este modo recibí la absolucion y me fui á comulgar. Desde entonces no he tenido un momento de alegría, nada me daba gusto, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, me irritaba. Así seguí confesándome y comulgando sin manifestar aquel pecado, ni otros que cometia; hasta llegar á ser como un demonio. Luego cuando tenia que irme á confesar, no hacia exámen de conciencia, decia al confesor lo primero que se me venia á la boca. Así tambien comulgaba, pero como asustado, temiendo que el Señor me castigase. Cuando vino el Padre Jimenez á darnos los ejercicios, me resolví á confesar aquel pecado, pero estando á sus pies para decírselo, no tuve valor y lo volví á callar. Durante aquel año fui todavía peor. Al siguiente me resolví á confesarlo al Padre Peña cuando vino á darnos los ejercicios, pero el demonio me tenia preso y cerrada la boca, y tampoco se lo dije. Ayer tarde me fui á confesar sin haber examinado mi conciencia, pero con mas temor que nunca. Hoy por la mañana fui á comulgar temblando, pareciéndome que

Dios me iba á castigar. Cuando recibí la sagrada forma, sentí como si con una espada me atravesáran el corazón. En todo el día no podía conmigo. Triste, sin sosiego; no podía sufrir que estuviesen contentos los demás. He comido bárbaramente para distraer la melancolía, pero con todo sigue agobiándome. Al oscurecer era tal mi tristeza, que no pudiendo estar dentro de casa, aburrido salí á dar una vuelta fuera de la ciudad, y me parecía que el enemigo me acompañaba y empujaba para que me precipitase por los derrumbaderos, que están á uno y otro lado del camino de las Fuentecillas, hasta que me sentí impulsado á desahogarme con V., Padre mio... Mientras me decía todo esto, estaba temblando de pies á cabeza y apenas podía respirar. Yo le animé, haciéndole admirar la gran misericordia de Dios, que precisamente le traía á verdadero conocimiento en un día en que tanto le había ofendido, y llevándole á la capilla, postrados ambos rezamos delante de la imágen de nuestra Señora un Ave-María, derramando él torrentes de lágrimas. Dejéle allí y fui á buscar á un confesor que no le conociese. Al instante se confesó con él y salió de allí loco de contento, diciendo: «Todo lo he confesado, todo lo he confesado. ¡Oh, qué bueno es Dios, qué bueno es!» Reparó despues todas las comuniones sacrílegas con una sumamente fervorosa y empezó una vida del todo nueva. Durante los tres meses que faltaban para concluirse el curso, iba todas las tardes á los piés de la Madre de misericordia á darle gracias por su conversión, que había sido para él como un segundo nacimiento.

Desde entonces, hasta concluir sus estudios, fue uno de los mejores alumnos del colegio y hoy se encuentra dedicado á la salvacion de las almas.

Despues de haberse convertido deseando yo saber los caminos secretos por donde la gracia del Señor habia obrado aquel prodigio, le pregunté: ¿y tú qué hacias para que Dios te llamase al arrepentimiento de tus culpas y por medio de este al perdon?—Nada mas que pecar y mas pecar.—¿Pero no rezabas algo en tu casa, ni siquiera el rosario con tus padres y hermanos?—Sí, Padre; pero como lo hacia porque me obligaban, lo rezaba distraido y corriendo?—A lo menos oirias misa todos los dias como se acostumbra en el colegio.—Sí, Padre, pero en vez de rezar, leia en el calendario y contaba cuántos dias faltaban para acabar el curso ó para tal ó cual fiesta.... ó estaba echando planes para divertirme ó para ofender á Dios.—¿Y cuándo oias algun sermon ó plática...?—Me enfurecia contra el predicador porque sus palabras me llenaban de remordimiento y procuraba no atender, ni aun oír lo que decia.—¿Pero no acudias alguna vez á la Virgen, no le rezabas algo por tu propia voluntad?—Únicamente aquella oracion del Padre Zucchi, que empieza así ¡O Señora mia! ¡O Madre mia!

II.

La Pastorcita.

Refiere el Padre Auriema que una pobre pastorcilla que guardaba ganado, amaba tanto á María, que cifraba todas sus delicias en ir á una capillita de nuestra Señora, situada en el monte, y retirarse allí, mientras las ovejas

estaban paciendo, para hablar y honrar á su amada Madre. Viendo que aquella imágen de María, que era de relieve, estaba sin adorno alguno, emprendió hacerle un manto con el humilde trabajo de sus manos. Habiendo cogido un día algunas flores en el campo, formó una guirnalda, y sabiendo despues sobre el altar de aquella capilla, la puso en la cabeza de la imágen, diciendo:—Madre mia, quisiera poneros sobre la frente una corona de oro y perlas; mas porque soy pobre, recibid esta podre corona de flores, y aceptadla como una prenda del amor que os tengo.—Con estos y otros obsequios procuraba siempre esta devota doncellita servir y honrar á su amada Señora. Pero veamos ahora como la buena Madre remuneró á su vez las visitas y el afecto de su hija. Enfermó ésta, y llegada la hora de su muerte, sucedió que pasando por aquel lugar dos religiosos, fatigados del camino, se echaron á descansar bajo un árbol. Uno de ellos dormia, el otro velaba, pero ambos tuvieron la misma vision. Se les apareció una comitiva de hermosísimas doncellas, entre ellas una que aventajaba á las demás en belleza y majestad. A esta la preguntó uno de los religiosos:—Señora, ¿quién sois vos? y ¿á donde os dirigís por estos caminos? —Yo, respondió, soy la Madre de Dios, que con estas santas vírgenes voy á visitar en esta vecina aldea á una pastorecita moribunda que muchas veces me ha visitado á mí.—Así dijo y desapareció. Los dos siervos de Dios dijeron entonces: Vamos á verla tambien nosotros. Pusieronse en camino, y hallando el lugar donde

habitaba la doncella moribunda, entraron en una pequeña choza, y la hallaron allí tendida sobre un poco de paja. Saludáronla, y ella les dijo:—Hermanos. rogad á Dios que os haga ver la compañía que me asiste. Al instante se arrodillaron, y vieron á María que junto á la cabecera de la moribunda con una corona en la mano la consolaba. Luego aquellas santas vírgenes empezaron á cantar, y al compás de una suave armonía aquella bendita alma se separó del cuerpo. María le puso la corona en la cabeza, y recibéndola en sus brazos, se la llevó consigo al cielo.

III.

¡Últimos instantes!

En Recispergio habia un canónigo regular llamado Arnoldo, muy devoto de la Virgen santísima. Llegada la hora de su muerte, despues de haber recibido los sacramentos, llamó á sus religiosos y les rogó no le desamparasen en aquel último trance. Apenas dijo esto, hé aquí que á vista de ellos empezó á temblar todo su cuerpo, torció con violencia los ojos, cubrióle un sudor frio, y con voz trémula dijo:—¿No veis aquellos demonios que me quieren arrastrar al infierno? Y despues gritó:—Hermanos míos, invocad por mí el auxilio de María; en ella confío que me dará victoria. Al oír esto, empezaron ellos á rezar la Letanía de la Santísima Virgen, y al decir: *Santa María ruega por nosotros*, exclamó el moribundo:—Repetid, repetid el nombre de Maria, porque ya estoy en el tribunal de Dios. Despues de

una breve pausa, añadió:—Es verdad que lo hice, pero he hecho penitencia de ello. Y volviéndose á la Virgen:—¡Oh María! exclamó, yo venceré á mis enemigos si Vos me ayudais.—Luego los demonios dieron otro asalto, pero él se defendia santiguándose con el crucifijo é invocando á Maria. Así pasó toda aquella noche: finalmente, al amanecer, Arnoldo enteramente tranquilo y respirando con alegría exclamó:—María, mi refugio, mi Señora, me ha alcanzado el perdon y la salvacion eterna. Volviéndose luego á la Virgen que le invitaba á que le siguiese, la dijo:—Voy, Señora, voy. Y haciendo un esfuerzo para levantarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, espirando dulcemente la siguió con el alma, como lo esperamos, al reino bienaventurado de la gloria.

IV.

El Reo y su Libertadora.

Cuenta el Padre Razzi Camandulense que cierto jóven cuyo padre habia fallecido, fué enviado por su madre á la corte de un príncipe. Mas al despedirse de él, la madre, que era muy devota de Maria, le hizo prometer que cada dia rezaria un *Ave Maria* concluyendo con estas palabras: *Virgen bendita, ayudadme en la hora de mi muerte*. Establecido ya en la corte el jóven, se hizo dentro de poco tiempo tan disoluto, que su amo se vió precisado á despedirle. Él entonces desesperado, no sabiendo de qué subsistir, salió al campo y acabó por hacerse salteador de caminos, pero no por esto dejaba de encomendarse á la Virgen, como se lo habia

dicho su madre. Finalmente fué preso por la justicia, y condenado á muerte. Hallándose, pues, en la cárcel para ser ajusticiado el dia siguiente, pensando en su deshonra, en el dolor de su madre y en la muerte que le aguardaba, lloraba sin consuelo, por lo que viéndole el demonio oprimido de tan grande infortunio, se le apareció en forma de un hermoso jóven, y le dijo que él le libraría de la cárcel y de la muerte, si quería hacer lo que él le propondría. Convino el sentenciado en practicarlo todo. Entonces el fingido jóven le descubrió que era el demonio, que habia venido para ayudarle. En primer lugar queria que renegase de Jesucristo y de los sacramentos, á lo cual accedió el jóven; pero añadiéndole que renegase de la Virgen María, y renunciase á su proteccion:—Esto no lo haré jamas, respondió el jóven; y dirigiéndose á María le repitió la oracion acostumbrada que su madre le habia enseñado: *Virgen bendita, ayudadme en la hora de mi muerte.* A estas palabras desapareció el demonio; pero el jóven quedó afligidísimo por el pecado que habia cometido renegando de Jesucristo. Mas acudiendo á la Virgen santísima, ella le alcanzó un gran dolor de todos sus pecados; por lo que se confesó con muchas lágrimas y contricion. Habiendo salido para ir al patíbulo, vió en el camino una imágen de María: él la saludó con la acostumbrada oracion: *Virgen bendita, ayudadme en la hora de mi muerte;* y la imágen á vista de todos inclinó la cabeza y le devolvió la salutacion. Entonces él enternecido suplicó que se le permitiese besar los piés de aquella imá-

gen. Los ministros lo repugnaban, pero luego condescendieron por el tumulto que movía el pueblo. Inclínose el jóven para besar los piés, y María, desde aquella su imágen, estendió el brazo, y le tomó por la mano, asiéndosela tan fuertemente, que no fué posible arrancarle de allí. Al ver este prodigio todos los circunstantes empezaron á clamar: *Perdon, perdon!* que le fué concedido. Regresando él despues á su patria, hizo una vida ejemplar, y continuó siendo muy devoto de María, que le habia librado de la muerte temporal y eterna.

V.

La Mona.

En las crónicas de los padres Capuchinos se refiere que en Venecia habia un célebre abogado, el cual con fraudes y malas artes se habia enriquecido, por lo que vivia en mal estado. No practicaba tal vez otra obra buena sino rezar cada dia cierta oracion á la santísima Virgen. Y realmente esta leve devocion le valió para librarse de la muerte eterna por la misericordia de María. He aqui como sucedió. Por fortuna contrajo amistad este abogado con el Padre Fray Mateo de Basso, y tanto le instó para que un dia fuese el padre á comer á su casa, que finalmente éste le complació. Luego de haber llegado á ella le dijo el abogado:—Ahora, padre, quiero enseñar á V. una cosa que jamás habré visto. Tengo una mona admirable que me sirve como un criado: lava los vasos, pone la mesa y abre la puerta.—Cuidado, respondió el padre, no sea esto algo

mas que mona: hágala V. venir acá. Llaman á la mona, vuelven á llamarla, la buscan por todas partes, y ella no parecia. Finalmente la encuentran escondida bajo de una cama en un rincon de la casa; pero el animal no queria salir de allí. Ea, pues, dijo entonces el religioso, vamos nosotros á buscarla; y llegando juntamente con el abogado á donde la mona estaba:—Bestia infernal, dijo, sal afuera, y de parte de Dios te mando que manifiestes quién eres. Y he aquí que la mona responde que era el demonio, y que estaba esperando que aquel pecador hubiese dejado de decir algun día su acostumbrada oracion á la Madre de Dios, porque á la primera vez que hubiese dejado de rezarla, él tenia licencia de Dios para ahogarle y llevarsele al infierno. Al oir tal aviso, el pobre abogado se arrojò á los piés del siervo de Dios, pidiéndole auxilio, y éste le animó, y mandó al demonio que saliese de aquella casa sin hacer daño:—Solo te doy licencia, le dijo, para que en señal de haber salido, rompas una pared de este edificio. Apenas había pronunciado estas palabras, apareció con súbito estruendo una hendidura en la pared que, aunque tapiada á cal y canto repetidas veces, quiso Dios quedase descubierta por mucho tiempo, hasta que por consejo del siervo de Dios se colocó en ella un mármol con la figura de un ángel. El abogado se convirtió, y confiamos que de allí en adelante perseverase en la mudanza de vida hasta la muerte.

Los dos Libertinos.

El año 1604 habia en una ciudad de Flandes dos estudiantes, los cuales en lugar de dedicarse á las letras, solo se ocupaban en francuchelas y deshonestidades. Una noche, entre otras, habiendo ido juntos á pecar á casa de una mala mujer, uno de ellos, llamado Ricardo, retiróse á su casa algun tiempo despues, y quedóse allí el otro. Mientras se desnudaba Ricardo para acostarse, se acordó que aquel dia no habia rezado como tenia de costumbre ciertas *Ave Marias* á la santísima Virgen. Vencido por el sueño, le costaba el rezar; sin embargo, hizo un esfuerzo, y lo verificó, aunque sin devoción y medio dormido. Echándose despues á dormir y hallándose en el primer sueño, oyó llamar fuertemente á la puerta, y luego sin llegar á abrirla, vió entrar á su compañero feo y horrible en extremo.—¿Quién eres? le dijo.—¿No me conoces? respondió el otro.—Mas ¿cómo estás tan demudado? pareces un demonio.—¿Desdichado de mí! exclamó aquel infeliz, estoy condenado. ¡Ya me ves! Sepas, dijo, que al salir de aquella infame casa vino un demonio y me ahogó. Mi cuerpo quedó en medio de la calle, y mi alma está en el infierno. Debes saber tambien, añadió, que á tí te aguardaba el mismo castigo; pero la bienaventurada Virgen, por aquel corto obsequio de las *Ave Marias* te ha librado de él. ¡Dichoso tú si supieras aprovecharte de este aviso que por mí te envia la Madre de Dios! Dicho esto, levantó la capa el condenado, y le hizo ver las llamas y las cule-

bras que le atormentaban, y desapareció. Entonces, prorumpiendo el jóven en amargo llanto, se postró en tierra, dando gracias á su libertadora María; y mientras iba pensando en mudar de vida, hé aquí que oye tocar á maitines en el convento de S. Francisco. Entonces dijo: Aquí me llama Dios para hacer penitencia; y al punto se dirigió allí para rogar á aquellos padres que le admitiesen. Resistíanse ellos por saber la mala vida que llevaba; mas él les refirió el suceso llorando amargamente; y habiendo ido dos Padres á aquella calle, hallaron efectivamente el cadáver del compañero ahogado y negro como un carbon; entonces recibieron á Ricardo, quien se distinguió por su vida ejemplar. Fué despues á las Indias á predicar la fe; de allí pasó al Japon, donde finalmente tuvo la suerte y la gracia de morir mártir por Jesucristo, siendo quemado vivo.

VII.

Catalina la Hermosa.

Habia en Roma una mala mujer llamada *Catalina la Hermosa*, la cual oyendo una vez como Santo Domingo predicaba la devocion del santísimo Rosario, se hizo inscribir en el libro de la Cofradía; pero aunque empezó á rezarlo, continuó viviendo deshonestamente. Habiendo ido una noche un jóven, que parecia noble, á encontrarla, le recibió cortesmente; estando y los dos cenando, ella observó que mientras el jóven cortaba el pan, caian de sus manos algunas gotas de sangre, y luego, que todas las viandas que él tomaba

estaban teñidas también de sangre. Habiéndole preguntado de donde procedía aquella sangre, el jóven le contestó que el cristiano no debía comer nada que no estuviese teñido con la sangre de Jesucristo, y condimentado con la memoria de su Pasion. Al oír esto, ella pasmada le preguntó, ¿quién era? Despues te lo diré, contestó el jóven, y habiendo pasado luego á otro aposento, el jóven mudó de semblante, y se le apareció coronado de espinas, con las carnes destrozadas, y le dijo: ¿Quieres saber quien soy? ¿no me conoces? Catalina, ¿cuándo cesarás de ofenderme? Mira cuánto he padecido por tí. Ea, pues, bastante me has hecho padecer, muda de vida. Entonces Catalina prorumpió en un amargo llanto, y Jesus animándola le dijo: Amame, pues, ahora tanto, cuanto me has ofendido, y sepas que te he concedido esta gracia por el Rosario que rezas á mí Madre; y desapareció. Por la mañana Catalina fué á confesarse con santo Domingo; despues distribuyó entre los pobres todo lo que poseia, y llevó una vida tan santa, que llegó á una sublime perfeccion. La Virgen se le apareció muchas veces; el mismo Jesus reveló á Santo Domingo, que estimaba mucho á esta penitente.

VIII.

El Bandido.

En un lugar de los Estados del Papa, una jóven devotísima de María se encontró con un capitan de bandideros; y temiendo ser ultrajada, le rogó que por amor

de la santísima Virgen la respetase. El le contestó que nada temiese, ya que se lo habia suplicado en nombre de la Madre de Dios; y que solo le exigia en recompensa que en sus oraciones lo recomendase á ella. Luego él mismo la acompañó hasta ponerla en salvo. La noche siguiente, María se apareció en sueños al bandido, y dándole las gracias por aquella buena accion, le dijo que se acordaría de ella, y que á su tiempo se la recompensaría. Habiendo despues sido preso el ladron y condenado á muerte, la noche antes de su suplicio se le apareció otra vez la Virgen, y mientras dormia le dijo: Vengo á recompensarte lo que hiciste un dia en mi obsequio. Mañana morirás; pero con una contricion tal, que vendrás luego al paraíso. Dispertóse el sentenciado, y efectivamente sintió un dolor tan profundo de sus pecados, que prorumpiendo en un amargo llanto, dió gracias en alta voz á Nuestra Señora. Luego se confesó, derramando muchas lágrimas, refiriendo la vision que habia tenido, pidió al confesor que publicase por todas partes aquella gracia que María le habia otorgado. Fué al suplicio con grande alegría, de manera que, según se refiere, su rostro respiraba un aire de bienaventurado, que cuantos le vieron creyeron ver cumplida la promesa que la divina Madre le habia hecho.

IX.

¡Por MARIA!

Hallándose en Roma S. Francisco de Borja, fué allí un eclesiástico para consultarle; pero estando el Santo

ocupado, le envió el P. Acosta, á quien aquél dijo: Padre, yo soy sacerdote y predicador; y hé aquí lo que me ha sucedido: Mientras vivia en pecado, y desconfiaba de la divina misericordia, un dia despues de haber predicado contra los pecadores obstinados, que desconfian del perdon, vino á confesarse uno conmigo, el cual me refirió todos mis pecados, y al fin me dijo que desconfiaba de la divina misericordia. Yo, para cumplir con mi obligacion, le dije que mudase de vida, y confiase en Dios. Entonces aquel penitente se puso en pié, y reprendiéndome, me dijo, ¿por qué no me enmendaba yo, y confiaba en Dios, ya que así lo predicaba á los demás? Me añadió que era un Angel que habia venido para advertirme que me enmendase, y seria perdonado; y habiendo dicho esto, desapareció. A consecuencia de este prodigio me abstuve por algunos dias de mis vicios deshonestos; pero habiéndoseme ofrecido la ocasion, reincidí en el pecado. Otro dia mientras estaba celebrando, Jesucristo me habló sensiblemente desde la hostia diciéndome: «¿Por qué me maltratas así, mientras yo te trato tan benignamente?» Entonces determiné enmendarme á toda costa; mas no obstante mi buen propósito; luego volví á pecar. Hallándome despues, hace pocas horas, en mi aposento, entró un jóven que ocultaba bajo de su capa un cáliz, que contenia una hostia consagrada, y me dijo: ¿Conoces á este Señor que tengo en la mano? ¿Te acuerdas de las muchas gracias que té ha dispensado? Hé aquí, pues, el castigo de tu ingratitud; y luego de haber

dicho esto, empuño una espada para matarme. Entonces empecé á gritar: No me mates por amor de María, que quiero enmendarme; y él me dijo: Solo este medio ha podido salvarte; aprovéchate de él, porque esta es la última vez que se usa contigo de misericordia. Y habiendo dicho esto desapareció. Ahora bien: vengo aquí para rogaros que me admitais entre vosotros. El P. Acosta le consoló; y el sacerdote, por consejo de San Francisco, ingresó en otra religion de estrecha observancia, en donde prosiguió viviendo santamente hasta su muerte.

X.

Obsequios y Recompensas.

El beato Joaquín Picolomini, que era muy devoto de María, desde su niñez acostumbraba visitar tres veces al dia á una imágen de la Virgen de los Dolores que se veneraba en una iglesia, dedicada á la misma Señora; y los sábados no comia absolutamente nada. Además á media noche se levantaba para meditar sus dolores. María santísima le recompensó sus obsequios, primero, apareciéndosele siendo aun jóven, diciéndole que entrase en la religion de sus siervos, y él lo efectuó inmediatamente. Despues en los últimos años de su vida se le apareció otra vez con dos coronas en la mano, una de rubies, en premio de la compasion que habia tenido de sus dolores, y la otra de perlas, en recompensa de la pureza que le habia consagrado. Finalmente, en su muerte se le volvió á aparecer, y entónces el

Beato le pidió la gracia de morir en el mismo día que murió Jesucristo, á lo cual accedió la santísima Virgen, añadiéndole que al día siguiente, que era viernes santo, estaría con ella en el cielo. Efectivamente, mientras se cantaba en la iglesia la pasión de S. Juan, al llegar á las palabras: «Estaba junto á la cruz de Jesus su Madre,» él se hallaba en los últimos momentos de su agonía; y al decirse: «Y habiendo inclinado la cabeza, espiró.» el Beato entregó tambien su alma á Dios; llenándose al mismo tiempo la iglesia de un grande resplandor y de un olor suavísimo.

XI.

El Lirio.

El beato Francisco Patrizi, muy devoto del *Ave Maria*, rezaba esta devocion quinientas dos veces cada dia. Maria le avisó la hora de su muerte, por lo que murió en opinion de santo, y despues de cuarenta años, se vió salir de su boca un hermosísimo lirio, que luego fué trasladado á Francia, en cuyas hojas estaba escrita el *Ave Maria* con letras de oro.

XII.

El Escupulario.

Dice el Padre Crasset, que un comandante le refirió que habia presenciado el caso siguiente. Un trompeta de la compañía que tenia cerca recibió un pistoletazo á quema-ropa de un soldado enemigo; habiendo caído el trompeta, le examinó el pecho en donde éste decia que estaba herido, y halló que la bala se habia aplastado

sobre el escapulario de la Virgen que llevaba, sin tocar la carne, de manera que cogiéndola, la enseñó á todos los circunstantes, asombrados del milagro.

XIII.

Heroísmo.

Unos enemigos mataron á un hijo que tenia la beata Bonda, solo por el odio que habian declarado á su difunto padre, y, con una barbaridad inaudita, dieron á comer ocultamente á la pobre madre el corazon del jóven asesinado. Entonces ella, á ejemplo de María santísima, se puso á rogar por los asesinos, haciéndoles cuantos beneficios pudo. La divina Madre recompensó su heroico sacrificio llamándola á la tercera Orden de los Servitas, én donde hizo una vida tan santa, que tanto mientras vivió como despues de su muerte obró muchos milagros.

XIV.

¡Al mar!

Navegando un jóven noble, se puso á leer un libro obsceno al que tenia mucha aficion. Habiéndole preguntado un religioso si se hallaba dispuesto á hacer alguna cosa por Nuestra Señora, contestó afirmativamente. Quisiera, pues, replicó luego el religioso, que por amor de la santísima Virgen rasgaseis este libro y lo echaseis al mar. Tomadlo, Padre, dijo el jóven, quiero que vos mismo hagais este don á María. Con efecto, así lo hizo el Padre, y apenas el jóven habia regresado á Génova, su patria, la Virgen le inflamó de tal manera el corazon, que se hizo religioso.

xv.

Un buen consejo.

Una mujer tenia un trato ilícito, mas bien por necesidad, en su concepto, que por amor al vicio. La aconsejaron que se encomendase á María con el Rosario. Lo hizo así, y hé aquí que una noche se le apareció la divina Madre, y le dijo: Deja el pecado y gánate el sustento para vivir; confía en mí, bien persuadida que no te olvidaré. A la mañana siguiente fué á confesarse, dejó el pecado, y María santísima la favoreció.

xvi.

Ofrenda de una Luterana.

Pasando un dia una mujer luterana obstinadísima por delante de una capilla de los Católicos, movida por la curiosidad, quiso entrar en ella, y viendo una imagen de María con el niño Jesus en los brazos, se sintió inspirada para hacerle una ofrenda. Fuése á su casa, tomó una tela de seda y se la llevó. Al regresar á su casa la santísima Virgen la iluminó para que conociese la falsedad de su secta, por lo que se fué luego á encontrar á los católicos y abjuró la herejía.

xvii.

MARIA en los labios de un Infiel.

Un infiel en las Indias, hallándose abandonado de todos sus amigos y compañeros á la hora de su muerte, y recordando que los cristianos en aquel trance invocaban á María, acudió á ella, y la Virgen se le apareció diciéndole: «Aquí me tienes; yo soy aquella á quien tú

invocas, vé, hazte cristiano.» El infiel se encontró luego sano, se bautizó, y muchos al ver este prodigio se convirtieron igualmente.

XVIII.

El Ayuda de Cámara.

Cierto capitán de perversas costumbres; habitaba en un castillo propio, al cual, por casualidad, fué á parar un buen religioso, el cual alumbrado entonces de Dios, pidió al capitán que llamase á su presencia á todos sus criados. Con efecto, hizolo así el capitán, y comparecieron todos sus criados á escepcion del ayuda de cámara. Habiendo al fin salido éste á la fuerza, el Padre le dijo: Que de parte de Dios le preguntaba quién era; le contestó: Soy un demonio que hace catorce años estoy sirviendo á este malvado, esperando que un día deje de rezar las siete *Ave Marias* que acostumbra, para ahogarle y llevarle conmigo al infierno. Entonces el religioso mandó al demonio que se fuese, lo que verificó, desapareciendo al instante; y echándose el capitán á sus piés, se convirtió, y despues hizo una vida santa.

(Glorias de María.—Edicion de Pons.)





ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

(LA COSA MAS IMPORTANTE.)

Piensa bien que has de morir,
Piensa que hay gloria é infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y que á juicio has de venir:
Ponte luego á discurrir
Tu vida y modo de obrar,
Y que ahora sin pensar,
Si te diese un accidente,
Y murieses de repente...
¿Dónde irías á parar?

Medita lo que te digo,
Trata de enmendarte fiel,
Mira que aun este papel
Será contra tí testigo:
A que no olvides, te obligo,
Muerte, juicio, infierno y gloria;
Deja toda vana gloria,
Y con cristiano talento.
No hagas loco pensamiento
De una tan cuerda memoria.

El tener, has presumido,
En la postrera ocasion
Un dolor de contricion...
Muy pocos lo han conseguido:
Y aunque algunos le han tenido,
¿Quién, dí, tan loco será,
Que en tal riesgo se pondrá,
Y cosa tan importante
Dejará para un instante,
Que no hay otro, si se va?

Si de una gran cantidad
Con cuenta errada te hallaras,
¿Para ajustarla aguardaras?
A estar con enfermedad?
Pues ¿cómo tu voluntad?
Mal entendida se advierte,
Y de un negocio tan fuerte,
Que te importa eterna vida
Quieres la mayor partida
Dejarla para la muerte?

Cierto no puedes saber
Lo que es del mundo salir,
Harto harás en resistir,
Sin que tengas mas que hacer:
En un momento has de ver,
En un libro de verdad,
Escrita tu corta edad
Entre una y otra congoja,
¡Ay! donde al volver una hoja,
Verás una eternidad.

El tacto, gusto y oído,
Olfato, vista y conciencia
Llevan (entre la dolencia)
Su ejercicio confundido:
Inobediente el sentido,
Torpe le hallarás y vano;
Pues ¿cómo quieres, cristiano,
Estando en la enfermedad,
Mover á la voluntad,
Si no puedes una mano?

Dime, ¿qué importa te dén
El Sacramento y la Uncion,
Y que hagas tu confesion,
Si no te confiesas bien?
¿Cuántos serán los que estén
Con tus mismos pensamientos,
En los eternos tormentos?
¿Cuántos, cuántos habrán sido
Los que al infierno habrán ido
Con todos los Sacramentos?...

Aprisa no se han de hacer
Cosas que importantes son:
Y una buena confesion
Tiempo, tiempo ha menester.
Sobrado tendrás que hacer,
Cuando enfermo hayas caído,
En cuidar de tu sentido:
Sin que mas vivo tu amor,
Ande á buscar un dolor,
Que en su vida no ha tenido....

Si en la hora de la muerte,
Aun sin pecado mortal,
Lo que divierte hace mal,
No mas de porque divierte:
¿Cómo cuando el daño es fuerte
Has de buscar la virtud?
¿Cómo podrá tu inquietud,
Desasosiego y violencia,
Arreglar una conciencia,
Que no pudo en la salud?...

Ofender á Dios viviendo,
Y morir á Dios amando,
Engaño... pues que aguardando
Está un juicio muy tremendo.
¿Cómo no vas advirtiendo,
Que sobre nunca quererle,
Toda una vida ofenderle,
Y un solo instante buscarle,
Mas que en su bondad amarle,
Será en tu riesgo perderle?

Aquel que llegó á vivir
Como si piedad no hubiera,
Jamás la justicia espera,
Cuando se debe morir:
No hay aquí que discurrir,
Porque, á la verdad, entiendo,
Que aquel que temió viviendo,
Ha de morir confiando:
Y ha de morir recelando
El que vivió no temiendo.

Tus culpas se han de saber,
No las quieras encubrir;
Ó tú las has de decir,
Ó en público se han de leer;
Si se leen, ha de ser,
Viendo á tus piés el averno
Para tu castigo eterno.
Pues ¿no es mejor con victoria
Decirlas para la gloria,
Que oirlas para el infierno?

La justicia y la razon,
Segun fuere tu conciencia,
Han de fallar la sentencia,
De que no hay apelacion:
Eterna condenacion
Sufrirás por tu pecado:
Hombre que estás bautizado,
Te pido por el Señor,
Que medites con temor
En tu verdadero estado.

Fácil se cree un dolor,
Propósito y confesarse,
Y luego al punto pasarse
Desde un olvido á un amor:
No es fácil, que aunque el favor
De la gracia es tan valiente,
Aun está de tí pendiente;
Mira que es necia ignorancia,
Cosa de tanta importancia
Fiarla en un accidente.

Una sentencia, una muerte
Habr  solo; el juez es Dios;
Si los fallos fuesen dos,
Podrá cambiar tu suerte.
  Jesús, qué lance tan fuerte!
Mira que es para temblar,
Que remedio no has de hallar
En el cielo ni en la tierra;
Si solo una vez se yerra,
  Ay qué terrible penar!

Mira que has perdido el juicio,
Pues de t  propio homicida,
Te vas quitando la vida
Con uno y con otro vicio:
Porque del loco artificio
Temporalmente te ves
Lleno y de humano interés,
Ahora estás muy ufano,
Pero repara, cristiano,
Esto es *ahora*,   *después*?

Este *después* considera,
Que este *ahora* ha de faltar,
Y el *después* ha de durar
Eternamente   cualquiera:
Este *después* qué te espera,
Es el que cuidado da,
Que este *ahora* claro está
Que es ligero movimiento
Nacido de un corto aliento,
Que cuando viene, se va.

Dispon tu cuenta ajustada,
Que aun así cuando enfermares,
Del tiempo que allí encontrares,
Aun no ha de sobrarte nada:
Mira que de esta jornada
No se ha de volver jamás,
Mira el paraje en que estás,
Que es cosa para aturdir,
El saber que has de partir,
Sin saber á dónde vás.

Pecador, necio mortal,
Que prefieres, ¡insensato!
Un gusto de breve rato
Al bienestar eternal;
Si la dicha celestial
No te mueve á practicar
La virtud y á bien obrar,
Teme al menos el infierno,
Aquel padecer eterno,
Aquel eterno rabiár.

¡Sufrir mil veces la muerte
Sin poder jamás morir!....
Padecer, rabiár, gemir,
Y siempre la misma suerte!....
Tal será la tuya, advierte,
Pecador endurecido:
Tu corazón corrompido
Arderá en medio del fuego
Con feroz desasosiego,
Sin ser nunca consumido.

¿Crees, necio pecador,
Que los ojos apartando
Del abismo, y procurando
Disipar todo temor:
Crees que tu torpe error
Te librárá de caer?
¡Infeliz! pronto has de ver
Que fue vano tu artificio,
Que corriste al precipicio
Do debias perecer.

Inútil es el negar
Que existe la eternidad,
Que muy pronto su verdad
Habrás de experimentar.
¡Sufrir siempre sin cesar!....
Tal será del obstinado
Pecador desventurado
El destino pavoroso.
Teme, teme, hombre vicioso,
A todo un Dios irritado.

De todo cuanto emprendieres
Piensa que cuenta has de dar
A Dios que te ha de pagar
Segun trabajado hubieres.
Si aquesta idea tuvieres
Siempre á los ojos presente,
Vivirás honestamente,
Aborrecerás el mal,
Y al sonar la hora fatal
Morirás tranquilamente.

¡Oh! ¡qué error tan fatal nos desvanece!
¡Qué hechizo tan funesto nos arrastra!
¡Qué estupidez la nuestra! ¡qué locura!
Castigo eterno al pecador aguarda,
¡Y él peca sin cesar... ni se estremece!...

¡O fuego inextinguible del infierno,
Que el enojo Dios está atizando,
Y con su soplo aviva tus ardores!
El réprobo se abrasa en tí bramando
Sin tregua, sin alivio en sus dolores...

Á la muerte que le libre del tormento
En su furor invoca, prefiriendo
La nada á tan acerbo sufrimiento...
Mas su inútil clamor dobla su pena,
Sufrir, jamás morir, en su condena.

¡Sufrir, gemir sin fin... ¡Oh! ¡qué es horrible!
¡Violencia siempre igual en los tormentos!
¡Toda, toda esperanza es imposible!
En las negras mazmorras del Averno,
Padecer y rabiar... ¡todo es eterno!...

¿Penar eterno? Sí: cuando mil siglos
Con otros mil y mil hayan pasado,
El réprobo, con ayes y lamentos,
De nuevo empezará los sufrimientos...
Un penar que *jamás* será abreviado.

Temamos el infierno y sus ardores;
Y fija en nuestra mente su memoria,
¡Meditemos en él y en sus horrores!...
Con esto pierde el vicio sus encantos,
Con esto la virtud nos hace santos...

Inútil allí el llorar,
Pues que nada hay de terneza;
Crueldad todo es, dureza.

Y penar y mas penar.
¡Cuántos, ay, allí se ven

De rabia llenos y de ira,
Y el uno al otro se mira
Con el mas brutal desden!

¡Oh! ¡y qué horrendas visiones!
¡Ay qué gritos espantosos,
Plañidos muy dolorosos,
Y crujidos de prisiones!

El padre al hijo impropera;
El hijo maldice al padre;
La hija á su propia madre
Con terrible saña fiera.

La esposa contra el marido
Maldiciones mil vomita;
Contra la esposa este grita
Con furibundo alarido.

Despechado, ardiente clama
El hermano allí rabiando,
A su hermano impropereando,
Y cual toro herido brama.

Se ven que encrudelecidos
Los amigos se maldicen,
Mil improperios se dicen
De furor, de rabia henchidos.

Se oye allí horrible voceo;
Se ven escenas atróces,
Acciones las mas feroces,
Todo es triste clamoreo.

¿Y acaso no habrá algún medio
De tantas penas salir?

No: por *siempre* ha de gemir
Sin alivio, sin remedio.

¿Por *siempre*? nunca piedad
Habrá para un condenado?

¿Ha de sufrir malhadado
Por toda una eternidad?

Sí, por *siempre* eternamente;

Sí, sí, sin ningún consuelo,

Eterno será su duelo,

Atormentado cruelmente.....

Sí, este su fiero tormento

Siempre, siempre durará,

Jamás, jamás cesará

Ni por un solo momento....

¡Oh tu, eternidad terrible!

Tu sola memoria espanta,

Sí, me angustia y me quebranta

Entre penar tan horrible.

¿Quién eres? Yo aquí me pierdo....

Tu *siempre*, tu *siempre* ¡ay triste!

En mi mente fijo existe;

Tu *jamás* siempre recuerdo.

¿*Nunca, nunca* finirás?

¿*Siempre, siempre* has de durar?

¡Qué! ¿nunca te has de acabar?

No: ¡*jamás, jamás jamás* !!!



CONSEJOS DE VIDA ETERNA.

¡¡Hay Gloria!! ¡¡hay Infierno!! ¡¡hay Eternidad!!

1.º

Profesa mucha devocion y mucha confianza y mucho amor á la Santísima Virgen María, rezando todos los dias en su obsequio además del santo Rosario estas breves *Oraciones*.

ORACION Á MARÍA SANTÍSIMA.

(Especialmente para la castidad.)

¡O Señora mia! ¡O Madre mia! Yo me ofrezco todo á Vos, y para probaros mi devocion os consagro en este dia mis ojos, mis oidos, mi lengua, mi corazon, todo mi ser. Y pues que asi soy todo vuestro, ó mi buena Madre, guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

JACULATORIA

(para cualquiera tentacion.)

¡O Señora mia! ¡O Madre mia! Acordaos de que soy vuestro: guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.

Y lleva sobre tu pecho pendiente del cuello constantemente la medalla de la santísima Virgen, titulada *la Medalla Milagrosa*. Y mas ganarás su bondadosísimo y amorosísimo corazón, no contentándote con amarla, y amarla mucho, sino que has de procurar que sea de todos amada, honrada y glorificada como Madre nuestra y sobre todo como Madre de Dios.

2.º

Tres veces al día (y entre noche si despertares) al levantarte, al mediodía, y al acostarte, pronuncia estas solas palabras, y aun deberias tenerlas escritas donde mas veces las vieras:

INFIERNO ETERNO

ó estas otras:

¡AY! ¿QUE VA Á SER DE MÍ CUANDO ME MUERA?... ¿ME SALVARÉ?... ¿ME CONDENARÉ?...

3.º

Piensa siempre en Dios.

He aqui el Consejo de los Consejos, cuanto mas pienses en Dios, mas participarás de la *Divina gracia* y de los *Bienes eternos*: cuanto menos menos participarás. Por esto el santo retiro es una señal de *Predestinacion*. No dejes, pues, trascurrir un cuarto de hora, sin que tu corazón tienda su vuelo hacia su divino amor entre dulces y santas

ASPIRACIONES Y JACULATORIAS.

*Señor, amparadme!—Amor mio, bendito seais!—
Señor, hágase vuestra voluntad santísima.—Jesus,
Hijo de David, tened misericordia de mi!—Maria,
Madre de Dios y Madre mia, rogad por mi pecador
ahora y en la hora de mi muerte!—¡Jesus y Maria!*

4.^o

Al acostarse y siempre que hayas cometido pecado grave, y sobre todo en peligro de muerte, dirás con dolor que ha de brotar del corazon este breve .

ACTO DE CONTRICION. (1)

*¡Señor, misericordia! ¡me pesa de haberos ofen-
dido, por ser Vos quien sois, bondad infinita! pésame,
Señor, de haber pecado! y propongo ayudado de
vuestra divina gracia nunca mas volver á ofende-
ros! ¡Señor mio y Dios mio!*

ó di siquiera pero con el corazon

*Pésame, mi Amor, cuanto te ofendi!
Perdóname, Señor! ten piedad de mi!*

(1) *Acto de contricion* es un dolor ó pesar nacido del corazon de haber ofendido á Dios por ser un Señor tan bueno y tan digno de ser amado y adorado.

Gloria eterna-frecuente Confesion.

Confiéstate cada ocho ó quince dias: ó lo mas tarde, aunque ya seria demasiado dilatarlo, cada tres meses. Esta es la práctica mas importante *la Confesion*. Cuanto mas lejos *la Confesion*, mas lejos *la Gloria*: mas cerca *el Infierno*: mas terrible *la Eternidad*.

Mas y menos.

He aqui el camino de la santidad ó de la perfeccion: *mas y menos*; *mas* comuniones, *mas* egercicios piadosos, *mas* lectura espiritual, *mas* obras de misericordia, *mas* sacrificio etc. etc., *menos* siglo, *menos* embarazos, *menos* distraimientos, *menos* aspiraciones y gozos terrenales; *mas* para el alma y *menos* para el cuerpo, *mas* para el espiritu y *menos* para la carne, *mas* para lo eterno y *menos* para lo temporal; *mas y menos*; *añadir* sobre lo primero, *cercenar* sobre lo segundo, cuanto *mas* mejor cuanto *menos* mejor, en lo posible; pues lo que tiene mas referencia con la bienaventuranza, y el verdadero y seguro camino de la santidad y de la gloria de Dios es amar y cumplir su santísima voluntad, y esta es la voluntad santísima de Dios nuestro Señor nuestra santificacion.

Lee todos los dias en algun libro espiritual, lleván-dele siempre contigo. He aqui en nuestro concepto los

mas preferibles para que elijas, cualquiera de ellos puede abrirte paso y encaminarte para la Felicidad eterna: *Ejercicios de San Ignacio*, 7 rs.—*Camino recto* 6 rs.—*Regla de vida*, 4 rs.—*Un mes consagrado á Maria*, 5 1/2 rs.—*La verdadera sabiduria, por Claret*, 5 rs.—*Oraçion y meditacion, por Granada*, 9 rs.—*Guia de pecadores, por Granada*, 14 rs.

8.º

Oye *Misa* todos los dias, aunque tengas que hacer gran sacrificio pues todavia será mayor la ganancia: y á mayor sacrificio mayor ganancia: y no te engañen las obligaciones, pues como otros con tantas ó mayores obligaciones oyen todos ó los mas de los dias *Misa*, lo mismo podrias hacer tu si quisieras; mas hace el que quiere que el que puede; el mal está en que no queremos reconocer que el primer cuidado de un verdadero cristiano es vivir para salvarse: y mas que todos los intereses y mas que todas las cosas del mundo importa la salvacion: y para la salvacion importa mucho y muchisimo oir con devocion *la Santa Misa*.

9.º

Huye de malas lecturas y malas compañías, de amoríos y bailes, de teatros y espectáculos, del juego y ociosidad, de la gula y embriaguez, y de todo cuanto provoque ó incite al pecado ó sea contrario á la santa virtud.

Visita con frecuencia *la casa del Señor*, postrándote á los pies de la Virgen y de Jesus Crucificado, especialmente ante el Soberano Señor Sacramentado: ansía por oír la divina palabra, máxime si carecemos de libros espirituales, para saber y conocer nuestras obligaciones y tenerlas presentes: frecuenta el cementerio ¡Ay! allí parece que damos ya el Adios al mundo y sus ilusiones; allí casi siempre recibe el corazon inspiraciones santas, allí habla á nuestra alma el Angel de la verdad en medio de la muerte reina señora la inmortalidad, y nuestro espíritu gloriosamente se levanta de lo temporal á lo eterno, de la nada á lo infinito, de lo terrenal á lo celestial, de la vanidad á la divinidad: ama el recogimiento, el retiro, la soledad, en cuanto lo permita tu posicion, ó á menos que sobre lo contrario resulte mas gloria á Dios, y ama tambien la mortificacion: en una palabra ama *el Camino del Cielo* y todo lo que conduce al *Camino del Cielo*, encerrado en las ocho bienaventuranzas que bajó el Señor de los cielos á enseñarnos, y que todos debemos saber, entender y cumplir si aspiramos á gozar de Dios para siempre con los bienaventurados: coloca en tu habitacion cuadros no profanos sino religiosos; sobre todo NUESTRO DIVINO REDENTOR (*Jesus Crucificado*), LA PURÍSIMA CONCEPCION, ó NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES, SAN JOSE y EL ÁNGEL DE LA GUARDA; y míralos continuamente dirigiéndoles *jaculatorias y aspiraciones* de respeto y de amor á fin de alcanzar abundantes gracias espirituales y aun tem-

porales, y para que mas y mas se aumente en tu espíritu el espíritu de santificacion.

11.º

Impide escándalos del modo que mejor puedas evitarlos y exhorta á la guarda de los santos mandamientos y á la práctica de las virtudes; amonestando tambien á que se practiquen estos *Cristianos Consejos*; contribuyendo por tu parte para todo esto por cuantos medios esten á tus alcances; ya prestando para leer, ó leyéndoles este y algunos otros buenos libros, y aun regalando á personas pobres algunos libritos edificativos: para que todos conozcamos, sirvamos, amemos, alabemos y glorifiquemos á nuestro Dios y Señor: ya con el buen egeemplo, ya con tus piadosas oraciones, promoviendo en todo y por todo y por siempre la gloria de Dios nuestro Señor y la devocion á la Santísima Virgen María.

12.º

A la hora de la muerte no desesperes nunca ni por ningun concepto de tu salvacion, por gran pecador que hayas sido y aunque lo hayas sido hasta aquel terrible momento, no, no desesperes. La Desesperacion atrae la Condenacion! la Esperanza la Bienaventuranza! Aunque todo te induzca á la desesperacion no desesperes: dí, y repite sin cesar, mas que con los labios con el corazon, las *Jaculatorias y Acto de contricion* del 3.º y 4.º *Consejo*. Pero tampoco confies demasiadamente: teme y confia; confia, y teme; besando respetuosa y confiáda-

mente la Imagen de *Maria Santisima*: y poniendo en sus manos tu corazon y tu alma.

¡Ay! ¡ay cuan estimables hallarás entonces estos sencillos *Consejos*! ¡como verás entonces que eran *Consejos para tu salvacion*!

Teme, cristiano, sino practicas siquiera uno de estos **CONSEJOS DE VIDA ETERNA** *teme la muerte eterna!*
¡tu eterna condenacion!!!

¡AMOR Y ADORACION! ¡HONOR, ALABANZA Y GLORIA
Á DIOS NUESTRO SEÑOR!
¡AMOR Y VENERACION! HONOR ALABANZA Y GLORIA!
A MARIA, MADRE DE DIOS Y NUESTRA MADRE.

(Inédito: Oracion y Jaculatoria.—Zuchi.)



INDICACION

DE LOS LIBROS Y OPÚSCULOS MAS SELECTOS.

SECCION 1.^a

(Para pecadores.)

Libros. Ejercicios de San Ignacio, por Salazar, 7 reales.—Ejercicios de san Ignacio, por Claret, 8 1/2—Un mes consagrado á María 5 1/2.—Oracion mental, por Ferrer, 7 1/2.—Oracion y meditacion, por Granada, 9.—Regla de vida, por Salamó, 4 1/2.—Gritos del Infierno, 8.—Guia de pecadores, por Granada, 14 —La verdadera sabiduría, por Claret, 5.—La única cosa necesaria, por Geramb, 12.—Temporal y eterno, por Nieremberg, 12.—Respuestas religiosas, por Segur, 6 1/2.—Grito de la Religion, por Areso, 7 1/2 rs.—(*Opúsculos.*) Reflexiones á todos los cristianos 4 cuartos.—El rico Epulon 4.—Espejo de cristal fino 15.—La cesta de Moisés 12.—La Religion, por Balmes, 30.—Ancora de la castidad (Bálsamo etc.), por Claret, 12.—El Protestantismo 12.—Antidoto contra el Protestantismo 4 cuartos.

SECCION 2.^a

(Para imperfectos.)

Libros. De la importancia de la Oracion, por San Ligorio, 6 reales.—Las glorias de Maria, por San Ligorio, 12.—Vida devota, por Sales, 7.—Despertador euca-

rístico 6.—Verdades eternas, por San Ligorio, 14.—De los impedimentos (para la virtud), por Ferrer, 26.—Medios preservativos (contra el pecado), por Ferrer, 8 1/2.—Instrucción (piadosa) de la juventud, por Gobinet, 14.—Camino recto para el cielo, por Claret 6.—Ancora de salvacion 8.—La conformidad, por Rodríguez: y Tesoro de paciencia, por Almeida, 7.—Gritos del purgatorio 7.—La familia regulada, por Arbiol, 20.—Catecismo de San Pío V. 20.—Catecismo de Claret 7 1/2.—Catecismo de Mazo 9.—Verdadero libro del pueblo 7.—Mercedes de la Virgen María 12.—El cielo abierto á la piedad cristiana 7.—Confesiones de San Agustín 14.—Vanidad del mundo, por Estella, 40.—Obras de Santa Teresa 38 rs.—(*Opúsculos.*) Vida cristiana, por Dutari, 12 cuartos.—Avisos á los padres de familia 4.—Avisos á las casadas, 4.—Avisos á las doncellas 4.—Avisos á los niños 4.—Avisos á las viudas 4.—Cánticos espirituales 14.—Catecismo de Claret 12.—El libro de la confesion y comunión 10.—De la eleccion de estado 10 cuartos.

SECCION 3.^a

(*Para amantes de la perfeccion.*)

Libros. Año feliz 8 reales.—Combate espiritual, por Scupoli, 14.—Imitacion de Cristo, por Quempi, 7.—Máximas de perfeccion, por Ferrer, 7 1/2.—Perfeccion y virtudes, por Rodríguez, 38.—Meditaciones, por Villacastin, 6 1/2.—Año Cristiano, por Croisset, (15 tomos,) 170.—Año Cristiano (en un tomo) 10.—Mística ciudad de Dios (Vida de la Santísima Virgen) 70.—La monja

santa, por Ligorio, 26.—La religiosa instruida, por Quilez, 22.—Documentos para tranquilizar las almas timoratas, por Cuadrapani, 6.—Arte de ayudar á bien morir, por Centellas, 12.—Visitas al Santisimo y á Maria Santisima, por San Alfonso de Ligorio, 5.—Culto divino y Semana santa 4 1/2 rs.—(*Opúsculos.*) De la adquisicion de las virtudes, por Iburgüengoitia, 21 cuartos—Combate espiritual, por Castañiza, 17.—Espejo de perfeccion 12.—El libro de oro de la humildad 12.—Tratado de las pequeñas virtudes 12.—Carta ascética, por Claret, 4.—Religiosas en sus casas 15 cuartos.

NOTAS. 1.^o *Precios*, próximamente: en los libros (en pasta) reales: en los *opúsculos* (en rústica) cuartos. 2.^o se hallarán (estos, y otros muchísimos mas por el estilo,) en Madrid, Librería de OLAMENDI; y (aunque no todos) en la LIBRERÍA RELIGIOSA, establecida en casi todas las Ciudades de España, á cargo generalmente de *Señores Sacerdotes*. 3.^o El tratadito *De la adquisicion de las virtudes*, ya no se hallará, por haberse agotado la edicion; mas para cuando se hagan nuevas ediciones se ha incluido: *El libro de la Confesion y Comunión*, (en 16.^o, 84 páginas) se halla en Burgos, Estamperia de RUIZ; y el *De la eleccion de estado* (en 8.^o, 84 páginas), en Leon, Librería de MIÑON; donde se imprimen y expenden preciosos y baratísimos *Opúsculos*. Y 4.^o Se ha procurado indicar los tratados menos costosos (entre los mejores:) y por eso no se ha mencionado *La Santa Biblia*, por Seis, 6 tomos, 222 rs. etc.: en la Librería de OLAMENDI y en la LIBRERÍA RELIGIOSA.



ÍNDICE.

LOS NOVÍSIMOS.

<u>Días.</u>	<u>Pensamientos.</u>	<u>Páginas.</u>
(Lunes.) <i>Muerte.</i>		3
(Martes.) <i>Juicio.</i>		9
(Miércoles.) <i>Infierno.</i>		17
(Jueves.) <i>Eternidad.</i>		23
(Viernes.) <i>Gloria.</i>		27
(Sabado.) <i>Juicio universal.</i>		30
(Domingo: por la mañana.) <i>Eternidad del alma.</i>		39
(A mediodía.) <i>Eternidad del cuerpo.</i>		45
(Por la tarde.) <i>Eternidad del Paraíso.</i>		50
(Por la noche.) <i>Eternidad del Infierno.</i>		53

LA ORACION, PUERTO DE SALVACION.

Importancia de <i>la Oracion.</i>	63
-----------------------------------	----

LAS GLORIAS DE MARÍA.

I Amor de <i>la Virgen Maria.</i>	72
II Poder de <i>la Virgen Maria.</i>	74
III Felicidad en recurrir á <i>la Virgen Maria.</i>	76

EJEMPLOS.

(Sobre los Novisimos.)

I ¡¡Cuan pocos se salvan!!	83
II ¡Alma en juicio.	84
III ¡Breve gozar; eterno penar!	85
IV La bienaventuranza.	86

V	¡Dios consiente y no para siempre!	88
VI	Confesiones sacrilegas.	89
VII	Comuniones sacrilegas	94
VIII	¡Reprobacion!	95
IX	¡Mañana!.... ¡Mañana!...	96
X	¡Hoy!.... ¡Hoy!....	98
XI	¡Como se vive se muere!	99
XII	¡¡Hay otra vida!!	100

EJEMPLOS.

(Pertenecientes á *Maria Santisima.*)

I	El Colegial.	104
II	La Pastorcita.	107
III	¡Ultimos instantes!	109
IV	El Reo y su Libertadora	110
V	La Mona.	112
VI	Los dos Libertinos.	114
VII	Catalina la Hermosa.	115
VIII	El Bandido.	116
IX	¡Por MARIA!	117
X	Obsequios y Recompensas.	119
JX	El Lirio.	120
XII	El Escapulario.	120
XIII	Heroismo.	121
XIV	¡Al mar!	121
XV	Un buen consejo.	122
XVI	Ofrenda de una Luterana.	122
XVII	MARIA en los labios de un Infel.	122
XVIII	El Ayuda de cámara.	123

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS.

La cosa mas importante, (<i>Verso.</i>)	124
-------------------------------------------	-----

CONSEJOS DE VIDA ETERNA.

Doce Consejos. 135

INDICACION.

Libros selectos 143

OBSERVACIONES.

El Artículo LA ORACION, PUERTO DE SALVACION está sacado del muy precioso tratado intitulado IMPORTANCIA DE LA ORACION, por San Alfonso de Ligorio; el Artículo LAS GLORIAS DE MARIA es un brevisimo extracto de la preciosissima obra que con el mismo titulo escribió en Italiano el mismo Santo Autor; hemos tenido á la vista para su confeccion la hermosa traduccion del Editor señor PONS, de Barcelona; ambas á dos obras recomendamos á todos encarecidamente. Véndense en casa de su Editor; en Madrid, Libreria de OLAMENDI; en Burgos, Libreria de HERCE; y en otras varias Librerias de España: la 1.^a (en 16.^o 200 páginas) á 3 rs. en rústica y 5 rs. en pasta: la 2.^a (en 8.^o mayor, 472 páginas) á 10 rs. en pasta.

ERRATAS.

<u>Páginas.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
50	13	que dejaron	que te dejaron.
38	23	son los tres	son tres.
44	23	de muerte	de la muerte.
48	7	el él	en él.
60	5	y el	y en el.
66	8	pidiendo	piando.
76	15	tiene	tienen.
115	26	estando y	y estando.

Advertencia 1.^a El Ejemplo VI sobre los Novisimos está tomado del Camino recto y del librito Confesion general, por Calatayud; ó lo que es lo mismo del libro de Salazar que lo trae. *2.^a* El Ejemplo I perteneciente á Maria Santísima está tomado de Oracion á la Virgen, por Zuchi. Y *3.^a* Desde la línea 4 de la página 57 hasta la línea 5 de la página 58 está sacado de La única cosa necesaria.

EL RECOPIADOR.

*De las obras divinas la divinísima es
cooperar con Dios, como instrumento y
ministro suyo en la conversión y aprove-
chamiento de las almas.*

(S. Dionis. de celesti hierarch.)

Me limito á *Opúsculos*: 1.º Porque mi capital no me permite otra cosa; (ni aun me permite el número de *Opúsculos* que desearia; ni siquiera los que ya tenia confeccionados.) 2.º Porque me falta tiempo hasta para estos mismos *Opúsculos*. 3.º Porque la indiferencia religiosa quiere leer poco y quiere gastar poco. 4.º Porque el precio de un *Opúsculo* está al alcance de todas las clases de la sociedad. 5.º Porque las personas zelosas que quieren hacer una limosna espiritual con poco gasto satisfacen su piedad. 6.º Porque cuanto mas compendiado mas selecto: aqui todos son granos, todas flores, todos frutos; los mejores granos, las mejores flores, los mejores frutos; para que ya que se quiere leer poco en poco se lea mucho; ya que se gasta de mala gana lo dé uno por muy bien gastado; y ya que no hay pasión por esta clase de lectura, ésta sea como los armoniosos trinos del ruiseñor que se enseñorea de los cantos de las demas aves, ó cual primorosísimo ramillete de las mas felices inspiraciones. Por último ofrezco *Extractos* porque no puedo ofrecer otra cosa, y aun esto con mas trabajo quizá que el inspirado escritor, cual la misma ineptitud, cual la propia nulidad. Y finalmente (como digo en otro lugar) *es mi pensamiento sobre todos mis pensamientos*

LO QUE SEA MAS LA GLORIA DE DIOS:
LO QUE SEA MAS EL HONOR DE LA VIRGEN:
LO QUE SEA MAS NUESTRA SANTIDAD.

F. R. V.

LA RELIGION.

LIBROS, ESTAMPAS Y MEDALLAS.

(Extracto del catálogo general.—Precios próximamente.)

<u>Adquisición.</u>	<u>Libros.</u>	<u>Medallas.</u>
3000	UN VERDADERO AMIGO... (uno)...	20p
3000	LA OTRA VIDA...	100
3000	AYES DEL ALMA...	5p
3000	AYES DEL CORAZON...	2p

(Los tres últimos son extractos del primero.)

Estampas.

12000 LA PURÍSIMA CONCEPCION.
(En 16.", y con la Oración forma 8.")

Medallas.

3000 LA MEDALLA MILAGROSA.
(Sobre metal blanco; con una vara de cordón.)

Por docenas se rebaja un 10 por 100; por cientos un 20 por 100.

LIBRERIA RELIGIOSA AMBULANTE.—FRANCISCO BARRERA.

Puntos de venta: A. CARINENA en...

